



---

MARON

---

JE NEID

---



---

1

PAG815

.A5

C3

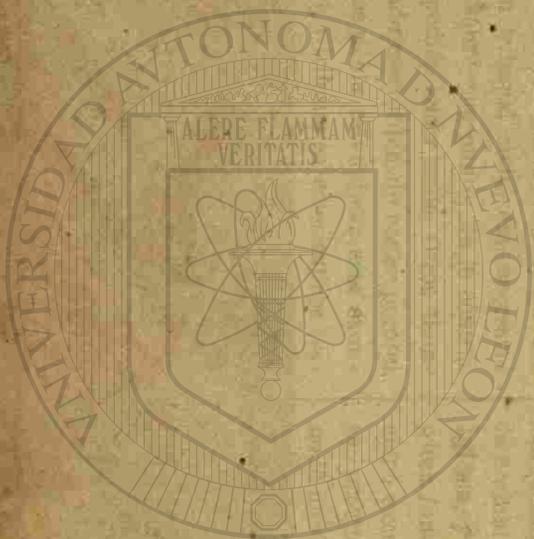
V.1



81



1020014995

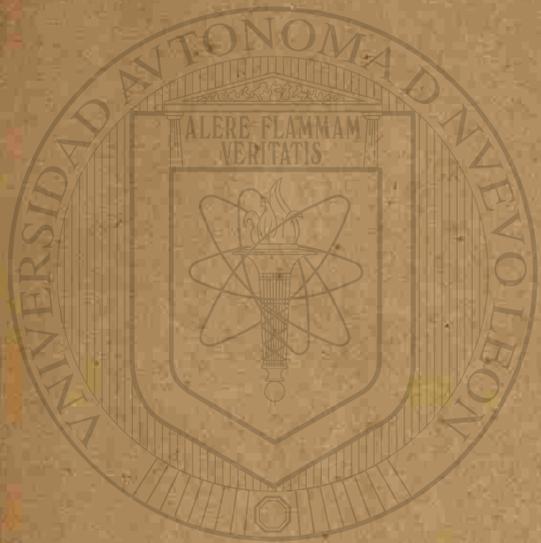


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

87  
V.  
ENEIDA.

DE VENTA  
EN LA  
LIBRERÍA

JUAN DE LA FUENTE PARRES

MEXICO



BIBLIOTECA CLÁSICA  
TOMO IX

# ENEIDA

POR

PUBLIO VIRGILIO MARON

TRADUCCION EN VERSOS CASTELLANOS

POR

MIGUEL ANTONIO CARO

TOMO I



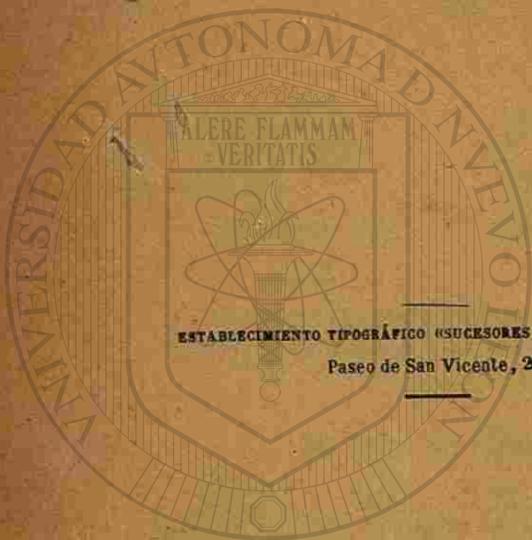
MADRID  
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y  
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11

1890

ACERVO DE LITERATURA

111588

34599

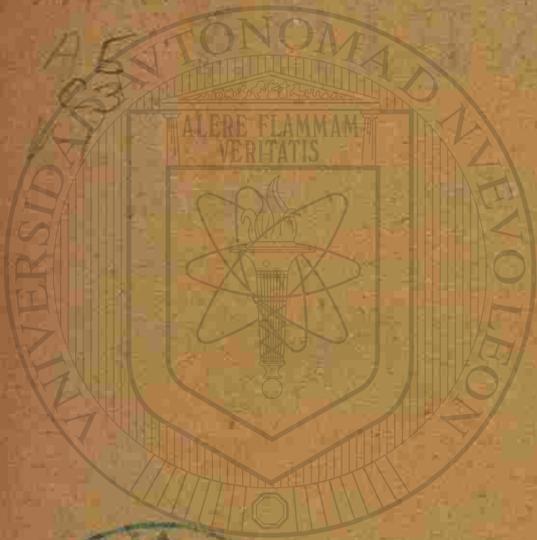


ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCEORES DE RIVADENEYRA»,  
Paseo de San Vicente, 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PAG. 15



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Libro 3.15*  
*Montesq. 4901*  
*Manchepuentes*

*3.15*

Á LA

ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN PRENDA DE AGRADECIMIENTO

Y TESTIMONIO DE ADHESIÓN,

MIGUEL ANTONIO CARO.

U A N L E

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

*3.15*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

## VIRGILIO EN AMÉRICA.

---

ENEIDA DE VIRGILIO.—(Libros I y IV), traducción en octavas, por D. Fermín de la Puente y Apezechea, de la Academia Española.—Madrid, 1874.

OBRAS DE VIRGILIO, traducidas en versos castellanos con una introducción y notas, por Miguel Antonio Caro. Tomos I y II.—Bogotá, 1873.

### I.

Podría formarse un precioso volumen, titulado *Virgilio en América*, reuniendo las traducciones é imitaciones en lengua castellana que del gran poeta latino han ensayado varios humanistas hijos del Nuevo Mundo. Estamos ciertos de la superioridad que este trabajo alcanzaría si se llegara á realizar y se pusiera en cotejo con la recopilación, erudita pero escasa de buena crítica, formada en el último tercio del siglo XVIII por el laborioso D. Gregorio Mayáns y Ciscar.

Los trabajos reunidos por este humanista europeo, comenzando por las Geórgicas del maestro Juan de

Guzmán, discípulo del Brocense, y acabando por la Eneida de Hernando de Velasco, poco tienen de amenos y de virgilianos, si exceptuamos algunas imitaciones felicísimas del dulce Luis de León.

La reciente y meritoria traducción del Sr. Ochoa está, como todos saben, escrita en prosa; y antes del de éste no ha llegado á nuestros oídos, incluyéndolo á Iriarte, el nombre de traductor alguno peninsular, reconocido como intérprete notable del épico latino. Mientras tanto, en esta misma *Revista* hemos tenido la agradable oportunidad de consignar los ensayos maestros de D. Juan C. Varela y de D. Ventura de la Vega, en los cuales se trasunta el más exquisito sentimiento de las bellezas del original, que trasladaron á versos castellanos en forma y lenguaje intachables.

Vamos ahora á comunicar á nuestros lectores nuevas pruebas de la aptitud de los literatos sudamericanos para aclimatar en el terreno de las lenguas vivas, desafiando las trabas de las combinaciones métricas más ajustadas, el espíritu, las ideas, los sentimientos de los poetas de la antigüedad clásica. Y, como vivimos los americanos en completo divorcio intelectual unos de otros, ignorando comunmente aquello que cada sección del continente conquista y cosecha á favor de la civilización y de la honra de la patria común, creemos hacernos gratos á los argentinos, revelándoles el secreto de dos bellas y serias traducciones de la obra virgiliana completa, que

aparecen en este momento, debidas á la erudición y al estro de un neogranadino y de un mejicano: *Arcades ambo.....*

Llámase este último D. Fermín de la Puente y Apezechea, miembro de la Academia Española. Para estimar el mérito de la traducción de los libros I y IV de la *Eneida*, que hasta ahora son los únicos que ha dado á luz este señor, tenemos que referirnos al análisis que de ellos hace, en un artículo crítico, otro americano bien conceptuado en España como hombre de letras y de buen gusto, el Sr. D. José Antonio Calcaño, venezolano avecindado á la sazón en las cercanías de Liverpool.

El crítico ha sometido la obra del mejicano á una prueba dura, pero eficaz y decisiva. «Cuando se nos viene á las manos, dice el Sr. Calcaño, la traducción de un autor clásico no podemos prescindir de ir á ver, antes que todo, cómo han sido vertidos aquellos pasajes que, si hemos hecho particular estudio del texto, tenemos en la memoria.» Trayendo á la suya el mismo crítico los pasajes más célebres de los mencionados libros de la *Eneida*, ya por sentenciosos, ya por patéticos, ya por la belleza rítmica, ó por la propiedad de las onomatopeyas, parangona el original con la versión, resultando que en la mayor parte de los casos sale airoso el traductor y sin ofensa el poeta original. No es esto corto elogio para el señor Apezechea. En cuanto al mérito de la versificación, el crítico le es favorable hasta el entusiasmo,

exclamando al cerrar la lectura de los cantos traducidos: «¡Qué octavas, qué octavas hay en ellos!  
¡Cómo honra su autor á nuestra América!»

El Sr. Calcaño justifica su ponderativo elogio copiando algunos trozos de la traducción mejicana. Despechada la tiernísima y orgullosa Dido al verse abandonada por Eneas, dirígale el enérgico apóstrofe que anda en la memoria de todos:

*Nec tibi diva parens, generis nec Dardanus auctor, perfide....*

¡No! No es tu madre, pérfido, una diosa;  
Ni tus padres de Dárdano manaron;  
Del Cáucaso en la entraña cavernosa  
Entre sus duros riscos te engendraron,  
Las tigres de la Hircania pavorosa  
A sus pechos, cruel, te amamantaron;  
Ya, ¿por qué disimulo? ¿por qué tardo?  
¿A qué mayores males ya me aguardo?  
¿Por ventura gemió por mi gemido?  
¿Tornó á verme la vista vacilante?  
¿Le vi llorar con lágrimas vencido?  
¿Sintió piedad de su infeliz amante?  
¿Qué más he de decir? ¡Y han consentido  
Juno así y Jove á la maldad triunfante!  
¿Dónde hallaré piedad, dónde consuélome?  
¡Ya no hay fe ni en la tierra ni en el cielo!  
Desnudo te lanzó la mar, é inerte  
Sobre mis playas te acogí rendida;  
Partí loca contigo reino y suerte;  
Tu flota reparé rota y pérdida;  
Yo liberté á los tuyos de la muerte;  
Y ¡ay de mí! ¡que ardo en furias encendida!)  
Hoy Apolo.... el oráculo te guía:  
Un mensajero Júpiter te envía.

¡Por cierto! á eso los dioses atendiendo  
Están.... ¿ese cuidado los agita?  
Yo no sé lo que has dicho.... ni te entiendo,  
Mas respuesta ninguna necesita.  
¡Vé, marcha á Italia! Por el mar horrendo  
Ese tu nuevo reino solicita.  
Yo espero (si piedad hay en el cielo)  
Que los escollos vengarán mi duelo.  
A Dido entonces llamarás turbado;  
Yo en negros fuegos seguiré ausente;  
Y cuando el alma deje el cuerpo helado,  
Sombra doquier, te aterrará presente:  
Tu pena entonces sufrirás, malvado,  
Y hasta en el centro del Averno ardiente  
Yo lo oiré, y á mis manes la noticia  
La misma fama llevará propicia.

Veamos ahora de qué manera ha trasladado también á octavas castellanas este mismo apóstrofe el poeta neogranadino (1):

Indudablemente que la ventaja la lleva Caro sobre Puente y Apezchea, como traductor de este desahogo magistral del amor burlado de una mujer. El granadino se mueve con mayor desenvoltura, y sabe envolver y amoldar mejor que el mejicano, en la masa dócil de sus tersos endecasílabos, los pormenores de la ironía, del dolor, de la rabia de la carta-<sup>®</sup>

(1) Aquí transcribe el crítico, de la traducción de la *Eneida* por el Sr. Caro, cinco octavas (LXXII á LXXVII), que el lector puede ver en este tomo á la pág. 172.

ginense. Para entender el primero es necesario hacer algún esfuerzo, mientras que el segundo es transparente y armonioso, y disimula la fatiga de la tarea, complaciendo al lector. La libertad en la versificación de Caro va á par con la que emplea para interpretar las imágenes del poeta latino: vuela con el pensamiento de éste; no se arrastra calcando sus expresiones. Así, por ejemplo, el «*Sequar atris ignibus absens*», del hemistiquio de Virgilio, nos parece más poética y exactamente interpretado en este verso:

«—Dido abandonada  
Con tea hermosa aterrará tu mente»,

que no en éste del mejicano, aunque tenga el mérito de ser más literal:

«Yo en negros fuegos seguiré ausente.»

El título del presente artículo nos autoriza para poner al lado de estas dos traducciones una imitación del mismo pasaje, del libro IV de la *Eneida*, tomada de la tragedia *Dido* de nuestro compatriota D. Juan C. Varela. Este poeta ha dramatizado el episodio virgiliano, poniendo á los dos amantes uno frente al otro en la escena. Ha aceptado los caracteres tales como fueron concebidos por el gran épico, y su mérito se reduce á la exactitud con que el futuro fundador de Roma y la reina de Cartago sienten y se

expresan en castellano bajo la inspiración de Virgilio. A veces las imitaciones son más ajustadas al espíritu de los originales que las traducciones al pie de la letra, especialmente cuando se trata de los autores clásicos. Pocas odas castellanas se hallan más impregnadas del color horaciano que la de Fray Luis de León, titulada *La Profecía del Tajo*. Varela, deteniendo especialmente su atención en el libro de la *Eneida*, que puede llamarse el libro del amor en este magnífico poema, mostró sinceramente el temperamento de la musa que le inspiraba, la sensibilidad de su alma y la analogía de su genio con el del maestro predilecto de sus estudios. Pero escuchemos sus versos en la boca de Dido:

Pero yo ¿dónde voy? ¿Cómo pretendo  
Con llanto débil ablandar la pena  
De que es formado el corazón de un monstruo?  
Mis lágrimas ¿qué valen?.... nada..... aumentan  
El triunfo del malvado, y engreído,  
Contempla mi dolor y lo desprecia.  
¿Se le oye algún suspiro? ¿Algún sollozo  
Interrumpe su hablar? Quiere que crea  
Que lo violenta un dios; como si fuesen  
Los dioses como Dido, que no piensan  
En nada más que en él; como si un hombre,  
Un hombre solo interesar pudiera  
A los que en lo alto de su gloria miran  
Como nada los cielos y la tierra.  
¡Un dios!.... ¡Blasfemo!.... Parte, parte, inicuo;  
La ambición es tu dios: te llama, vuela  
Donde ella te arrebató, mientras Dido  
Morirá de dolor: sí, pero tiembla,  
Tiembla cuando en el mar el rayo, el viento,

Y los escollos que mi costa cercan,  
Y amotinadas las bramantes olas,  
En venganza de Dido se conmuevan.  
Me llamarás entonces, pero entonces  
Morirás desoído

## II.

Volvamos al traductor neogranadino.

Sólo conocíamos del Sr. D. Miguel Antonio Caro el título con que publicó sus poesías líricas en un volumen en 8.º el año 1866 en Bogotá, y la fama de su apellido en las letras de su país natal. Los Caros descienden de un gaditano nacido á la mitad justa del siglo XVIII, conocido en Bogotá como magistrado y como literato, y especialmente por su afición á la literatura clásica, de que dió muestras anotando el *Arte poética* de Horacio. Su descendencia conserva, según parece, como religión del hogar, la inclinación del ilustre abuelo, atestiguándolo la traducción de que tratamos. Es de advertir que en aquella república de vida agitada, tanto ó más que la nuestra, y en donde los ensayos de las formas más peregrinas de gobierno democrático vertieron torrentes de sangre generosa, y en donde la novedad á este respecto llegó á rayar en el delirio, jamás declinó el amor á la bella literatura, ni se rompió el nudo que une á la antigua con la moderna. Allí hubo siempre quien recordara con hechos repetidos el consorcio indisoluble

que hasta por razón del idioma debe existir entre las letras latinas y las contemporáneas. Y de aquí, probablemente, nace también el esmero con que en Nueva Granada se defiende contra las invasiones extranjeras y los malos usos locales la integridad de la lengua heredada. «Mirar por la lengua, dice un bogotano, vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender á su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacer de ellos un solo pueblo» (1).

Nuestro traductor de Virgilio piensa á este respecto como su compatriota, á punto que al leer sus excelentes versos, nos sentimos transportados al afamado siglo de oro de la literatura castellana. Campea en ellos un respeto llevado hasta el arcaísmo por las formas sintáxicas y los vocablos predilectos de Herrera y de León—achaque perdonable y aun meritorio al trasladar al castellano la obra de un antiguo, porque así parece la imitación más cercana al original. Pero si las producciones de D. José Eusebio Caro y de otros vates granadinos no nos convencie-

(1) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, por Rufino José Cuervo. Bogotá, 1867-1872. Un v. in 8.º, de 527 páginas.—(De esta obra ha salido á luz en este año, en Bogotá, una 3.ª edición, considerablemente aumentada.)—*El Editor.*

ran que esta excesiva devoción á la gramática de nuestros abuelos en nada perjudica á los arranques audaces del patriotismo republicano ni á la libertad de las ideas, estaríamos distantes de recomendar como modelo á los sudamericanos el proceder seguido por los Sres. D. Miguel Antonio Caro y D. Rufino José Cuervo (1).

La gramática va hoy por el mismo camino por donde huye avergonzada la retórica. Las cuestiones de propiedad del lenguaje no deben resolverse, no, según Salvá y Martínez López, sino según la reflexión propia y el instinto de lo bello y exacto adquirido con el cultivo libre de las facultades del espíritu. A la formación de las lenguas ha precedido una lógica severa, una ley de armonía que sólo sabrán hallar y respetar los que discurran bien y tengan el sentimiento de lo bello. Mientras un pueblo eduque su sazón, goce con la armonía de los sonidos, exija de las formas las condiciones de la belleza, y lo comprenda tanto en la Naturaleza como en el Arte, no haya miedo de que ese pueblo desfigure, abastardee ni afee la expresión escrita de la cultura intelectual que ha alcanzado por medio de una educación general literaria y científica. Aquí está encerrado el se-

(1) Aquí sigue discurriendo el crítico sobre las transformaciones que en su concepto debe experimentar el castellano en América. Suprimimos esta parte como no pertinente al asunto.—*El Editor.*

creto de la decadencia ó vitalidad de las lenguas. Ellas progresan, se estacionan ó retrogradan, según la actividad de la nación que las habla.

Horacio decía á sus discípulos: Sólo escribirá con propiedad quien apele á la razón como fuente y raíz de todo conocimiento. El estudio de los filósofos os dará á conocer el fundamento de las ciencias y de las cosas naturales, y una vez conocidas, las palabras os fluirán espontáneamente á vuestros labios para expresaros con claridad.

*Scribendi recte sapere est et principium et fons.*

Se equivocaría quien hiciera torcidas y desfavorables aplicaciones de lo que dejamos dicho sin detener la pluma, al estilo y lenguaje del distinguido traductor neogranadino. Es el Sr. Caro un excelente humanista, un literato entendido, y al emprender su ardua tarea sabía bien el peso que echaba sobre sus hombros, robustos á fe.

No es completo el ejemplar que poseemos de su obra; pero leyendo el suplemento al primer volumen de ella, advertimos que ha tratado en la introducción, desconocida para nosotros, de la filosofía y del estilo del clásico que vierte á nuestra lengua, mostrando así la seriedad de sus estudios y la altura del punto de vista desde donde se encara al mayor teólogo, al mayor erudito, al mayor sabedor de las cosas

romanas, entre cuantos talentos ilustraron el siglo de Augusto. Virgilio fué el pontífice y el heraldo de su época, el luminoso arco iris agorero de la paz por que anhelaba el mundo romano, atónito con el fragor de la caída del Egipto y del poderío oriental. En su famosa égloga IV parece que hubiera vislumbrado más allá del Imperio, el comienzo de la era de la idea, de la redención del esclavo, de la igualdad ó confraternidad de los hombres, ante un Dios paternal y único, en nada parecido á los dioses materiales adorados antes de él. Amigo de las labores del campo, resumía en sí, por su observación propia, el conocimiento de todos los fenómenos de la Naturaleza que hasta entonces había podido adivinar la ciencia. Era un coloso intelectual con quien sólo puede compararse en los tiempos modernos su discípulo Dante Alighieri. Inteligencias de esta naturaleza no puede miraras hito á hito sino el verdadero talento amantado con predilección al seno de las musas.

A más del sabio y del inspirado hay que considerar en el cisne de Mantua al hombre de propósitos elevados, de corazón bondadoso, de hondísimos sentimientos, brotados á raudales en ondas sonoras y benéficas, en las cuales se espejea la luz de una imaginación casta como la de los astros. Así, pues, Virgilio requiere ser sentido y comprendido á la vez por sus intérpretes, porque su oro se compone de la liga de la razón con la sensibilidad, de la invención poética con el saber lentamente adquirido. Por esta ra-

zón alguna vez se ha creído que la *Eneida* del gran poeta no debía verterse á los idiomas vivos, respetándola como á las armas de Rolando por falta de bríos para esgrimirlas. Y tal vez sea acertada esta opinión, porque si, trasladada del viejo suelo latino aquella sublime epopeya á las lenguas de formación reciente, hubiera de conservar tan sólo su estructura material y relatarnos descoloridas las proezas de los héroes que en ella hacen papel, poco ó nada ganarían los profanos que buscan en el maestro afamado ejemplos de la verdadera y perpetua belleza literaria.

Esta belleza de la obra de Virgilio se manifiesta como un perfume, como vislumbre apacible, como rumor armonioso que acompaña al lector, no sólo en el palacio de Dido, en las fiestas y en las alegrías de Eneas y de sus compañeros, sino también cuando presencia la catástrofe final del porfiado asedio de Troya, las iras de Neptuno, los desastres de las batallas y las intrigas del Olimpo. Cerradas las páginas, el corazón se encuentra satisfecho y mejorado si padecía, la mente ennoblecida, el instinto literario menos expuesto á caer en trivialidades y en bajezas.

Tales son, expresadas con generalidades, las impresiones que causa en el ánimo del lector esa realidad indefinible que se llama «estilo virgiliano». De esta impresión moral que supo grabar el mantuano es de la que convendría hacer partícipe al mayor número posible de lectores por medio de las vulgarizaciones

de la *Eneida*, trasuntando en ellas, antes que todo, su estilo, porque éste es el alma misma de Virgilio, la más bella y humana del mundo pagano.

Guiados por este criterio, hemos leído las *Églogas*, las *Geórgicas* y cuatro de los libros de la *Eneida* traducidos hasta ahora por el Sr. Caro. Delante de un trabajo que requiere aliento y fuerzas poco comunes para emprenderle, la crítica debe mostrarse circunspecta y fundada, so pena de cometer, más que una ligereza, una mala acción. Nos guardaremos de incurrir en ella, limitándonos á señalar, según nuestro entender, algunas de las brillantes cualidades de que á cada momento da pruebas el literato neogranadino: *are perennius* será, sin duda, el monumento que erigirá en nombre de las letras americanas si lleva á cabo su empresa, ya tan adelantada.

El Sr. Caro es felicísimo en muchos pasos de las *Geórgicas*, en las cuales se encierra la ciencia y la experiencia agrícola de los romanos, embellecidas con los encantos del sentimiento y de la imaginación. En nuestro concepto, es ésta la obra de Virgilio más ardua para los traductores, y al mismo tiempo la que de preferencia debiera ponerse desde temprano en manos de los discípulos de Humanidades en las escuelas americanas. Un arado fué el cetro de Cincinato, y debe ser el instrumento con que los hijos de las repúblicas prefieran labrar su fortuna. El autor de la *Agricultura de la zona tórrida* hizo con sus admirables versos un valioso presente intelectual y

económico á la juventud americana, tentándola á admirar y aprovechar los pingües tesoros de los variados climas en que habita, al mismo tiempo que con mano maestra le mostraba cómo el espíritu de las letras clásicas puede animar, embelleciéndolas, las producciones de la moderna literatura. La obra incompleta de Bello pudo convertirse en las *Geórgicas* sudamericanas si hubiera tenido imitadores, inspirados, como el iniciador, en un pensamiento de patriotismo y de civilización á un tiempo.

La agricultura es la generosa nodriza del hombre, y nadie mejor que Virgilio la ha idealizado en versos que jamás perecerán por mucho que los aleje el tiempo: oigámosle en la traducción neogranadina:

Al hombre urgiendo, la escasez le educa,  
Y el trabajo tenaz todo lo allana.  
Ceres, sabia maestra, á los mortales  
El seno de la tierra á abrir indujo  
Cuando faltaron en las sacras selvas  
Bellotas y madroños, y Dodona  
El sustento habitual negó cansada.  
Creció en esmeros el cultivo, en cuanto  
Funesta á las espigas la impía nubla  
Y hórrido á los sembrados sobrevino  
El torpe cardo. Y ya la mies fallece:  
Que la áspera maleza en torno crece,  
Y el abrojo la invade y el espino;  
Oprimen ya el espléndido sembrado  
Triste zizana, estériles avenas.  
Tú, pues, como afanado  
Las gramas no persigas  
Con incansable rastro; si no alejas  
Con ruidos las aves enemigas;

Si hiriendo ociosas ramas,  
 El asombrado campo no despejas,  
 Ni con voto eficaz la pluvia llamas,  
 ¡Triste! con sesgos ojos de vecina  
 Heredad mirarás la parva enhiesta,  
 Y tu hambre en la floresta  
 Aliviará la sacudida encina.

Ni uno solo de los prolijos detalles con que pinta Virgilio la lucha del labrador con la Naturaleza ha escapado á la sagacidad del traductor: no crecerán las mieses si no se extirpan á tiempo el cardo y las importunas cañas, si no se espantan las aves atraídas por el apetito del grano. La pereza condenaría al labrador á contemplar con tristeza la cosecha abundante del vecino y á alimentarse con el insípido y grosero fruto de las encinas.

*Heu! magnum alterius frustra spectabis acervum,  
 Concussa que famem in silvis solabere quercu!*

La agricultura fué considerada por los antiguos como el arte que enseña al hombre á apropiarse por el trabajo y la industria, no sólo los dones de Ceres, sino cuantos distribuye Cibele, uno de cuyos atributos es la llave con que abre y cierra, según las estaciones, los tesoros de la Naturaleza, y gobernando los leones que conducen su carro, dice simbólicamente que nada hay tan feroz é indómito que no se someta á la amorosa paciencia de la maternal agri-

cultura. Si nuestro menguado código rural hubiera tenido presente el gran código rural de Virgilio, de cierto que las laboriosas abejas, dulcemente cantadas y acariciadas en las *Geórgicas*, no habrían sido destruidas á muchas leguas de los escasos plantíos y sembrados de nuestros incultos campos. Los animales útiles atraen de preferencia la atención de Virgilio, haciéndonos amar al buey paciente, á su hembra de ubres generosas, á la oveja que se despoja de su vellón para vestirnos, al caballo que se asocia á nuestros viriles placeres, á nuestras hazañas de valor y arrastra la carroza elegante del rico como la reja del arado del humilde labriego.

Las llanuras colombianas como las argentinas son propicias á la noble raza del caballo. En ellas, ha dicho Buffón, es donde debe estudiarse al potro en toda su belleza y libertad, al caballo que, según el mismo naturalista, es la más gloriosa conquista del poder inteligente del hombre. El americano nace contemplando el caballo, y ensaya sus primeras fuerzas manejándole por la brida; en él atraviesa el desierto, vadea los ríos, y sobre sus lomos y ancas conduce á su querida y á sus hijos al poblado ó al nuevo techo que ha construido de totora á la margen de la laguna lejana. El caballo es para el llanero y el gaucho el personaje principal de sus idilios en acción ó de sus yaravís y cielitos, acompañados de la guitarra. A esta intimidad entre el nobilísimo bruto y el hombre americano atribuimos el acierto con que el tra-

ductor bogotano ha interpretado el siguiente pasaje  
del libro III de las *Geórgicas*.

No menos diligencia  
A la elección de los caballos debes.  
Tú, desde tierna edad á los que fies  
El incremento de la raza, aplica  
Laboriosa atención. El potro nuevo  
De stirpe generosa,  
Gallardo ya campea,  
Y en noble porte y numerosos pasos  
Las blandas coyunturas ejercita:  
Toma la delantera en el camino,  
A la cresspa corriente vado tiente,  
A puente ignoto avánzase el primero,  
Ni de estrepitos vanos se intimida.  
La cerviz tiené erguida,  
Aguda la cabeza, el vientre breve,  
Grupa redonda, el pecho  
Con músculos soberbios que le abultan.  
Noble es el rucio azul, noble el castaño,  
De blancos y melados desconfío.  
¡Con qué ingénito brío  
El pisador lozano  
Sale del puesto y sosegar no sabe  
Si armas de lejos resonar ha oído!  
Las orejas aguza, se estremece,  
El encendido aliento  
Por la abierta nariz bramando arroja;  
El cabello sacude aborrascado,  
Le esparce al diestro lado;  
Y doble mueve la dorsal espina,  
Y recios cascos sobre el suelo asienta  
Que batido á compás hueco retumba.  
Sofrenado de Pólux Amicleo  
Tal Cilaro soberbio braveaba,

La copia de trotones  
Que Marte unció, tal era; tales fueron,  
Ya de griegos poetas celebrados,  
Los del carro veloz del grande Aquiles;  
Y Saturno agilísimo la hermosa  
Crim derramando sobre el cuello equino,  
Así también, al asomar su esposa,  
Hirió, rápido huyendo,  
El alto Pelion con relincho agudo.  
Al que así contemplaste  
Animoso coreel, cuando agobiado  
Por las enfermedades, ó vencido  
Le vieres de la edad, ponle á cubierto,  
Y da á su honrada senectud descanso.  
Para enlaces de Venus  
Frio el galbollo viejo, afán estéril  
Apura en ellos, y tal vez se llega  
A la amorosa lid, se enciende en vano,  
Cual sin fuerza en la paja un alto fuego.  
Observa de antemano  
Los bríos y la edad de cada potro,  
Su raza y vocación discierne luego;  
Mira si causa en él y en qué manera,  
La ignominia dolor, celo la gloria.  
¿No has visto cuando en rápida carrera  
Parten de la barrera  
A cubrir el palenque émulo carros?  
Mancebos que en la faz muestran bizarros  
El ansia de vencer, mientras el pecho  
La duda palpitante les devora,  
Con retorcido látigo aguijando,  
Tendido el cuerpo van, suelta la brida;  
En férvido volar arden las ruedas;  
Y ora se inclinan, y ora  
Parecen remontarse arrebatados  
En vuelo aéreo á superior esfera.  
No hay descanso, no hay paz. La arena roja  
En nubes se levanta:

Fogoso al delantero el de atrás moja  
 Con la espuma que arroja;  
 ¡Tanto es el pundonor, la ambición tanta!

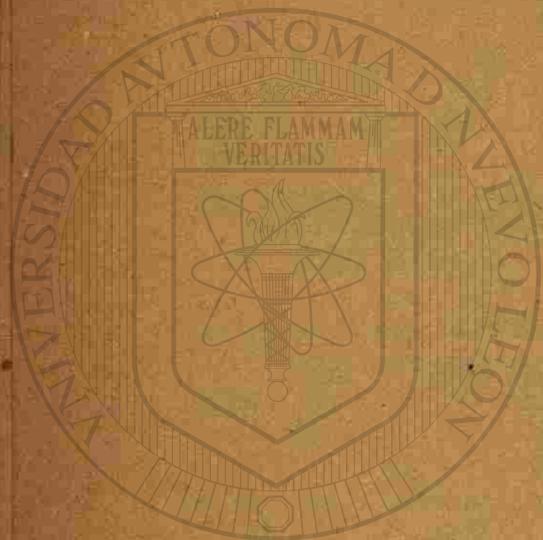
Estos versos, fuerza es confesarlo, no se parecen en nada á los que generalmente nos regala la musa sudamericana, libertina, indómita, sin más consejero que el oído, á veces mal educado y excesivamente democrático en el estilo, en la elocución y en las formas sintáxicas, casi siempre cortadas al talle de la prosa. Si muchos han de saborearlos y deleitarse con ellos, no faltarán quienes los hallen desabridos al paladar, oscuros á la inteligencia y aun ásperos para leídos corrientemente. Pero nosotros, que nos declaramos pertenecer á los primeros, es decir, á los admiradores de la noble versificación del Sr. Caro, entendemos que el verso debe tener también poesía en su estructura, y participar, hasta en la ordenación de las palabras, del juego de la imaginación, que es la primera de las facultades distintivas del poeta. El verso debe pasar por delante de la vista como el diamante bruñido, destellando luz por cada una de sus facetas; ondear como airosa culebrá ó como la corriente de las aguas, y sorprender por la novedosa variedad de sus movimientos, para que, como la música á la letra, acompañe armoniosamente los giros originales é inspirados del pensamiento. Desdénase sin razón esta parte material de la versificación, y ni se reflexiona sobre ella, ni se estudian sus condiciones, como si no constituyera parte del arte de escri-

bir en verso, del mismo modo que es en el pintor la distribución de los tonos del colorido, y las gradaciones de la modulación en el músico. Hay idiomas en que la frase en el verso sigue la misma línea recta que en la prosa, y toda la poesía consiste en ellos en el fondo ó en la sustancia de la idea. Pero el castellano no es de este número. En la prosa misma es garboso, lujoso, erguido, y exige de quienes lo usen en verso y con intenciones de poetas, que levanten y acentúen esas cualidades, defectos ó virtudes de su índole, según quiera juzgarlos el juicio humano, generalmente vario y voluminoso.

En el caso presente existe una razón más para que los versos que quedan copiados merezcan la aprobación de las personas instruídas y de buen gusto, por cuanto traducen al más encumbrado y más delicadamente noble y pulcro de los poetas latinos, en quien brilla la tersura de la palabra y el pudor de la imagen. Sienta bien á su intérprete el dejo clásico, la solemnidad antigua, de que tan discretamente hace uso, logrando acercarse, cuanto es posible á un moderno, á semejante original.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

(Revista del Río de la Plata, número correspondiente al 1.º de Febrero 1875.)



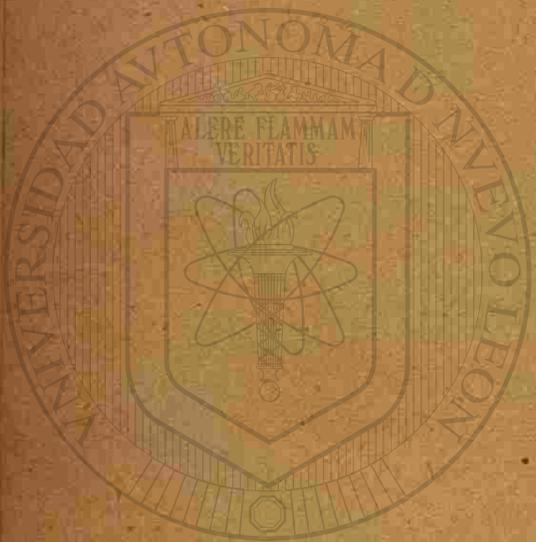
ENEIDA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*(Yo aquel que ya con flauta campesina  
Libre de afanes module canciones,  
Y dejando la selva peregrina,  
Causa fui que con ricas producciones  
Satisficiese la región vecina  
De exigente cultor las ambiciones  
—Obra grata á la gente labradora—  
Los horrores de Marte canto ahora.) (1)*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*(1) Véase la última faja del 2.º tomo*



# ENEIDA.

## LIBRO PRIMERO.

### I.

Canto asunto marcial; al héroe canto  
Que, de Troya lanzado, á Italia vino;  
Que ora en mar, ora en tierra, sufrió tanto  
De Juno rencorosa y del destino;  
Que en guerras luégo padeció quebranto,  
Conquistador en el país latino,  
Hasta fundar, en fin, con alto ejemplo,  
Muro á sus armas, y á sus dioses templo.

### II.

De allá trajo su sér el trono albanu,  
Su nombre el pueblo á quien el orbe admira,  
Roma de allá su cetro soberano.....  
Mas tú á mi osado verso, Musa, inspira!  
Abre de estos sucesos el arcano;  
¿Qué ofensa suscitó la excelsa ira  
Que á la errante virtud sigue y quebranta?  
¿Cupo en celestes pechos furia tanta?

TOMO I.

(1) Lisonja de la ambición; destruyere las cénitras de la tierra - capitan de Jupiter - el nombre de este gigante Vulcano y de este

## III.

En frente, aunque á distancia, de la riba  
 Donde el Tibre en el mar su onda derrama,  
 Tiria de origen, opulenta, altiva,  
 Alzóse la ciudad que Juno ama.  
 Más que á Sámos la Diosa vengativa  
 La amó: Cartago la ciudad se llama:  
 En ella la armadura pavorosa,  
 El carro en ella estuvo de la Diosa.

## IV.

Y ya anhelaba Juno y pretendía  
 Hacer del orbé á esta ciudad señora  
 Si consintiese el hado. Oído habia  
 Que, corriendo los tiempos, en mal hora  
 Para alcázares tirios, se alzaria  
 De troyana raíz, dominadora  
 Nación potente, en los combates fiera;  
 Que así lo urdido por las Parcas era.

## V.

Eso la Diosa recelaba; y luégo  
 De irritantes recuerdos ocupada,  
 Ella no olvida que á vengar al Griego  
 Fué la primera en desnudar la espada:  
 Del troyano pastor el fallo ciego;  
 Su ofendida beldad, la raza odiada,  
 El alto honor á Ganimédes hecho,  
 Memorias son para afligir su pecho.

- (1) - Ministros del sistema  
 2. - Dios del cielo, esposo de la diosa.

## VI.

Por eso avienta á términos distantes  
 Del italo confin, á los que á vida  
 Dejó incendio voraz, salvados ántes  
 Del acero de Aquilés homicida.  
 Por largos años sobre el ponto errantes,  
 Cerrando el paso á su virtud sufrida  
 El hado vengador ¿dónde no asoma?  
 ¡Fué empresa colosal fundar á Roma!

## VII.

Haciendo nueva tentativa ahora,  
 De la orilla zarpando siciliana,  
 Ya á la vela se daban; ya la prora  
 Cortando iba veloz la espuma cana.  
 Mas la llaga cruel que la devora  
 Guardaba fresca la deidad tirana  
 En el fondo del alma; y sin testigo  
 Así comienza á razonar consigo:

## VIII.

«¿Y será que vencida retroceda  
 En la intentada empresa? ¿y que al troyano  
 Aborrecido príncipe no pueda  
 Léjos tener del límite italiano?  
 ¿Conque adverso el destino me lo veda?  
 Pálas un día, del insulto insano  
 Tan sólo de Áyax ofendida, airada,  
 ¿No hundió á los Griegos y abrasó su armada?»

- (1) - Hieros de Troya  
 2. - tal vez igual a Minerva, d. de la sabiduría, de las artes, de la guerra.  
 (2) - guerra que atropello a Escandera en el templo de Minerva

## IX.

»Ella misma del cerco nebuloso  
Vibró de Jove la veloz centella,  
Y alteró de los mares el reposo  
Y dispersó los navegantes; ella  
En torbellino súbito, furioso,  
Arrebatando al infeliz, lo estrella,  
Cuando aún abierto el pecho llameaba,  
Contra un agrio peñon, y allí le clava.

## X.

»Y yo, que entre los Númenes campo  
De los Númenes todos soberana;  
Yo, que los altos títulos poseo  
De consorte de Júpiter y hermana,  
Ya tantos años há que en lid me empleo  
Con solo un pueblo, y mi insistencia es vana!  
¿Y habrá de hoy más quien me venere? ¿alguno  
Que humilde ofrende en el altar de Juno?»

## XI.

Tal medita la Diosa, y sus sollozos  
Ahogando en su furor, á Eolia vuela,  
Region nublada en lóbregos embozos,  
Region que aborta la hórrida procela:  
Eolo allí en inmensos calabozos  
Las roncadas tempestades encarcela  
Y los batalladores aquilones,  
Y hace pesar su imperio en sus prisiones.

*(Eolo mismo igual a dios)*  
*(Eolo Dios del viento)*  
*(Eolo Dios principal, rey del Olimpo)*  
*(Eolo Dios de Eolo)*

## XII.

Ellos dentro la hueca pesadumbre  
Ruedan bramando, amenazando estrago;  
Él, cetro en mano, sobre la alta cumbre,  
Resuelve en aire el comprimido amago,  
Que si aquella legion de servidumbre  
Salir lograrse, por el éter vago  
La tierra, el mar, el ámbito profundo  
Rauda barrera aniquilando el mundo.

## XIII.

El alto Jove recelando eso,  
Al ejército aéreo abrió esta sima,  
Y ahí en tinieblas le envolvió, y el peso  
De altísimos collados le echó encima;  
Y un rey impuso al elemento opreso  
Que con tacto severo, ya reprima,  
Ya dé medida libertad. Ahora  
Juno ante él llega, y su favor implora:

## XIV.

•Éolo, á quien el Rey de cielo y tierra  
Calmar concede y sublevar los mares,  
Oye: aquel pueblo á quien juré la guerra,  
Surca el Tirreno, y sus vencidos lares  
Lleva, y su imperio, á Italia. Desencierra,  
Éolo, tus alados auxiliares,  
Y envíalos con ímpetus violentos  
A romper naves y á esparcir fragmentos.

## XV.

«Catorce Ninfas<sup>(1)</sup> sírvenme doncellas,  
De hermosura dotadas milagrosa;  
La que en encantos sobresale entre ellas,  
Deyopeya gentil, será tu esposa:  
Eternas gozarás sus gracias bellas;  
Yo te la doy, porque de prole hermosa  
Afortunado fundador te haga;  
Y así el favor mi gratitud te paga.»

## XVI.

Éolo reverente la responde:  
«Reina, escudriña cuanto ansiar pudieres,  
Dí cuanto oculta voluntad esconde,  
Pues son tus voluntades mis deberes.  
De ti no fuesen dádivas, ¿de dónde  
Mi cetro, mi privanza, mis poderes?  
Tú en las mesas olímpicas me sientas;  
Rey por ti soy de rayos y tormentas!»

## XVII.

Dice; y la hueca mole con el cuento  
Hiere del cetro, y la voltea á un lado;  
Y al ver el ancha puerta, cada viento  
Quiere salir primero alborotado;  
Y Noto á un tiempo, y Euro, y turbulento  
Abrego con borrascas, monte y prado  
Corren, barren el suelo, al mar se entregan,  
Y ondas abultan que la playa anegan.

(1) - Damos intermedias entre la humana y lo divino.

(2) - El viento del sur.

(3) - Viento del este.

## XVIII.

Y remueven el ponto, el ponto gime;  
Y silban cuerdas y la gente clama;  
Roba las formas y la luz suprime  
La oscuridad que en torno se derrama;  
Noche tremenda el horizonte oprime;  
El éter cruza intermitente llama;  
Truena el polo, y suspenso el navegante  
La pompa del terror tiene delante.

## XIX.

En este instante de la muerte el hielo  
Siente Enéas que embarga sus sentidos,  
Y entrambas manos extendiendo al cielo,  
Clama con voz ahogada entre gemidos:  
«¡Dichosos, ay, los que en el patrio suelo,  
Al pié del alto muro, en liza heridos,  
A vista de sus padres espiraron,  
Y allí cual buenos su mision finaron!

## XX.

«¡Oh tú entre aquivos héroes el primero,  
Diomédes esforzado! ¿qué ímpia suerte  
Me negó bajo el filo de tu acero  
En los campos de Troya hallar la muerte?  
Do al ímpetu de Aquiles Héctor fiero  
Cayó; do el grande Sarpedón; do inerte  
Tanto noble adalid, rota armadura,  
El Símois vuelca en su corriente oscura!»

(1) - Fundador de Roma.

(2) - Banderos de los argonautas.

(3) - Héroes principales de Troya.

(4) - Fundador común colono a del etnia illece.

## XXI.

Cállale aquí borrasca bramadora  
Que hosca en las velas da, la onda agiganta;  
Quiébranse remos, tuércese la prora,  
La onda el costado del bajel quebranta:  
Álzase el agua en cimas, y á deshora  
Rómpe se; quién en vago se levanta;  
Quién la ola henderse ve que lo encadena,  
Y ve el fondo mostrarse, hervir la arena.

## XXII.

Noto tres buques á su cargo toma  
Y en adustos escollos los estrella  
(Cuya espalda á flor de agua inmensa asoma,  
Y *ara* el nauta la nombra, y huye de ella).  
Sobre otros tres rugiente se desploma  
Euro (¡escena de horror!), los atropella,  
Y dales, entre puntas destrozados,  
Tumba de arena en los hirvientes vados.

## XXIII.

Al bajel que á los Licios aportaba,  
El mismo en que el leal Oróntes iba,  
Súbite hiere en popa una ola brava  
Descargada con ímpetu de arriba.  
Enéas el embate viendo estaba  
Que de un vuelco el piloto al mar derriba;  
Tres vueltas da el bajel, la angustia crece,  
Y el vórtice lo traga, y desaparece.

## XXIV.

Vense dispersos que en lo inmenso nadan;  
Maderos y reliquias de combates,  
Y troyanas riquezas sobrenadan.  
De Ilioneo, aunque fuerte, á los embates  
La nave ya, y las de Abas se anonadan,  
Del viejo Alétes y el valiente Acátes;  
Que, hondas las grietas, desligado el brío,  
Abren su seno al elemento impío.

## XXV.

En tanto los rumores, los bramidos,  
La inmensa agitacion Neptunó siente;  
Siente los hondos sótanos movidos,  
Y alza alarmado la serena frente  
Por cima de las ondas. Esparcidos  
Los buques ve de la troyana gente,  
Por todas partes maltratada y rota,  
Que el cielo la acribilla, el mar la azota.

## XXVI.

Ni ya de Juno se ocultó al hermano,  
Industrioso el rencor que horrores trama;  
Y al punto con acento soberano  
Al Céfito y al Euro á cuentas llama;  
«Y así,» les dice, «os ciega orgullo vano?  
Ya hundís los cielos sin mi vénia, y brama  
El agua en cerros que encrespais gigantes;  
¡Guay!... Mas el mar apacigüemos antes.

(1) - Ilion, ciudad y reino de Troya

(2) - Dios de los mares

(3) - Viento Norte

(4) - " Este

## XXVII.

»;Huid, vientos! ¡huid avergonzados;  
Ni esperéis de piedad segunda muestra;  
Y á vuestro Rey decidle que los hados  
No el tridente pusieron en su diestra:  
Los reinos de la mar son mis estados!  
Riscos él tiene allá, guarida vuestra;  
Que respetoso á ajenos elementos,  
Reine guardian de encadenados vientos!»

## XXVIII.

Dice; nubes disuelve, el sol desnuda,  
Y pone en paz las olas que batallan:  
Cimotoc y Triton' de roca aguda  
Los míseros navíos desencallan;  
Con su tridente él mismo les ayuda,  
Las sirtes abre, y cielos y aguas callan;  
Y por cima del mar, que apenas riza,  
En levisimo carro se desliza.

## XXIX.

¿Quién vió tal vez con la rabiosa ira  
Que la plebe en motin ruge y revienta?  
Teas, guijarros por el aire tira;  
La fuerza del enojo armas inventa:  
Mas si á un prócer piadoso alzarse mira,  
Se contiene, se acalla, escucha atenta;  
Sola esa voz los ánimos ablanda,  
Lleva la paz, y la obediencia manda.

## XXX.

Neptuno así de una mirada enfrena  
Del piélago insolente losfurores,  
Y gira por la atmósfera serena  
Dóciles sus caballos voladores.  
Entre tanto, de la áspera faena  
Cansados los troyanos viadores,  
A las vecinas, líbicas orillas  
Vuelven prudentes las cascadas quillas.

## XXXI.

Vese allí en una cómoda ensenada  
Formando puerto, una isla: á sus costados  
Del piélago se rompe la oleada.  
Y rota, entra á morir por ambos lados.  
Guardando opuestos émulos la entrada,  
Dos peñones, remate de collados,  
Torvos se empinan: plácidas, á solas,  
Tiéndense al pié las sombreadas olas.

## XXXII.

Luégo, al entrar, divisase eminente,  
Del sol quebrando el trémulo destello,  
Hórrido bosque, y negro, y grande; en frente  
Cóncava peña cierra un antro bello.  
Y allí hay bancos de piedra; allí una fuente  
De agua dulce; es de Ninfas gruta aquello!  
No aquí el cansado esquife ata la amarra;  
No del áncora el garfio el fondo agarra.

## XXXIII.

Saca Enéas, en suma, á salvamento  
Siete naves. La gente, que desea  
De la tierra el materno acogimiento,  
Salta al césped que el céfiro recrea,  
Y allí á los miembros húmidos da asiento.  
Acátes hiere el pedernal; chispea;  
Hoja menuda allega, adusta rama,  
Y, el fómes atizando, arde la llama.

## XXXIV.

Mojados sacan las cansadas manos  
El dón de Céres y su tren; y aprestan  
Piedras allí para moler los granos  
Que en seco extienden y que al fuego tuestan.  
Sube Enéas á un pico, y los lejanos  
Horizontes registra, por si enhiestan  
Las popas de Caico allá su arreo,  
Ó bien sus velas el bajel de Anteo;

## XXXV.

Ó yaá remo avanzando los navíos  
Frigios parecen, ó el de Cápis. Nada  
Por los ecuóreos límites vacíos  
Descubre á su esperanza su mirada.  
Mas tres ciervos divisa que baldíos  
Recorren la ribera: la manada,  
Al sabroso pacer vagando atenta,  
Por acá y por allá los sigue lenta.

11- Unas de los argonautas  
12- Unas de los argonautas

## XXXVI.

El arco y leves flechas, al instante,  
Armas del fiel Acátes, arrebatada  
Enéas; y á los tres que van delante  
Con orgullosa cornamenta, mata;  
A tiros luégo el escudron restante  
Entre el frondoso bosque desbarata;  
Ni desiste hasta ver de los venados  
Siete grandes por tierra derribados.

## XXXVII.

Así el número iguala al de bajeles;  
Al puerto vuelve, do el botín divide  
Entre sus tristes compañeros fieles;  
Y con vino, de aquél que á su partida  
De las riberas siculas, toneles  
Bondoso Acátes les hinchió, convida;  
Y cura consolar los corazones  
El obsequio apoyando con razones:

## XXXVIII.

«¡Antiguos compañeros! sabedores  
Antes de ahora de aventuras tales:  
Ya visteis acabar otros mayores,  
Dios dará fin á los presentes males.  
De Scila atroz escollos ladradores:  
De impios Ciclopes playas funerales:  
¿Qué no habeis arrostrado? Alzad la frente,  
Y ahogue su pena el corazon valiente!

## XXXIX.

»Desgracias de hoy, mañana son memorias  
Que despiertan secretas simpatías:  
Senda de rudas pruebas transitorias  
Nos lleva al Lacio y sus riberas pias:  
Renacerán nuestras antiguas glorias;  
Sufrid, guardáos para mejores días!»  
Dice; rie esperanzas, y hondamente  
Sella el fiero dolor que el alma siente.

## XL.

Presta la gente á aderezar la caza  
Pielas arranca, entrañas desaloja;  
Quién la carne, que á miembros apedaza,  
Fija en el asador, tremente y roja;  
Quién da en la orilla á las calderas plaza,  
Y fuego allega; y ya en el musgo y hoja  
Cobran tendidos el vigor postrado  
Con vino añejo y nutritor bocado.

## XLI.

Calla el hambre; y locuaz la fantasía  
Recuerda á los ausentes: teme; alienta;  
Y ya salvos, ya en la última agonía,  
Ya sordos al clamor los representa.  
Consigo Enéas, de la suerte impía  
Del animoso Oróntes se lamenta,  
Y de Amico, y de Licio, y de héroe tanto;  
Del grande Gias y del gran Cloanto.

## XLII.

Tarde era ya, cuando del alto cielo  
Oteando el olímpico monarca,  
Tierras y costas, el tendido suelo,  
Y el mar de velas erizado, abarca  
De una mirada, que con vivo anhelo  
Fijó, en fin, en la líbica comarca;  
Y, los ojos brillando humedecidos,  
Vénus así le hablaba con gemidos:

## XLIII.

«Padre y señor de dioses y mortales;  
Rey, cuyo brazo con el rayo aterra!  
¡Oh! mira al hado, tras acerbos males,  
Cuál á mi Enéas y á los Teucros cierra,  
No del país que guarda, los umbrales,  
Mas los ángulos todos de la tierra!  
Para sufrir contrariedad tan fuerte,  
¿Con qué crimen pudieron ofenderte?»

## XLIV.

»Tú prometiste que de aquí, algun día—  
¿Lo recuerdas?—de aquí, de la troyana  
Estirpe restaurada, se alzaria  
Reina del mundo la nacion romana.  
¿Qué nuevo plan la ejecucion desvía?  
Yo usaba con las dichas del mañana,  
Del ayer y sus ruinas consolarme;  
Mas ¿vemos hoy que el hado se desarme?»

## XLV.

»No; que se ensaña cada vez más crudo!  
¿Término á tanto mal darás al cabo,  
Grande y buen rey? Con invisible escudo,  
Del Adria entrando por el golfo bravo,  
Al riñon mismo de Liburnia pudo  
Anténor penetrar, y del Timavo  
Las cabezas venció; de argiva hueste  
Salvado en ántes por favor celeste.

## XLVI.

»Y en aquella region donde desata,  
Los cerros atronando, mar rugiente  
Por siete bocas su raudal de plata,  
Y los campos inunda en su corriente,  
Allí á Padua fundó; morada grata  
En ella, y patrio nombre dió á su gente,  
Y de Troya las armas; y tranquilo  
Bajó á dormir en sepulcral asilo.

## XLVII.

»Y á nosotros, tus hijos, á quien silla  
Previenes celestial, se nos traiciona?  
¿Y anegadas las naves, ¡oh mancilla!  
Porque de *álguien* el odio lo ambiciona,  
Tocar nos vedas la latina orilla?  
¿Así nos vuelves la imperial corona?  
¿O premio es éste de virtudes digno?»  
Oyóla el Padre, y sonrió benigno;

## XLVIII.

Y con la faz la besa con que el cielo  
Serenar suele en tempestad oscura;  
Y «Calma,» dice, «Citerea, el duelo;  
De los tuyos el hado eterno dura.  
Verás alzarse á coronar tu anhelo  
La ciudad de Lavinio: á etérea altura  
Tu heroico Enéas subirás un dia;—  
Ni nuevo plan la ejecucion desvía.

## XLIX.

»Él (pues voy á tu pecho, aún mal seguro,  
A revelar recónditos arcanos)  
Él hará guerra larga; el cuello duro  
Domará de los pueblos italianos;  
Dará á los suyos circundante muro,  
Y fundará costumbres. Tres veranos  
Contará de los Rútulos triunfante;  
Y tres inviernos le verán reinante.

## L.

»Y su hijo Ascanio, que festivo y tierno  
Con renombre de Yulo se engalana,  
(Ilo nombróse en el solar paterno  
Cuando alzaba Ilion la frente ufana),  
Treinta años llenará con su gobierno  
Mes á mes; y la sede soberana  
Mudando de Lavinio, hará á Alba Longa  
Robusta en fuerzas que al asalto oponga.

## LI.

»De manos de la hectórea dinastía  
No habrá en tres siglos quien el cetro aparte:  
Iliá, real sacerdotisa, un día  
Hijos gemelos parirá de Marte:  
Con la piel de la loba que los cria  
Ya al mayor miro ufano; baluarte  
Alzará eterno, y porque al mundo asombre,  
Rómulo á su nación dará su nombre.

## LII.

»Y término, ni linde, ni parada  
Fijo al poder de Roma: eterno sea!  
Juno misma, que alarma exasperada  
Cuanto baña la mar y el sol rodea;  
Con nuevo acuerdo, á la nación togada  
Que al mundo, acerca el hado, señorea,  
Vendrá por fin en proteger conmigo;  
Y así se cumplirá cual yo lo digo.

## LIII.

»Y siglo traerá el tiempo en que cadenas  
Dé la casa de Asáraco á la argiva;  
A Ptia vencerá; verá á Micénas,  
Si ántes gloriosa, ya á sus piés cautiva.  
Tan noble sangre llevará en las venas  
Julio—por nombre que de atrás deriva;  
César—con gloria que hasta el cielo alcanza;  
Él, cuyo imperio sobre el mar se avanza.

## LIV.

»Y tú, segura de contrario insulto,  
Cargado con despojos de Oriente  
Le cogerás en el Olimpo; y culto  
Le dará el hombre en votos afluente.  
Y, sosegado el militar tumulto,  
La férrea edad se tornará elemente:  
Fe anciana reinará y amor divino,  
Y en union fraternal Remo y Quirino.

## LV.

»Y por fin con estrechas cerraduras  
Y de hierro cargadas, de la Guerra  
Cegadas quedarán las puertas duras:  
El malvado Furor, que allí se encierra,  
Sentado sobre rotas armaduras,  
Con las manos atrás, que el bronce aferra  
De cien cadenas, lanzará bramidos,  
Los dientes rechinando enrojecidos.»

## LVI.

Dice, y al punto del Olimpo envía  
Al aligero dios hijo de Maya,  
Que á allanar á los naufragos la via  
Y el muro de Cartago á abrirles vaya;  
Pues de Dido recela, que podría  
Alejarlos tal vez de aquella playa  
Si los altos designios ignorase.  
Oyele el nuncio, y por el éter vase.

## LVII.

Y la pluma batiendo fugitiva  
En la region inmensa, por do hiende,  
Presto á las costas líbicas arriba,  
Y á cumplir el mandato sólo atiende:  
Y ya los Penos su rudez nativa,  
Por él, remiten; y ante todo enciende  
En Dido un vago y tierno sentimiento,  
Prenda de hospitalario acogimiento.

## LVIII.

Enéas, que la noche pasó entera  
Cavilando, áun no bien la luz celeste  
Mira nacer al mundo placentera,  
Ya ansioso sale á ver qué clima es éste  
Do el viento le ha arrojado; si hombre ó fiera  
Habita en él, segun le ve de agreste:  
Todo saberlo, averiguarlo intenta,  
Y á los suyos tornar á darles cuenta.

## LIX.

La flota deja so el peñon antiguo  
Que las aguas socavan sin estruendo,  
Y de las corvas selvas al abrigo  
Con sombra en torno de negror horrendo:  
Sólo á Acátes llevándose consigo,  
Cada cual ancha pica entra blandiendo:  
Ya en medio el bosque, Vénus de sorpresa  
Vestida de espartana se atraviesa.

## LX.

Por su aire y armas lo parece; ó nueva  
Harpálice gentil, que de vencida  
A sus caballos en su esfuerzo lleva  
Y al Euro alado en su veloz corrida:  
Cual puesto al hombro á cazadores prueba,  
Cuelga el arco; el cabello al aura olvida;  
Y deja la rodilla ver desnuda  
Do undosos pliegues lazo breve anuda.

## LXI.

«Hola! mancebos,» díceles la Diosa:  
«A una de mis hermanas por ventura  
Visto habeis por ahí, que vagarosa  
Lleva aljaba, y pintada vestidura  
De piel de lince? ó que tal vez acosa  
A un jabalí sóberbio en la espesura  
Con agudo clamor?» Tal Vénus dijo;  
Y de Vénus así respondió el hijo:

## LXII.

«En verdad no hemos visto aquella hermana  
Tuya, á quien buscas, ni sabemos de ella.  
Mas ¿cuál te nombraré? nos es cosa humana  
Lo que suena tu voz, tu faz destella.  
¿Eres alguna Ninfa? ¿eres Diana?  
Yo diosa te presumo, y fausta estrella,  
Quienquier fueres, mi labio te saluda:  
¡Oh! da propicia á náufragos tu ayuda!

## LXIII.

»Y por piedad, qué clima es éste, dínos,  
Ó qué zona del mundo, qué campaña;  
Que sin saber ni gentes ni caminos,  
Vamos perdidos en region extraña  
A donde, infortunados peregrinos,  
De olas y vientos nos lanzó la saña;  
Y, grata á recibidos beneficios,  
Mi mano hará en tus aras sacrificios.»

## LXIV

«No merezco ese honor,» Vénus contesta:  
«Siempre de Tírias fué, si os maravilla,  
De aljaba ornadas vaguear, cual ésta,  
Con borceguí purpúreo á la rodilla.  
Púnico imperio aquí se os manifiesta,  
Pueblos fenicios, de Agenor la villa;  
Empero, esta region parte fronteras  
Con las tribus del Africa altaneras.

## LXV.

»De Tiro vino huyendo del hermano,  
La que reina hoy aquí, por nombre Dido.—  
El largo drama á desflorar me allano:—  
Esta tuvo á Siqueo por marido,  
Rico en tierras cual no otro comarcano;  
Con vivo amor de la infeliz querido;  
A quien, bella con gracias virginales,  
La unió el padre en primeros esponsales.

## LXVI.

»Su hermano en Tiro entónces dominaba,  
Pigmalion, el más feroz malvado:  
Enemistad entre los dos se traba,  
Y él á Siqueo, ante el altar sagrado,  
Sacrílego y traidor á hierro acaba,  
Y también de codicia estimulado;  
Y á la sencilla enamorada hermana  
Oculta el crimen de su diestra insana.

## LXVII.

»Y con ficciones la entretiene en duda,  
Y su amor de esperanzas alimenta;  
Cuando en sueños por fin á la viuda  
De Siqueo insepulto se presenta  
La sombra misma, alzando la faz muda  
Con tétrico misterio macilenta;  
Y el ara le señala enrojecida,  
El pecho abierto y la profunda herida.

## LXVIII.

»Y el arcano espantoso que contrista  
Y un rincón recataba, muestra entero;  
Y la excita á buscar con planta lista  
Más humano país, clima extranjero:  
Para ayuda de viaje, abre á su vista  
En sótano ignorado, de dinero  
Antiguo y vasto acopio. Conmovida  
Dido despierta á aperebir la huida.

## LXIX.

»Busca auxiliares; llegan á porfia  
Quiénes que temen del cruel tirano,  
Quiénes que odian la infame tiranía;  
Apañan, cargan de oro las que á mano  
Naves dispuestas por ventura habia;  
Y ya cruza los campos de Oceano  
De Pigmalion avaro la riqueza;  
Y una débil mujer va á la cabeza.

## LXX.

»Y aquí al sitio pararon do ahora vese  
Mura'la colosal; do se levanta  
La fortaleza de Cartago: en ese  
Sitio compraron tanta tierra cuanta  
La piel de un buey en derredor cogiese;—  
De *Brisa* el nombre la aventura canta.—  
Mas ¿quiénes sois? ¿de dónde vuestra flota,  
Ó á dónde encaminaba la derrota?»

## LXXI.

Enéas respondiéndola, doliente  
La voz arranca, y con suspiro dice:  
«¡Diosal si de su origen al presente  
La serie de mis lances infelice  
Narro á tu corazon condescendiente,  
Primero que mi labio finalice,  
Su luz robando al mundo y su alegría  
Habrá su giro completado el dia.

## LXXII.

»De Troya procedentes (si ya sabes  
Lo que fué un tiempo la ciudad que digo),  
Tras largas vueltas y fatigas graves  
Golpe de airados vientos enemigo  
Lanzó sobre estas costas nuestras naves.  
Yo soy el pio Enéas, que conmigo  
Voy llevando doquier, del mar por medio,  
Dioses salvados de voraz asedio.

## LXXIII.

»Enéas, en las célicas esferas  
Famoso ya; que por el mundo ando  
De la Italia por patria, las riberas,  
Y el linaje de Júpiter buscando:  
Confíe al frigio mar veinte galeras,  
El camino mi madre señalando,  
Yo su enseñanza celestial siguiendo;  
¿Qué hallámos? bravo mar y Euro tremendo.

## LXXIV.

»Y hé aquí con siete buques mal librados,  
Llego al cabo, ignorado, desvalido,  
Del África á correr los despoblados,  
Ya del Asia y Europa repelido!»...  
Mas aquí, con afectos reavivados,  
Vénus interrumpióle en su gemido:  
«Tú, quienquier seas, que á Cartago vienes,  
Las simpatías de los Dioses tienes.

## LXXV.

«Ellos dan que los hábitos vitales  
Respires para bien: feliz sendero  
De la reina te lleva á los umbrales:  
Vendrán á puerto nave y marinero,  
Vueltos en su favor los vendavales;  
Y si no falta el arte del agüero  
En que hubieron mis padres de instruirme,  
No dudes tú lo que mi labio afirme.

## LXXVI.

«Vé esos cisnes, en número de doce,  
Del éter, donde Júpiter la asila,  
A darles caza el águila velóce  
Se lanzó por la atmósfera tranquila:  
De alegre libertad vueltos al goce,  
Míralos descender en larga fila;  
Ya del campo se adueñan los primeros,  
Ya á flor de tierra asoman los postreros.

## LXXVII.

«Cual el cielo cubrieron en bandada,  
Y baten ora las festivas aves  
La ala ruidosa, y cantan su llegada;  
Tal la flor de los tuyos, tal tus naves  
O entran al puerto, ó llegan ya á la entrada  
Con vela abierta y céfiros suaves.  
Tú sigue en tanto; y por do aquesta via  
Conduciéndote va, los pasos guía.»

## LXXVIII.

Tal Vénus dice; y vuélvese, y el cuello  
Con el matiz le brilla de la rosa;  
Y partiéndose en ondas, el cabello  
Mana esencia de cielo deliciosa:  
Cae la veste á los piés, sublime sello;  
Y, andando, ser mostró de véras diosa.  
El héroe, al descubrir su madre en ella,  
Clamando sigue la fugace huella:

## LXXIX.

«¿Y así burlado una vez más me dejas,  
¿Oh madre mia! con falaz semblanza,  
Tú también, tú cruel? ¿Y así te alejas  
Sin que hablemos con dulce confianza  
Ni estrechemos las manos?» Tal sus quejas  
Al aire da, y á la ciudad se avanza;  
Y ella, esparciendo opaca niebla en tanto,  
Los ciñe en torno de nubloso manto.

## LXXX.

Y así los cubre porque nadie pueda  
Ni verlos ni ofenderlos en mal hora,  
Ni curioso se cruce en la vereda  
Con sus preguntas á tejer demora;  
Y por los aires se remonta, y leda  
Vuéla al templo de Páfos, donde mora,  
Do aras ciento en su honor mezclan olores  
De arabio incienso ardiente y tiernas flores.

*Es la última hoja*

LXXXI.

Ellos con planta intrínscanse ligera  
 Por do advierte la senda, y la colina  
 Coronan ya, que á la ciudad frontera,  
 De lleno allá sus cúpulas domina.  
 Enéas con asombro considera  
 La fábrica estupenda y peregrina  
 Do un tiempo fueron chozas; y suspenso,  
 Puertas ve, y calles, y el bullicio inmenso.

LXXXII.

No descansan los Tirios: ó se empleen  
 En alzar el alcázar y dirijan  
 El giro á la muralla, y acarreen  
 Gruesos cantos á empuje; ó puesto elijan  
 Para casa, y con zanja le rodeen:  
 Sobre traza soberbia sitio fijan  
 Propio al legislador, al magistrado,  
 Y al augusto recinto del Senado.

LXXXIII.

Quiénes, formando un muelle, cavan fosas;  
 Quiénes, para un teatro, anchos solados  
 Extienden, y columnas prodigiosas  
 Cortan, adorno á escénicos tabladós.  
 Tales, en suma, suelen oficiosas  
 Ir las abejas por floridos prados  
 Cuando sacan al sol adultas crias  
 De estacion bella en los primeros días;

LXXXIV.

Tales la miel fabrican rica; y llena  
 Las celdillas al cabo el néctar blando;  
 Y ya salen de paz, la carga ajena  
 A recibir ufanas; ya cerrando  
 En trabado escuadron, de la colmena  
 Los zánganos alejan, torpe bando:  
 Con afan vario la labor se enciende,  
 Y á tomillo vivaz la miel trasciende.

LXXXV.

«¡Qué gran dicha á unos hombres se depara  
 Que alzarse ven el suspirado muro!»  
 Dice Enéas á tiempo que repara  
 En las altas techumbres; y seguro,  
 Gracias, ¡oh maravilla! á qué la ampara  
 Contino en derredor celaje oscuro,  
 Entra por la ciudad con paso listo;  
 Anda entre todos, y de nadie es visto.

LXXXVI.

Antiguo bosque de frescor ameno  
 Habia en medio á la imperial Cartago:  
 Lanzados ya los Tirios á su seno  
 De ondas y vientos por furioso amago,  
 Hallaron en las capas del terreno  
 De un corcel la cabeza, don presago  
 Que allí Juno les puso de victoria,  
 Prenda de salvacion, señal de gloria.

## LXXXVII.

Grata la Reina á auxilios singulares,  
Alzaba allí á la Diosa un templo extenso,  
Que á la vez ilustraba sus altares  
Con favor sacro y con devoto incienso:  
Escalonado el atrio entre pilares  
Y trabes bronceadas, daba ascenso  
A la alta puerta de metal bruñido  
Que el quicio oprime, y gira con rüido.

## LXXXVIII.

En este bosque el héroe al pecho laso  
Halló aliento, á sus penas lenitivo,  
Y alta leccion de que en adverso caso  
Hay siempre de esperanza algun motivo;  
Pues, ya en el templo suntuoso, al paso  
Que todo lo registra pensativo,  
Y aguardando á la Reina, allá en su mente  
Mide el poder de la ciudad naciente;

## LXXXIX.

Mientras nota á un plan mismo convertidas  
Manos de artistas y el primor del arte,  
Por órden halla en cuadros repartidas  
Leyendas de Ilion, lances de Marte,  
Que al orbe ocupan ya. Ve á los Atridas,  
Ve á Priamo, é igual á cada parte  
Aquiles en los rayos de su ira;  
Párase aquí, y con lágrimas suspira:

## XC.

«¡Acátes! ¿qué region, de nuestra fama  
No hay ya en el mundo, ó nuestros hechos, llenar?  
Mira á Priamo: aquí la gloria llama  
Al que allá injusta adversidad condena:  
El sentimiento aquí llantos derrama,  
Y aquí se siente en la desgracia ajena!  
Animo, pues; nuestro renombre claro  
Presta esperanzas de feliz reparo.»

## CI

Dice, y con mil recuerdos embebece  
En la inerte pintura los sentidos.  
Y mudo llanto el rostro le humedece;  
Que en ella, muro afuera, en lid tejidos,  
Ya la troyana juventud parece,  
Que á los Griegos acosa espavoridos;  
Ya á los Frigios, Aquiles, que bizarro  
Con plumaje gentil vuela en su carro.

## XCII.

Reconoce con lágrimas, tras eso,  
Las tiendas, con sus lonas cual de nieve,  
Que Diomédes taló, vendido Reso  
Del primér sueño en el regazo aleve:  
Allí el cruel en sanguinario exceso  
Huelga; y medroso de que alguno pruebe  
Pastos de Troya ó en el Janto beba,  
Los caballos indómitos se lleva.

## XCIII.

Tróilo en pos viene: juvenil locura  
 Ha hecho que fuerzas inferiores mida  
 Con Aquiles: perdida la armadura,  
 Derribado de espaldas, de la brida  
 Traba, que al vacuo carro le asegura:  
 Tiran los potros en veloz corrida;  
 Arrastra el cuello y cabellera suelta,  
 Y el polvo fácil marca el asta vuelta.

## XCIV.

Más allá al templo de Minerva, en tanto,  
 Teucras matronas á ofrecerle llegan,  
 Por vencer su rigor, un regio manto:  
 El tendido cabello al aire entregan;  
 Hieren el seno en muestra de quebranto  
 Las palmas; los humildes ojos ruegan:  
 Sorda la Diosa á la oracion prolija,  
 Torvas miradas en el suelo fija.

## XCV.

Enéas adelante á Aquiles halla  
 Volviendo, á truco de oro, el insepulto  
 Cadáver que en redor de la muralla  
 Tres veces arrastró con fiero insulto:  
 Hondo gemido de su pecho estalla  
 El muerto amigo viendo allí de bulto,  
 Y el carro vencedor y los despojos,  
 E inerme suplicando el Rey de hinojos.

## XCVI.

Él mismo en noble puesto allá campea  
 Par del negro Memnon, que con su banda  
 De Oriente, cierra. Al fin Pentesilea  
 Las huestes amazónicas comanda  
 De corvo escudo: el cingulo rodea  
 Aureo so el pecho descubierto; y anda  
 Furiosa entre los gruesos escuadrones,  
 Y hembra y todo, armas hace con varones.

## XCVII.

Miéntas con viva admiracion encuentra  
 Tales cuadros el héroe, y cada asunto  
 Le detiene, y la vista reconcentra  
 Luégo y la admiracion toda en un punto;  
 Dido, la hermosa Dido al templo entra,  
 La cual doquiera penetrando, junto  
 Con damas de copiosa comitiva,  
 La labor colosal risueña activa.

## XCVIII.

Tal del Eurótas por la vega umbría  
 Ó ya del Cinto por el halda amena,  
 Gentil Diana leves coros guía  
 Y la aljaba pendiente al hombro suena:  
 Ninfas en torno agrúpanse á porfia,  
 Y á todas ella en majestad serena  
 Se aventaja al andar: delicia vaga  
 El seno de Latona oculta halaga.

## XCIX.

Ya á las puertas la Reina se presenta  
 De do la Diosa estableció morada,  
 Y en el trono magnífico se asienta  
 Que el ámbito promedia de la arcada:  
 Rodéanla sus guardias: ella, atenta,  
 En dar la ley y hacer la paz se agrada;  
 Y ya á cada uno igual la carga mide,  
 Ya, echando suertes, la labor divide.

## C.

Mas entre inmensa multitud, que en esto  
 Ansiosa al paso acude, al templo santo  
 Ha columbrado Eneas que Sergesto  
 Y Anteo viene, con el gran Cloanto,  
 Y otros que oscuro el Abrego interpuesto  
 Lanzó á playas distintas. Con espanto  
 Entremezclado de alborozo vivo,  
 Ven los dos del embozo el fausto arribo.

## CI.

Y aunque las manos estrechar anhelan,  
 Mas lo raro del caso los detiene,  
 Y en la cóncava nube se cautelan,  
 Do á los que llegan atender conviene,  
 Que dó surgieron digan, ó qué apelan,  
 Pues embajada forman en que viene  
 De cada nave un noble personaje,  
 Y audiencia al paso claman y hospedaje.

## CII.

Como entraron, y el real asentimiento  
 Logrado hubieron de que alguno hable,  
 «¡Salve, oh Reina!» empezó con grave acento  
 Ilioneo, entre todos venerable:  
 «Tú, á quien fundar concede ilustre asiento  
 Jove, y justa regir gente intratable,  
 Hijos de Troya ves, ya há largos años  
 Agitados en piélagos extraños.

## CIII.

»Hoy de incendio amenaza gente osada  
 Nuestros bajeles: tu poder lo impida!  
 De un pueblo religioso te apiada  
 Que con su historia tu amistad convida!  
 No á hacer riza venimos por la espada  
 En comarca á tu imperio sometida,  
 No á la costa á volver con rica presa;  
 Ni es de vencidos tan soberbia empresa.

## CIV.

»Hay de antiguo un país, con apellido  
 De Hesperia por los Griegos señalado,  
 Pueblo en trances de guerra asaz temido,  
 Tierra asaz grata á la labor de arado:  
 Fué primero de Enotrios poseido;  
 Y hora Italia se nombra, por dictado  
 De famoso caudillo procedente,  
 Si ya constante tradicion no miente.

## CV.

»Bogaban para allá nuestros navíos  
 Cuando Orion, que cóleras desata,  
 Surge infausto del mar, y entre bajíos  
 Con subitáneo golpe nos maltrata;  
 Y servido á plac-er de austros impíos,  
 Entre espuma y fragor nos arrebató  
 Por to-to el mar. Muy pocos, cuasi á nado  
 Hemos á tus costas arribado.

## CVI.

»Mas ¿qué raza cruel, señora, es ésta?  
 ¿No rige ley que su barbarie elida?  
 Que aún no bien nos divisa, á lid dispuesta,  
 Conjúrase á estorbarnos la acogida  
 Que á náufrago infeliz la arena presta.  
 Oh! si á hombre no temeis que cuenta os pida,  
 Que hay Dioses recordad que nunca mueren,  
 Y premian la virtud y al crimen hereal!

## CVII.

»Rey nuestro fué, de príncipes modelo,  
 Enéas, que otro igual no vió la tierra,  
 Quier en la paz por su piadoso celo,  
 Quier por su brazo poderoso en guerra.  
 Que si aún aura vital le otorga el Cielo,  
 Si hado adusto en tinieblas no le encierra,  
 Acabóse el temor, y á ti en agrado  
 Vendrá, fio, el favor anticipado.

## CVIII.

»Mas oye: en la poblada, en la guerrera  
 Comarca siciliana poseemos  
 De Acéstes el favor, que en ella impera.  
 Y troyana es su sangre. Que arrimemos  
 Nuestros restos, consiente, á la ribera,  
 Y en tus bosques cortar tablaje y remos,  
 Y á Italia iremos, nuestro Rey al frente,  
 Si salva el hado vuelve nuestra gente.

## CIX.

»Mas si ya feneció nuestra ventura;  
 Si ya, ¡oh amado Rey de los Troyanos!  
 Te dan líbicas alas sepultura,  
 Ni á Ascanio logran nuestros votos vanos;  
 Buscaremos siquier mansion segura  
 Navegando á los términos sicanos,  
 De do ya nuestra flota el vuelo alzara,  
 Que allí Acéstes bondoso nos ampara.»

## CX.

Dice, y todos barbotan de consuno  
 Oscura frase que el asenso explica;  
 Y con modestia y dignidad en uno  
 La culta Reina al orador replica:  
 «¡Troyanos! desterrad el que importuno  
 Vago recelo el alma os mortifica:  
 Mis fronteras guardar por fuerza debo;  
 Dura es mi situación, y el reino es nuevo.

## CXI.

»Mas ¿quién no sabe á Troya y sus varones?  
No de tantas virtudes el tesoro,  
Los nombres de tan nobles campeones,  
Ni ya esa guerra gigantesca ignoro:  
No solemos los Penos corazones  
Tan incultos llevar; ni al carro de oro  
Sus caballos el Sol tan léjos ata  
De una ciudad que vuestra gloria acata.

## CXII.

»Quier vuestro anhelo la region prefiera  
De Hesperia, y campos que Saturno escuda;  
Quier la de Érice os llame lisonjera,  
A do el favor de Acéstes os acuda;  
Doquiera ir presumais, ireis doquiera  
Seguros con mi amparo y con mi ayuda.  
¿O hacer mansion conmigo os acomoda?  
Esta ciudad que fundo, es vuestra toda.

## CXIII.

»Meted la flota: un mismo tratamiento  
Tendrá el Teucro en Cartago y el de Tiro;  
Y ¡oh si arribase con el propio viento  
El héroe que nombró vuestro suspiro!  
Pues yo daré á emisarios mandamiento  
Que exploren la comarca en largo giro,  
Por si, náufrago Enéas, mueve acaso,  
Ó en selva ó en poblado, incierto el paso.»

## CXIV.

De la arenga tocados, rato habia  
Los de la nube ansiaban salir fuera;  
Y, á Enéas vuelto, Acátes le decia:  
«Falta el que hundirse viste en la onda fiera;  
Cúmplese en lo demas la profecía,  
Hijo de Vénus, que tu madre hiciera:  
¿Qué aguardas?» Suelta en esto se evapora  
La opaca nube en la aura brilladora.

## CXV.

Y el héroe apareció, de luz cercado,  
A un Dios en aire y en miembros semejante;  
Pues le habia su madre aderezado  
La copia de cabellos arrogante;  
Bañó sus ojos de inefable agrado,  
Y dió luz rósea al juvenil semblante,  
Bien cual bruñe el marfil, ó mármol pario  
Ó argento engasta en oro el lapidario.

## CXVI.

«Ved salvo al que buscais; yo soy Enéas!»  
Dice; y á Dido se convierte luego:  
«Tú, sensible mujer, dichosa seas,  
Sensible á nuestra historia, á nuestro ruego;  
Que reino y casa á náufragos franqueas,  
De la espada reliquias y del fuego,  
Juguetes de la mar, de la fortuna,  
Ya sin arrimo ni esperanza alguna!

## CXVII.

»Señora, á tu largueza, á tu hidalguía  
Corresponder nosotros mal podremos,  
Ni cuantos restos de la patria mia  
Errantes van del orbe en los extremos.  
Mas si hay Dioses que ven con simpatía  
La virtud; si áun justicia conocemos;  
Si el tribunal de la conciencia es algo,  
El Cielo premiará tu porte hidalgo!

## CXVIII.

»Oh feliz hora en que la luz primera  
Viste del cielo! ¡oh ilustres genitores!  
Mientras amen del monte la ladera  
Las sombras; mientras corran brámadores  
Los ríos á la mar; mientras la esfera  
Alimente sus trémulos fulgores,  
Durará tu alabanza y tu memoria:  
Doquier yo aliente, vivirá tu gloria.»

## CXIX.

Dice; y adelantándose del puesto  
Las manos da regocijado: en tanto  
Que una ofrece á Ilioneo, otra á Seresto,  
Y al gran Gias de ahí, y al gran Cloanto,  
Y á todos á la vez. Dido de presto  
Enmudeció de admiracion y encanto:  
Al presentarse el héroe, con su brillo;  
Luégo, al abrir los labios, con oïllo.

## CXX.

Recobrada, expresé razones tales:  
«¡Oh! ¡qué impía mano perseguirte osa  
Al través de contrarios temporales?  
¿Quién, ilustre mortal, hijo de Diosa,  
Á estas playas te impele inhospitales?  
¿No eres tú á quien de Anquises Cipria he! mosa,  
Del frigio Símois en el valle ameno,  
Concibió grata en su amoroso seno?

## CXXI.

»Recuerdo á Teucro, que en Sidon venido,  
Trocaba con destierro el patrio clima,  
Ya de mi padre Eolo protegido,  
Que imperaba triunfante en Chipre opima.  
Troya y Grecia de entónces en mi oïdo  
Sonaron con tu nombre. En alta estima  
El tenía á los tuyos, si contrario,  
Y áun de Troya alabóse originario.

## CXXII.

»Mas venid luégo á mi real morada,  
Mancebos! Cual vosotros combatida  
De ruda suerte y vária, al fin cansada,  
Donde agora os la doy, logré acogida:  
De mis propias desgracias enseñada,  
Miro por los que sufren condolida.»  
Dice; y honrando á la Piedad divina,  
Con el héroe á palacio se encamina.

## CXXIII.

Y pródigo tendiendo el pensamiento  
 Á los que quedan en la playa, envía  
 Veinte toros allá, por bastimento,  
 Cien gruesos cuerpos de cerdosa cria,  
 Y cien ovejas y corderos ciento;  
 Y el dón de alegre Dios, por granjería;  
 En tanto que el palacio se adereza  
 Con vario alarde de imperial riqueza.

## CXXIV.

Ya en el seno interior del edificio  
 Previénese el opíparo convite:  
 Lucen vestes, do el clásico artificio  
 Con la soberbia púrpura compite;  
 Brilla de plata sólido servicio,  
 Y copas de oro, do el buril repite  
 Desde era inmemorial las patrias glorias,  
 Y los Reyes en serie, y sus historias.

## CXXV.

En este medio Enéas (no tolera  
 Amor, pecho de padre sosegado)  
 A Acates manda que en veloz carrera  
 Lleve á Ascanio el obsequio, y á su lado  
 Venga Ascanio;— que Ascanio cobra entera  
 La ternura del padre y su cuidado,—  
 Y traiga cuanta rica prenda y joya  
 A los escombros se arrancó de Troya.

## CXXVI.

Acuérdale la veste de oro llena,  
 Con sólidas figuras y labores,  
 Y el rico velo de la argiva Elena  
 Que de amarillo acanto esmaltan flores;  
 El mesmo que ella, de rubor ajena,  
 Volando en pos de ilícitos amores,  
 Dón de Leda su madre peregrino,  
 Trujo de Grecia cuando á Troya vino.

## CXXVII.

Reliquias con que á par venir dispone  
 El noble cetro que regir solia,  
 Hija mayor de Príamo, Ilione,  
 Y el collar de menuda pedrería,  
 Y el diadema do el oro se compone  
 Con finas perlas en igual porfía.  
 Acátés, que cumplir el cargo anhela,  
 Camino de las naves corre, vuela.

## CXXVIII.

Nuevas trazas en tanto Citerea,  
 Nueva industria medita: que Cupido  
 Tome de Ascanio la figura, idea,  
 Y que, atenta al obsequio, obsequie á Dido;  
 Con que tocada de un incendio sea  
 Que el corazón le invada inadvertido;  
 Ca ese mixto hospedaje bajo un techo  
 Teme, y dos amistades en un pecho.

## CXXXIX.

Y, á su idea presente sin desvío  
 Juno cruel que la robara el sueño,  
 «Tú á quien debo mi fuerza y señorío,  
 Dice, humilde apelando á Amor risueño:  
 «Tú, el único que ves, dulce hijo mio,  
 Libre y seguro de mi Padre el ceño  
 Que de Titanes quebrantó el arrojó!  
 Merceda vengo á pedir, y á ti me acojo.

## CXXX.

»Enéas sabes tú cuánto ha sufrido;  
 Cuál Juno en oprimirle atroz persiste,  
 De todo viento en todo mar barrido;  
 Que aún de él conmigo hermano te doliste:  
 Huésped agora la sidonia Dido  
 Con regio halago liberal le asiste;  
 Mas temo que á inclinarse en contra empiece.  
 Hospedaje que á Juno á par se ofrece.

## CXXXI.

»Que no su odiosidad terná arrendada  
 En tan ardua ocasion. Y así primero  
 Poner de Dido al corazon celada  
 Y de mi llama rodealle quiero;  
 Porque otra inspiracion no la diene,  
 Y, con afecto al cabo verdadero  
 Asida á Enéas, de mi lado quede:  
 Oye cuál fijo que lograrse puede.

## CXXXII.

«El infante real la voz de Enéas  
 Va á seguir, y de Acátes las pisadas,  
 A Cartago llevando las preseas  
 De Troya, al fuego y á la mar ganadas.  
 Porque él nada presume, y de él no seas  
 Turbado de la Reina en las moradas,  
 A Citera ó á Idalia llevaréle,  
 Do sacra oscuridad su sueño cele.

## CXXXIII.

»Toma esta noche su figura, y lazo,  
 Niño en disfraz de niño, á armar vé á Dido:  
 Que ella habrá de acogerte en su regazo  
 Gozosa entre los bríndis y el rúido;  
 Y tú á vueltas podrás del blando abrazo,  
 En la miel de sus ósculos, Cupido,  
 Depositar la punta que á su seno  
 Oculto del amor lleve el veneno.»

## CXXXIV.

Manso á la tierna madre Amor da oídos,  
 Y marcha, á Ascanio igual, depuesta el ala;  
 Mientras de Ascanio Vénus los sentidos  
 Con plácido sopor vence y regala;  
 Y abrigado en su seno, á los erguidos  
 Idalios bosques llévale, do exhala  
 Su aroma, y con sus sombras le guarece  
 El blando almoraduj que allí florece.

## CXXXV.

En tanto de Cartago en seguimiento,  
Obediente de Vénus al mandado,  
Cupido va con dones opulento,  
Con el favor de Acátés bien hallado.  
Cuando llegado hubieron, fué el momento  
En que en el centro de grandioso estrado  
Dido en cojines recamados de oro  
Se reclinaba con gentil decoro.

## CXXXVI.

Enéas, que tras ella se avecina,  
Entra, y con él la juventud troyana,  
Que en orden se desparte, y se reclina  
En muelles lechos de soberbia grana.  
Agua da para manos cristalina  
La servidumbre, y de suave lana  
Toallas brinda, y de la rubia Dea  
El dón en canastillos acarrea.

## CXXXVII.

Cincuenta esclavas dentro, los manjares,  
Puestas en fila, en sazonar se emplean,  
Y con incienso en propiciar los Lares;  
Copas ministran, viandas acarrear  
Otras cien, y en la edad cien mozos pares.  
Entran, llamados, Tirios que pasean  
Densos en los alegres corredores,  
Y los lechos ocupan de colores.

## CXXXVIII.

Admiran de los dones la hermosura;  
Admiran al garzón, su faz que brilla,  
Y de su falsa labia la dulzura;  
Ven la áurea veste, el oro que amarilla  
La flor de acanto con primor figura:  
Mas Dido en especial se maravilla,  
Y de gozar no acaba;—ella, ¡ay! no sueña  
Que á un abismo, gozando, se despeña!

## CXXXIX.

Y en el niño y los dones se recrea,  
Los mira, y cuanto mira, eso se inflama.  
¿Qué hace el rapaz? Al cuello se rodea  
Del héroe, que en su error hijo le llama;  
Mas luégo que feliz le lisonjea,  
Déjale en paz, y con su activa llama  
Va á Dido, que en su error, niño inocente  
Jovial le invita con risueña frente.

## CXL.

¡Ay! ya al seno le estrecha dulce y blanda,  
¡Y es un gran Dios lo que en su seno anida!  
De la Reina en el seno, lo que manda  
La gran Diosa, su madre, Amor no olvida:  
De Siqueo la imagen veneranda  
Sin sentir borra, y sin sentir convida  
Con nuevo halago á nueva lid á un alma  
Que retirada há tiempo vive en calma.

## CXXI.

Hubo el primer banquete terminado,  
Y la mesa se sirve de licores,  
Y festejan el vino regalado  
Los hondos vasos adornando en flores.  
Cien arañas del áureo artesonado  
Penden: crecen sonando los clamores;  
Y las hachas con luces triunfadoras  
Quitan el campo á las nocturnas horas.

## CXXII.

En este instante la sidonia Dido  
La copa demandó que usar solia  
Belo, y que en órden desde allá traído  
Cada progenitor usado habia:  
Copa del oro sustentada, unido  
Con finas piedras en igual porfia;  
Y de vino la llena, y al momento  
Calla el concurso á su palabra atento:

## CXXIII.

«¡Júpiter! si ya diste á los humanos  
De la hospitalidad el sacro fuero,  
Haz este dia á Tirios y á Troyanos  
Grato por siempre y de felice agüero  
Lo aplaudan nuestros nietos más lejanos:  
Benigna Juno y Baco placentero  
Lo honren presentes; y en gozoso grito,  
Tirios, á saludarlo ahora os invito.»

## CXLIV.

Dice; y sobre la mesa el néctar liba  
Que generoso desbordaba, y luégo  
La taza al labio toca fugitiva:  
La alarga á Bícias con señal de ruego;  
Toma, empínala él con ánsia viva,  
Y el espumoso vino agota ciego:  
Alzan todos los próceres sus copas,  
Y el canto empieza del crinado Yópas.

## CXLV.

El cual describe con laud divino  
Lo que Atlas le enseñó por gran fortuna:  
Cómo el sol desfallece en su camino;  
Por qué altera su faz la móvil luna;  
Deónde la bestia de los campos vino;  
Cuál fué del hombre la primera cuna;  
Qué fuente al mundo suministra el agua;  
Dó está de los relámpagos la fragua.

## CXLVI.

Canta eso mismo á Arturo, las dos Osas,  
Y las Híadas tristes; el arcano  
Que las noches alarga perezosas;  
Por qué los soles del invierno cano  
Con ruedas se despeñan presurosas  
A bañarse en el líquido Oceano.  
Cesa; y acogen su cantar sonoro  
Tirios y Teucros aplaudiendo en coro.

## CXLVII.

Y vuela el tiempo en pláticas sabrosas,  
 Y Dido, platicando, amor apura;  
 Mil cosas sobre Príamo, y mil cosas  
 A preguntar sobre Héctor se apresura:  
 Ya qué huestes trujera pavorosas  
 El hijo de la Aurora, oír procura;  
 Ya la historia saber de los gentiles  
 Potros de Reso, ó el poder de Aquiles.

## CXLVIII.

«¡Que en fin,» exclama, «por ventura mía  
 Desde el principio en relatar vinieses  
 Los pasos de la griega alevosía,  
 Huésped, y vuestras glorias y reveses!  
 También tus viajes entender querría,  
 Ya que contemplas los estivos meses  
 Tornar séptima vez desde que yerras  
 Mares cruzando y extranjeras tierras.»

## LIBRO SEGUNDO.

## I.

Todos callan; y Enéas, que cautiva  
 De todos la atención, desde alto lecho  
 Comienza: «¡Oh Reina! mandas que reviva.  
 Inefable dolor mi herido pecho;  
 Que cómo á manos de la hueste aquíva  
 El troyano poder cayó deshecho  
 Recuerde: horrores que podré pintarte,  
 De ello testigo y no pequeña parte.

## II.

«Mas ¿quién, ya que secuaz de Ulises fuera,  
 Si á tan largo dolor velos levanto,  
 Qué Mirmidon, qué Dólope lo oyera  
 Sin dar, á su pesar, tributo en llanto?  
 Acercándose al fin de su carrera  
 Hé aquí la húmeda Noche rueda en tanto,  
 Y extinguiendo en la mar sus luces bellas  
 A descanso convidan las estrellas.

## CXLVII.

Y vuela el tiempo en pláticas sabrosas,  
 Y Dido, platicando, amor apura;  
 Mil cosas sobre Príamo, y mil cosas  
 A preguntar sobre Héctor se apresura:  
 Ya qué huestes trujera pavorosas  
 El hijo de la Aurora, oír procura;  
 Ya la historia saber de los gentiles  
 Potros de Reso, ó el poder de Aquiles.

## CXLVIII.

«¡Que en fin,» exclama, «por ventura mía  
 Desde el principio en relatar vinieses  
 Los pasos de la griega alevosía,  
 Huésped, y vuestras glorias y reveses!  
 También tus viajes entender querría,  
 Ya que contemplas los estivos meses  
 Tornar séptima vez desde que yerras  
 Mares cruzando y extranjeras tierras.»

## LIBRO SEGUNDO.

## I.

Todos callan; y Enéas, que cautiva  
 De todos la atención, desde alto lecho  
 Comienza: «¡Oh Reina! mandas que reviva.  
 Inefable dolor mi herido pecho;  
 Que cómo á manos de la hueste aquíva  
 El troyano poder cayó deshecho  
 Recuerde: horrores que podré pintarte,  
 De ello testigo y no pequeña parte.

## II.

«Mas ¿quién, ya que secuaz de Ulises fuera,  
 Si á tan largo dolor velos levanto,  
 Qué Mirmidon, qué Dólope lo oyera  
 Sin dar, á su pesar, tributo en llanto?  
 Acercándose al fin de su carrera  
 Hé aquí la húmeda Noche rueda en tanto,  
 Y extinguiendo en la mar sus luces bellas  
 A descanso convidan las estrellas.

## III.

»Mas pues tu noble corazón consiente  
 En ser de este dolor particionero;  
 Pues mandas que de Pérgamo te cuente  
 El afán congojoso postrimero  
 En breve narración; aunque se siente  
 Horrorizado el ánimo, y del fiero  
 Espectáculo aparta la memoria,  
 Principiaré la miseranda historia.

## IV.

»Yacian con el cerco prolongado  
 Rotos los jefes de la hueste aquea,  
 Maltrechos siempre del adverso hado;  
 Cuando Minerva en su favor emplea  
 Artificio sagaz. Por su mandato  
 Hueca mole fabrican gigantea  
 Que gran caballo al parecer figura,  
 De recia tablazon y contextura.

## V.

»Simulan y propalan que se eleva  
 Por voto á Pálas hecho, de tranquilo  
 Viaje en demanda: por doquier la nueva  
 Mentirosa se esparce; y en sigilo,  
 Echadas suertes entre gente á prueba,  
 A ocupar suben el oscuro asilo  
 Del vasto seno y cóncavos costados,  
 Provistos de sus armas los llamados.

## VI.

»Frontera á Troya Ténedos se ostenta,  
 Que otro tiempo gozó de nombradía:  
 Isla famosa, fértil, opulenta  
 Durante la troyana monarquía:  
 En su abandono y soledad presenta  
 Hora á las naves pérfida bahía:  
 A sombra de sus costas sin testigo  
 Los bajeles ensena el enemigo.

## VII.

»Pensamos que, la vela dada al viento,  
 Bogando irían por la mar serena  
 Para la patria: el largo abatimiento  
 La ciudad de sus hijos enajena:  
 Las puertas abre; al griego acampamento  
 Rápida corre de alborozo llena  
 La multitud, y visitar le agrada  
 Yermo el campo, la playa abandonada.

## VIII.

»Aquí los batallones del furioso,  
 Del fuerte Aquiles; acullá su tienda:  
 Allí tomaban plácido reposo,  
 Acá trabámos áspera contienda.  
 Así van discurriendo; y el coloso  
 Infausto, reputado por ofrenda  
 A la casta Minerva, hace que, muda  
 De asombro, turba inmensa en ruedo aeuda,

## IX.

»Fuese traicion, ó que la adversa suerte  
Para entónces el golpe reservase,  
Timétes clama que la mole al fuerte  
Se lleve al punto, y las murallas pase.  
Cápis, empero, que el peligro advierte,  
Aconseja con otros que la abrase  
Fuego voraz, y la vecina onda,  
El sospechoso dón trague y esconda;

## X.

»Ó que el oscuro seno se barrene  
Para indagar lo que en el fondo encela.  
Indecisa la turba se mantiene.  
En esto de la excelsa ciudadela  
Con numerosa muchedumbre viene  
Laoconte, al campo arrebatado vuela,  
Y, «¡Oh desgraciados!» desde léjos grita:  
«¿Qué demencia á la muerte os precipita?

## XI.

»¿Pensais que el enemigo nuestra tierra  
»Dejó? ¿Fiais en sus mentidos dones?  
»¿Cuán poco á Ulises conoceis? Ó encierra  
»Esta fábrica aquívos campeones,  
»O artificiosa máquina de guerra  
»Es: nuestra situacion y habitaciones  
»Por cima intentan registrar del muro,  
»Para luégo caer sobre seguro.

## XII.

»Ello, hay engaño. ¡Oh Teucros, confianza  
»Negad á ese caballo! Como quiera,  
»Yo temo de los Griegos la asechanza  
»A vuelta de sus dones traicionera.»  
Dijo; y desembrazó fornida lanza  
Hácia un lado del cóncavo; certera  
Vuela, clávase, vibra: conmovido  
Dió el seno cavernoso hondo bramido.

## XIII.

»¡Ay! á no ser por la fortuna impía  
Que nos robaba libertad y acierto,  
Laoconte en su furor logrado habria  
Que pusiésemos luégo en descubierto,  
Hendiendo la armazon, la alevosía.  
Aun hoy tu alcázar descollara yerto,  
¡Oh Patria! ¡al filo de traidora espada  
No cayera tu pompa derribada!

## XIV.

»Frigios pastores con tumulto y grita,  
Atras ambas las manos, prisionero  
Traen ante el Rey un mozo. Audaz medita  
Abrir el muro con ardid artero  
A los suyos; ni el ánimo le quita  
El peligro de infame paradero;  
Resuelto á todo, el pérfido se hizo  
Con aquellos pastores topadizo.

## XV.

»La multitud agólpase, y denuesta  
Al prisionero que curiosa mira.  
(Reina, las artes de los Griegos de esta  
Traicion colige; su maldad admira.)  
Inerme se detiene, manifiesta  
Medrosa turbacion: los ojos gira  
La turba rodeando que le oprime,  
Abre los labios, y temblando gime:

## XVI.

«¡Cielos! ¿á dónde me arrojais? ¿qué puerto  
»Queda ya á mi infortunio? La cadena  
»Del Griego á quebrantar áun bien no acierto,  
»Y ya el Troyano á muerte me condena.»  
Compone á su gemido el desconcierto  
La multitud, el ímpetu serena,  
Y con instancia á declarar le mueve  
Patria, linaje, y la intencion que lleve.

## XVII.

»Títulos aguardamos con que abone  
Palabras de cautivo. Reparado  
De la sorpresa, el impostor repone:  
«¡Rey! la verdad confesaré de grado:  
»No á mi labio veraz candado pone,  
»Aunque adverso me fuere, el resultado:  
»Yo Griego soy, no ocultaré mi cuna;  
»Me hizo infeliz, no falso, la fortuna.

## XVIII.

»Quizá en conversacion por accidente,  
»De Palamédes, generosa rama  
»Del linaje de Belo floreciente,  
»Llegó á tu oido el claro nombre y fama.  
»Porque la guerra no aprobó, demente  
»Llamóle el pueblo, y con indigna trama  
»Trájole al hierro de la muerte: ahora  
»Inmaculado le confiesa y llora.

## XIX.

»Mi padre, escasa el arca de dinero,  
»Guerrero aventuróme, y al cuidado  
»De aquel varon fióme, compañero  
»Antiguo nuestro y próximo allegado.  
»Tomámos de esta playa el derrotero  
»Muy al principio. Prosperó el Estado  
»Mientras honrarle y atenderle supo,  
»Y parte á mí de su esplendor me cupo.

## XX.

»Mas el término vi de mi contento  
»Cuando de sus manejos el astuto  
»Itacense, el infame acabamiento  
»De Palamédes recogió por fruto.  
»Notorio el caso fué. Yo en aislamiento  
»Dime á vivir y en miserable luto:  
»Pensaba siempre en mi inocente amigo,  
»Y eterna indignacion iba conmigo.

## XXI.

»Ni pudiendo tener continuo á raya,  
 »Demente ya, mi cólera sombría,  
 »Clamé, juré que si á la amada playa  
 »Tornase vencedor, me vengaría.  
 »Odios que Ulises en silencio ensaya  
 »Hubo de acarrearne la osadía  
 »De mis palabras: sin enmienda aquello  
 »Vino á poner á mi desgracia el sello.

## XXII.

»De entónces más, calumnias el aleve  
 »Ideó nuevas: comenzó rumores  
 »Vagos á propalar entre la plebe;  
 »Ni pudo sosegar en los terrores  
 »Con que el crimen persigue, hasta que en breve  
 »Con Cálcas, el augur, á sus rencores...  
 »Mas ¿á qué, derramando el pensamiento,  
 »Así os fatigo, y mi dolor aumento?

## XXIII.

»Ya os dije, Griego soy: ¿qué más indicio,  
 »Si á todos nos nivela vuestra saña?  
 »Ea, pues: ¡consumad el sacrificio!  
 »Bien los de Atreo os pagarán la hazaña;  
 »Su triunfo, el Itacense. El artificio  
 No vemos con que á fuer de Griego engaña;  
 Antes le instamos á explicarlo todo.  
 Con fina astucia y misterioso modo,

## XXIV.

»Los Griegos,» sigue, «no una vez la prora  
 »Volver pensaron, y soltar la clava,  
 »Del asedio cansados. En mal hora  
 »Tornábalos á puerto la onda brava  
 »Y el ala de los vientos bramadora.  
 »Mas esa estatua al ver, que en pié se alzaba,  
 »Con ira nueva y general tronido  
 »Resonó el cielo en llamas encendido.

## XXV.

»Eurípilo, que hicimos acudiera  
 »Al apolíneo oráculo, tornando  
 »Trajo esta, en solucion, voz lastimera:  
 »Griegos: los vientos aplacasteis, cuando  
 »Marchabais á Ilion la vez primera,  
 »En el ara una virgen inmolando:  
 »Si en la vuelta anhelais propicia calma,  
 »Sangre verted, sacrificad un alma.

## XXVI.

»La voz á oídos de las gentes vino  
 »Moviendo al corazón mortal recelo;  
 »Todos el rigor tiemblan del destino;  
 »Cuaja á todos la sangre torpe hielo.  
 »En tal crisis á Cálcas adivino  
 »Saca Ulises con ímpetu y anhelo,  
 »Y de la hueste aquéjale en presencia  
 »A interpretar la funeral sentencia.

## XXVII.

»Ya de aquel pecho de piedad desnudo  
 »Sondando muchos el ardid secreto,  
 »Me auguraban mal fin. Diez dias mudo  
 »Difirió Cálcas el fatal decreto.  
 »Cediendo al cabo al clamoreo agudo,  
 »Y á la mente ajustando del inquieto  
 »Instigador el fallo, lo pronuncia:  
 »Yo la víctima soy; mi nombre anuncia.

## XXVIII.

»Place á todos; y el golpe que temia  
 »Cada uno enántes en su mal, en cuanto  
 »Sobre un triste descende, en alegría  
 »Pública trueca el general quebranto.  
 »Ya se acercaba el tenebroso día  
 »De la degollacion: con gozo, en tanto,  
 »La salsamola alistan, y disponen  
 »Fúnebres vendas que mi sien coronen.

## XXIX.

»Libertéme, es verdad, de la atadura;  
 »Y de un pantano entre la juncia y cieno  
 »Logré ocultarme con la noche oscura,  
 »Aguardando partiesen, si sereno  
 »Lo comportaba el mar por mi ventura.  
 »Mas la esperanza huyó de ver el seno  
 »Antiguo de la patria, y á mi lado  
 »El hijo dulce, el padre deseado.

## XXX.

»Ellos, blanco al furor de mis tiranos,  
 »Por mí habrán de lastar en roja piral  
 »Por los dioses del cielo soberanos  
 »Que apartan la verdad de la mentira,  
 »Por la noble lealtad, si ya en humanos  
 »Pechos cupo lealtad, la suerte mira  
 »No merecida, ¡oh Rey! que en mi se ceba;  
 »Tanto infortunio á compasion te mueva!»

## XXXI.

»La piedad que con lágrimas demanda,  
 Con lágrimas le dan los corazones.  
 Abogamos por él. Al punto manda  
 Que los lazos le suelten y prisiones  
 El Rey, y así le dice con voz blanda:  
 «Olvida ya las bárbaras legiones,  
 »Mancebo, y sus malvados procederés:  
 »De hoy más, quienquier tú seas, nuestro eres.

## XXXII.

»Mas la verdad declara sin rebozo:  
 »¿Quién inventó esta mole? ¿Con qué intento?  
 »¿Máquina amenazante de destrozo  
 »Es? ¿ó bien religioso monumento?»  
 Dice el buen Rey; y el atrevido mozo  
 Mostrado, á usanza griega, al fingimiento,  
 Exclama así, las manos desatadas  
 Volviendo al cielo, y húmidas miradas:

XXXIII.

»¡Astros eternos! ¡Dioses que castigos  
 »Al dolo reservais! ¡Cuchilla! ¡velo!  
 »¡Aras del sacrificio! sed testigos  
 »Del derecho cabal con que cancelo  
 »Antiguos pactos: odio á los que amigos  
 »Pude llamar; ¡sus crímenes reveló!  
 »Mas ¡oh! ¡si en mí tu salvacion se apoya,  
 »Guárdate fiel á tus promesas, Troya!

XXXIV.

»Los Griegos de Minerva en el robusto  
 »Auxilio descansaron confiados  
 »Hasta que el hijo de Tideo injusto  
 »Y fraguador Ulíses de atentados,  
 »Su estatua milagrosa al templo augusto  
 »Se aunaron á robar; y, degollados  
 »Los guardias del castillo, con sangrienta  
 »Mano asieron de la alba vestimenta.

XXXV.

»Cayó miedo en los ánimos: su ayuda  
 »Cambió la Diosa en no dudoso amago;  
 »Que, al campo apenas se llevó, ceñuda  
 »Los ojos clava con fulgor aciago;  
 »¡Raro prodigio! humor amargo suda,  
 »Y del suelo tres veces se alza en vago,  
 »El escudo flamígero delante,  
 »Y el asta blandiendo retemblante.

XXXVI.

»Incontinente Cálcas determina  
 »Que el sitio los guerreros abandonen;  
 »Diz que en vano de Troya la ruina,  
 »Por bien que la expugnaren, presuponen,  
 »Si, tornando á cruzar la onda marina,  
 »En Árgos los auspicios no reponen,  
 »Á la Diosa aplacando en sus desvíos  
 »Que cuidaron llevar en los navíos.

XXXVII.

»Á Micénas ahora encaminados  
 »(De Cálcas los auspicios tal declaran),  
 »Prevenidos mejor y apertrechados,  
 »La vuelta á dar de asalto se preparan.  
 »Mas ántes que partiesen, avisados,  
 »En igual de la que impíos enojaran  
 »Robada estatua, edificaron ésta  
 »Para purgar la violacion funesta.

XXXVIII.

»Plúgole á Cálcas, además, que fuese  
 »De trabes poderosas guarnecida  
 »Y que las nubes con la frente hiriese,  
 »Porque su peso y altitud impida  
 »Que por las puertas quepa, y atraviese  
 »Las murallas, no avenga que presida  
 »A la ciudad, del Paladion viuda,  
 »Y con la antigua proteccion la acuda.

## XXXIX.

»Que si este dón violais—el agorero  
 »Pronostica (primero se convierta  
 »En quiebra suya el malhadado agüero!)—  
 »Troya vencida quedará y desierta:  
 »¿Qué es Troya? ¡el Asia! ¡Triunfareis, empero,  
 »Si le internareis, la muralla abierta,  
 »Y á las aguas de Grecia vuestras proras  
 »Irán, andando el tiempo, vencedoras!»

## XL.

»Así en un punto entre sus lloros viles,  
 »Caza Sinon con pérfidos amaños  
 »En red de muerte á los que el grande Aquiles,  
 »Ni el hijo de Tideo, ni diez años  
 »De terca opugnacion, ni naves miles  
 »Pudieron domeñar. Tras sus engaños,  
 »Con espanto de todos repentino,  
 »Oye el paso cruel que sobrevino.

## XLI.

»Sacerdote por suerte designado  
 »Á honrar al Dios del húmedo elemento,  
 »Era Laoconte: ante el altar sagrado  
 »Degollábale un toro corpulento.  
 »Súbito á la sazón venir á nado  
 »Vemos (de horror estremecerme sienta),  
 »De la insula vecina procedentes,  
 »Por sobre el mar tranquilo dos serpientes.

## XLII.

»El pecho entrámbas enhestando iguales,  
 »Con encarnada cresta gallardean,  
 »Y en ruedas, al andar, descomunales  
 »El largo cuerpo sobre el pontoar quean:  
 »Rotos giran los líquidos cristales  
 »Por do hienden: abordan ya y campean,  
 »La vista en sangre y rayos encendida:  
 »Todos huimos, la color perdida.

## XLIII.

»Lamiéndose las bocas sibilantes  
 »Con la vibrante lengua, van derecho  
 »Para Laoconte: mas sus hijos ántes,  
 »Tiernos gemelos, en abrazo estrecho  
 »Aferran, y sus miembros palpitantes  
 »Apedazan, devoran. Pecho á pecho  
 »Y meneando la aguzada hoja,  
 »Encima el genitor se les arroja.

## XLIV.

»¡Vano auxilio! ¡arduo afán! Ellas le abrazan  
 »Con doble, firme vuelta la cintura;  
 »Los escamados lomos le relazan  
 »Á la garganta, y á mayor altura  
 »Sobrealzando las crestas, amenazan.  
 »Con ambas manos él entre la impura  
 »Ponzoña que las ínfulas le afea,  
 »Por sacudir los nudos forcejea.

## XLV.

»Descoyuntado al fin, y cual pudiera  
El toro que del ara huyendo herido,  
De hacha insegura libertado hubiera  
Su manchada cerviz, en alarido  
Rompe horrible. Las sierpes de carrera  
Parten al templo de Minerva, y nido  
A los piés de la Diosa encrudecida  
Hallan seguro bajo el ancha egida.

## XLVI.

»Nuevo motivo de terror asalta  
Los ánimos, que el miedo señorea;  
Supone el vulgo que Laoconte, al alta  
Estatua encaminando el asta rea,  
Mereció el golpe que siguió á su falta:  
Que el caballo se interne, clamorea,  
Y que á la Diosa con devotas preces  
Se persuada á poner sus altiveces.

## XLVII.

»Presto aportillan el adarve: toma  
Movimiento el coloso: iguales giran  
Ruedas que al pié le ajustan: con maroma  
Atando el cuello, á competencia tiran.  
Ya grave de armas sobre el muro asoma:  
Todos con ánsia á la labor conspiran:  
Garzones y doncellas entre tanto  
Alzan en torno religioso canto.

## XLVIII.

»Ya entra bamboqueando, á tu firmeza  
Cierta amenaza, ¡oh Troya! ¡oh patria! ¡estancia  
Antigua de altos Dioses! ¡fortaleza  
Do vió un pueblo estrellarse su arrogancia!  
Sigue, y tres veces al umbral tropieza  
Con ronco són que retumbó á distancia;  
Mas insta el vulgo en su porfía loca,  
Y al fin en el alcezar le coloca.

## XLIX.

»Vanamente Casandra entusiasmada  
Esforzando la voz—su voz divina,  
Por castigo de un Dios menospreciada—  
Grandes calamidades vaticina.  
¡Ay! sus anúncios estimando en nada,  
Al borde ya de la comun rüina,  
Nosotros sólo en decorar pensamos  
Templos y altares con festivos ramos.

## L.

»Gira mientras la esfera, y vase alzando  
La noche de las ondas, el desvelo  
Y fraudes enemigos ocultando  
En espantoso horror, la tierra, el cielo.  
Yacen mudos los Teucros: sueño blando  
Acá y allá los encadena. A vuelo  
Torna entre tanto la pelasca flota  
A las sabidas playas la derrota:

## LI.

»A sordas con la luna y el sosiego  
De la noche, que muda las arropa,  
Marchan las naves ya, que ha dado el fuego,  
Concertada señal, la régia popa.  
Sinon, á quien, en daño nuestro ciego,  
El hado guia, la escondida tropa  
Acude á libertar, y la honda cava  
Abre que tenebrosa los guardaba.

## LII.

»Y por cables que lanzan de ligero,  
Desguindanse de la hórrida guarida  
Esténelo, Tisandro, Úlises fiero,  
Tornando á respirar aura de vida:  
Menelao; Macaon, que fué el primero,  
Y Acamante y Toante de seguida,  
Y N. Optólemo audaz el de Peleo,  
Y el trazador del artificio, Epeo.

## LIII.

»Á entrar la muchedumbre se acelera  
En la ciudad, que yace en sueño y vino,  
Y matando las guardias, carnicera,  
Y las puertas abriendo, da camino  
Y se une á los que abordan. Tiempo era  
En que el sueño primero, don divino,  
Los cuerpos sosegando fatigados  
Envuelve en manso olvido los cuidados.

## LIV.

»En medio del silencio, á la imprevista,  
Repatándolo yo por caso cierto,  
Héctor en sueños muéstrase á mi vista,  
De polvo vil y amarillez cubierto:  
Mustia la faz, que el ánimo contrista,  
Mustia y llorosa; y, cual después de muerto  
Y arrastrado por rápidos bridones,  
Taladrados los piés de correones.

## LV.

»¡Cuán trocado de aquél que á nuestros ojos  
Resplandeció tras recias embestidas,  
Ó de Aquiles trujese los despojos  
O incendiase las naves combatidas!  
Yerta barba; cuajados los manojos  
Del pelo en sangre; vivas las heridas  
Que en torno recibió de la muralla;—  
Y aqui en sueños mi voz en llanto estalla:

## LVI.

»Gran Héctor, que de gloria y de consuelo  
Astro por siempre á los Troyanos fuiste,  
»De cuál remoto y olvidado suelo  
»Tornas al fin á nuestra playa triste?  
»Y tras fatiga tanta, estrago, duelo,  
»Hoy de nuevo tu brazo nos asiste?  
»Mas por qué herido así? Tu faz serena  
»Por qué se cubre de sangrienta arena?»

## LVII.

»Nada contesta: con mortal gemido  
 «¡Vuelat ¡huyel!» exclama: «el Griego se apodera  
 »De la ciudad: incendio embravecido  
 »Estalla: ¡Troja se desploma entera!  
 »Mucho á la patria y al monarca ha sido  
 »Sacrificado: si algo la valiera,  
 »Salvárala este brazo: en su agonía,  
 »Su culto, hijo de Vénus, te confía.

## LVIII.

»Mansion busca á sus Dioses tutelares  
 »Que fundarás, y grande, finalmente,  
 »Audaz cruzando procelosos mares.»  
 Y mientras habla entregame impaciente  
 La alma Vesta que arranca á los altares,  
 Y los velos y el fuego indeficiente.  
 Por la ciudad en tanto se extendía  
 El estruendo confuso y vocería.

## LIX.

»Y aunque distante de la puerta Escæa  
 Yacia de mi padre la morada,  
 Opaca de un jardín que la rodea,  
 De la invasora muchedumbre armada  
 Llega sordo el rumor; mi sien golpea;  
 Salto veloz, el ánima azorada,  
 Y á la azotea trepo, y al rúido  
 Que crece más y más, tiendo el oído.

## LX.

»Tal cuando en mieses subitánea llama,  
 Soplando el Austro, enfurecida prende,  
 Ó bien si desbordado se derrama  
 Y valles, surcos y sembrados hiende  
 Bravo raudal, y en remolinos brama  
 Arboles arrastrando que desprende;  
 Sobre un peñon, de la tormenta aquella  
 Testigo inmóvil el pastor descueña.

## LXI.

»Bien á mis ojos lo que en torno pasa,  
 Bien la aviesa traicion se patentiza.  
 Con estampido el gran palacio arrasa  
 De Deifobo, el fuego, y se encarniza  
 Sin detenerse, en la contigua casa  
 De Ucalegonte, y de su luz rojiza  
 Parece arder abierto el mar Sígeo:  
 Suenan trompetas, cunde el clamoreo.

## LXII.

»Echo mano á las armas alterado,  
 Y á discurrir no acierto á mi albedrío:  
 Al alcázar volar con un puñado  
 De compañeros, en confuso ansio;  
 Mal ciego de furor, desatentado  
 En manos de la muerte la honra fio;  
 Cuando al Otrida, del altar febeo  
 Ministro en el alcázar, llegar veo.

## LXIII.

»El los Dioses vencidos, casi á vuelo,  
Trae, y sacros adjuntos que á la saña  
Hurtó enemiga su piadoso celo;  
Y un nieto pequenuelo le acompaña.  
«¡Panto!» al verle clamé con vivo anhelo:  
«¡Habla! ¿qué pide adversidad tamaña?  
»En dónde haremos la defensa? ¿en dónde?»  
Dando un hondo gemido me responde:

## LXIV.

«¡La hora que los hados previnieron  
»Llegó de asolacion! ¡Jove inclemente  
»Trastorna la balanza! Fueron, fueron  
»Troya, su gloria, su esplendor potente!  
»Todo los enemigos lo invadieron:  
»Del caballo intramuros eminente  
»Griegos brotan armados: triunfante  
»Sinon propaga el fuego devorante.

## LXV.

»Por las ya francas puertas á oleadas  
»Cuantos vinieron de la gran Micéas  
»Tantos que entran parece: están tomadas  
»Las avenidas: de reposo ajenas  
»Amenazan fulgentes sus espadas:  
»La primer guarnicion ensaya apénas  
»Al tropel oponerse que la embiste,  
»Y en ciega riña desigual resiste.»

## LXVI

»Ardo á su voz: el corazón me inflama  
No sé cuál Dios ó aliento sobrehumano:  
Do la ira impele, do el rumor me llama  
Corro el hierro á arrostrar y el fuego insano:  
Á la luz vaporosa que derrama  
La blanca luna, de Ífito el anciano,  
De Hípanis, de Dímas y Rifeo,  
Que se me allegan, los semblantes veo.

## LXVII.

»Corebo, el hijo de Migdon, partido  
Tomó tambien, y se nos puso al lado:  
Estaba en Ilion recién venido,  
Con pasion de Casandra enamorado;  
Y de Príamo yerno prometido,  
Su espada nos brindó como aliado.  
¡Ay! ¡cuán diverso su destino fuera  
Si á la inspirada profetisa oyera!

## LXVIII.

»Yo así á todos les dije en el momento  
Que en órden los vi puestos de pelea:  
«¡Mancebos de alma grande, que de aliento  
»Heroico, pero estéril, se rodea!  
»Si seguir pretendéis mi osado intento,  
»Igualad el peligro con la idea:  
»Los Dioses que este reino custodiaran  
»Hoy altares y templos desamparan,

## LXIX.

»Á una ciudad, oh pechos denodados,  
 »Acorreis que en pavesas se convierte:  
 »La muerte, pues, busquemos, y arrojados  
 »Entre enemigos, generosa muerte;  
 »¡Quien con el cielo lucha y con los hados  
 »Sólo después de esperanza es fuerte!  
 Así exaltado les hablé, y mi acento  
 Su denuedo redobla y su ardimiento.

## LXX.

»Cual del hambre al furor lobos rapaces,  
 Mientras que los cachorros por su vuelta  
 Anhelan, seca la garganta, audaces  
 Corren en sombras la campaña envuelta;  
 Por medio de los hierros y las haces  
 Enemigas así la planta suelta,  
 De la muerte lanzados al encuentro  
 Tocamos ya de la ciudad al centro.

## LXXI.

»La noche mientras con su negro manto  
 Nos cobijaba. Oh noche de tormentos!  
 ¿Quién podrá darte el merecido llanto  
 Ó el número decir de tus lamentos?  
 ¡La alta, antigua ciudad, de lauro tanto  
 Coronada, flaquea en sus cimientos!  
 Por calles, plazas, templos invadidos,  
 Cadáveres se ven yacer tendidos.

## LXXII.

»Mas no toda la sangre que se vierte  
 Sangre es troyana. Amenazante aviva  
 Tal vez el ántes abatido; inerte  
 El vencedor en tanto se derriba.  
 Igual á entrambas partes la impia suerte  
 Terror, desolacion sembrando iba  
 Por acá y por allá: la muerte toma  
 Miles semblantes, y doquier se asoma.

## LXXIII.

»Al paso Andrógeo nos salió el primero  
 Con gente mucha entre la sombra espesa,  
 Y creyéndonos suyos, delantero,  
 «Amigos,» dice, «¿qué indolencia es ésa?»  
 »¡Apresurad! Cuando Ilion entero  
 »Es ya ceniza y dividida presa  
 »Al ímpetu feliz de nuestras tropas,  
 »¿Vos apenas dejais las altas popas?»

## LXXIV.

»Haber caído entre enemiga gente  
 Nuestra respuesta adviértele indecisa,  
 Y cortando el discurso de repente,  
 Arredra el pié con azorada prisa;  
 Bien cual trémulo salta el que serpiente  
 Inesperada entre malezas pisa,  
 Que se le vuelve enfurecida de ello  
 Y enhiesta ensarcha el azulino cuello.

## LXXV.

»Andrógeo así despaavorido húa,  
 Y á su tropa nósetros con denuedo  
 Cargámos, que el lugar desconocía,  
 Y á más temblaba en vergonzoso miedo:  
 Cargámosla, y en ellos á porfia  
 Matar pudimos. Animoso y ledo  
 Al aura de fortuna lisonjera,  
 Corebo razonó de ésta manera:

## LXXVI.

«Bien la fortuna apunta, amigos, ¡ea!  
 »El camino sigamos que señala:  
 »Con los Griegos cambiemos de librea;  
 »En mal del enemigo, ¿quién no iguala  
 »Fuerza y astucia? ¡El mismo á mas provea!  
 Dice, y ciñe el estoque argivo, y cala  
 El almete de Andrógeo penachudo,  
 Y ornado de blason preñe el escudo.

## LXXVII.

Rifeo le imitó; ni hacerlo dudán  
 Dimas al punto y los demás presntes:  
 Todos en armaduras propias mudan  
 Los trofeos magníficos relientes:  
 Así ajenos auspicios nos escudán  
 Y oscuro el aire: á su favor frecuentes  
 Choques de paso aventurando á tiento,  
 Despeñamos al Orco almas sin cuento.

## LXXVIII.

»Cuáles en tanto, de peligro ajenos,  
 Merced de presta fuga, en la ribera  
 Se acogen á las naves: cuáles llenos  
 De vil temor, del monstruo de madera  
 En los profundos conocidos senos  
 Trepan á guarecerse. Mas ¿qué espera  
 El mortal infeliz, ó en qué confía,  
 Si al brazo de los Dioses desafia?

## LXXIX.

»Hé aquí entre ásperas puntas, falleciente,  
 Casandra, hija de Priamo, iba envuelta:  
 Del sagrario de Pálas por furente  
 Ciego invasor arrebatada: suelta  
 La cabellera; al cielo vanamente  
 Con vivísimo ardor los ojos vuelta...  
 ¡Los ojos, ay, que las hermosas manos  
 Con cadena oprimieron los villanos!

## LXXX.

»No tal sufrió Corebo arrebatado,  
 Y entre el tumulto, de morir sediento,  
 Precipitóse: en escuadron cerrado  
 Seguimos los demás su movimiento.  
 Mas, ¡ay dolor! los nuestros del terrado  
 Del templo, observan en fatal momento  
 Nuestro arreo y crestones, y en su engaño  
 Presto nos hacen lastimoso daño.

## LXXXI.

»Como vientos aligeros que en roto  
Torbellino se encuentran frente á frente,  
Y Zéfiro combate, y Euro, y Noto,  
—Euro, que en sus bridones del Oriente  
Va ufano;—y gime estremecido el soto,  
Y, de espumas cubierto el gran tridente,  
Nereo en su furor no da reposo,  
Y mueve desde el fondo el mar undoso:

## LXXXII.

»Así brama, con fiera arremetida  
Correspondiendo á nuestro audaz embate  
Caterva que á vengar salta ofendida  
De la doncella el súbito rescate:  
Ajax violento, y uno y otro Atrida,  
Y los Dólopes todos. En combate  
Entran también los que esparcido habia  
Por la oscura ciudad nuestra arteria.

## LXXXIII.

»Tornan éstos á hallarnos cara á cara,  
Y el habla que nos oyen diferente  
El disfraz de las armas les declara.  
Al número sucumbe, en fin, mi gente.  
Peneleo á Corebo al pié del ara  
Inmoló de la Diosa armipotente;  
¡Ay! de los suyos recibiendo heridas  
Rinden Dímas é Hípanis las vidas.

## LXXXIV.

»Ni tu piedad ni el apolíneo velo  
Te hurtaron, Panto, á la enemiga hueste:  
Y el justo, el santo del troyano suelo,  
Rifeo, cae, sin que amparo preste  
A su virtud (¡misterio grande!) el Cielo.  
Conmigo Ílito y Pélias quedan: éste  
Mal herido de Ulises, tardo el paso;  
Esotro por la edad de fuerza escaso.

## LXXXV.

»Con ellos en forzosa retirada  
Abandoné la desigual porfía.  
¡Oh pira extrema de mi Patria amada,  
Sacras cenizas de la gente mía!  
Testigos sed que en la infeliz jornada  
Tanto arrostré cuanto arrostrar debía,  
Y, á consentirlo el fallo de la suerte,  
Ganara por mi mano honrosa muerte.

## LXXXVI.

»Torcemos al estruendo sin tardanza  
Al palacio del Rey, do tan horrenda  
Refríega hallamos, cual si a quella estancia  
Fuese el único campo á la contienda;  
¡Tal era el brio y la marcial pujanza!  
¡Así en masa á los Griegos estupenda  
Precipitarse vemos, y la entrada  
Asediar bajo densa empuavesada!

## LXXXVII.

»De un lado y otro el edificio ascienden,  
 Por pilares y escalas: con los brazos,  
 El escudo al izquierdo, se defienden.  
 De pedradas sin cuento y saetas;  
 Suelto el derecho, en el remate prenden  
 Del edificio altísimo. En pedazos  
 En tanto los troyanos campeones  
 Las techumbres derruecan y bastiones.

## LXXXVIII.

»De tales armas su defensa fian,  
 Áureas trabes lanzando en su despecho  
 Que de antiguos monarcas dado habían  
 Noble decoro al admirado techo.  
 Otros abajo á resguardar se alían  
 Las puertas, y tras ellas en estrecho  
 Grupo, puñal en mano, se aglomeran,  
 Y apercebidos la avenida esperan.

## LXXXIX.

»Al palacio escalado se convierte  
 Mi atención toda: diligente acudo  
 A esforzar á quienquier se desconcierte  
 Y alientos dar contra el asalto crudo.  
 Un portillo hubo atrás, que á buena suerte  
 Al ciego sitiador hurtarse pudo;  
 Tras él los tramos del palacio unía  
 Tránsito oscuro, oculta galería.

## XC.

»Por allí sola Andrómaca en su duelo;  
 Cuando aún cetro empuñaba el Rey anciano,  
 Ir solía á sus suegros, y al abuelo  
 Llevaba el hijo-tierno de la mano.  
 A entrar por allí mismo ahora yo vuelo;  
 Calo el postigo, y la eminencia gano,  
 Do abajo (¡vano ardor!) los Teucros echan  
 Cuanto á la mano ven, cuanto destechan!

## XCI.

»Á plomo allí con la pared se erguía  
 Excelsa torre en la region del viento,  
 Que toda la ciudad mandaba un día  
 Y la enemiga armada y campamento.  
 Por do fácil de herir aparecía  
 Batámosla en redor: del alto asiento  
 Al combinado impulso desprendida,  
 Cede, y precipitamos su caída.

## XCH.

»Ella rodando con fragoso estruendo  
 En fragmentos veloz se despedaza,  
 Y abajo ámplio escuadrón tapa cayendo,  
 Que otro, cual ola súbita, reemplaza.  
 Sigue sin tregua el combatir tremendo:  
 Ya ante el mismo vestibulo amenaza  
 Pirro animoso, en el umbral primero,  
 Con metálica luz radiante y fiero;

## XCIII.

»Cual dragon que aterido, soterrado,  
De venenosas hierbas se sustenta,  
Mas de nuevo arreándose, en el prado  
Sale á campar cuando el calor le alienta:  
Voluble el lomo en roscas arrollado  
Miles colores con la luz ostenta;  
Al sol mirando, el cuello al aire libra,  
Y la trisulca lengua hórrido vibra.

## XCIV.

»Automedonte, que de Aquiles fuera  
Auriga, ora escudero, y Perifante  
Corpulento acomete, y la guerrera  
Esciria juventud, y á un mismo instante  
Llama arrojan que al aire va ligera:  
Pirro, hacha en mano, abócase adelante,  
Quíciales estremece, vigas raja,  
Y las ferradas puertas desencaja.

## XCV.

»Las trabes á su empuje crujen, ruedan;  
Enorme boqueron dan los tablones,  
Ni cosa abrigan que ocultarle puedan  
Dentro los vastos atrios y salones:  
De los antiguos soberanos quedan  
Francas y descubiertas las mansiones,  
Y afuera comparecen los soldados  
Que las puertas guardaban atropados.

## XCVI.

»¡Oh cuánta turbacion adentro! ¡oh cuánto  
Terror! Los huecos artesones llena  
Femenil alarido, ronco planto,  
Grita confusa y vária al cielo suena.  
Cruzan matronas con afan y espanto  
Las anchas salas que el rumor atruena,  
Y las columnas á abrazar se arrojan,  
Las besan, y en sus lágrimas las mojan.

## XCVII.

»Mas Pirro igual al padre se adelanta.  
¿Qué arma, qué brazo atajará el pujante  
Hierro esgrimido con braveza tanta?  
Postes ni cerraduras son bastante;  
Ferrada maza á golpes los quebranta.  
Plaza abre á fuerza: á quien le va delante  
Atierra, y su cohorte furibunda  
A la redonda el edificio inunda.

## XCVIII.

»Así de altiva cumbre se desata  
De pronto hinchado un espumoso rio,  
Y oleadas horrisonas dilata  
Hundiendo el malecon, creciendo en brío;  
Y establos y ganados arrebatá  
Impetüoso. Yo, yo vi al impío  
Cebarse airado en el estrago horrendo;  
Vi á los Atridas el umbral cubriendo.

## XCIX.

»Vi á Hécuba y sus hijas, sus amores;  
Vi á Príamo, del ara en el sagrado,  
El fuego que adoraron sus mayores,  
Matar en sangre suya mal su grado;  
Vi los cincuenta lechos, que de flores  
Había la esperanza engalanado  
En pro del trono, y las soberbias puertas,  
De oro y rico botín rodar cubiertas.

## C.

»Griegos el campo ocupan que aún da el fuego,  
—Mas ya ansiosa querrás, augusta Dido,  
De Príamo saber. Príamo, luégo  
Que de las puertas oye el estallido,  
Y encima siente al desbordado Griego,  
Cíne al endeble cuerpo envejecido  
Inútil hierro y olvidada malla,  
Y aguija á perecer en la batalla.

## CI.

»Al raso en medio del palacio había  
Ancho altar, y por cima un lauro anciano,  
Asonbrando á los Lares, descogia,  
Denso follaje de verdor lozano,  
Hécuba en la marmórea gradería  
Con sus hijas los Dioses cíne en vano,  
Bien cual palomas que en bandada ayienta,  
El repentino són de la tormenta,

## CII.

»Como á recursos el Monarca apele  
Ya ajenos á su edad, «Qué desvarío,»  
Hécuba clama, «á perdicion te impele?»  
»Hoy de mi Héctor la fuerza y poderío  
»Fuera en vano; pues ¿qué ese brazo imbele  
»Hará en el caso extremo? Esposo mio,  
»Vén: este altar refugio á todos sea,  
»O á todos juntos sucumbir nos vea.»

## CIII.

»Dice; á su lado le reduce, y püesto  
Sobre las losas á ocupar le obliga.  
Desacordado y jadeante, en ésto,  
Polítes, de ellos hijo, á quien hostiga  
Pirro desaforado, el pié, tan presto  
Como lo sufre su mortal fatiga,  
Por los vacíos atrios acelera,  
Y señala con sangre su carrera.

## CIV.

»Ya con la pica por detras le toca,  
Ya entre las manos el cruel le mira,  
Cuando en faz de sus padres desemboca,  
Y dando en tierra ensangrentado espira.  
El venerable viejo, á quien provoca  
El duro lance á generosa ira,  
No en lo sumo del riesgo el labio sella,  
Mas respetos y amagos atropella:

## CV.

«Si justo el cielo de los hombres cura,  
 »Darános,» dice, «por tamaña ofensa,  
 »A mí venganza á colmo; larga y dura  
 »A tí la merecida recompensa!  
 »Poner te place al padre en angostura  
 »De ver caído al hijo sin defensa,  
 »Y no acatando encanecidas sienes  
 »A darle en rostro con su sangre vienes.

## CVI.

»Calla de hijo de Aquiles el dictado,  
 »Que le desmiente tu cobarde encono:  
 »Él supo dar la mano al que postrado  
 »Miró á sus piés en mísero abandono;  
 »Tornóme el hijo muerto, que enterrado  
 »Fuese en fúnebre pompa, y á mi trono  
 »Me concedió volver.» Dijo, y con tardo  
 »Aliento el Rey de allí soltóle un dardo.

## CVII.

»Que rebotado al punto con sonido  
 Ronco, al tocar el defendido acero,  
 Quedó en el centro del broquel prendido.  
 Pirro repuso con sarcasmo fiero:  
 «¡St, vé á mi padre, y que su ejemplo olvido  
 »Dile; que de su sangre degenero;  
 »Que oprobio eterno de mi porte espere;  
 »Eso y más dile; y por ahora muere!»

## CVIII.

»Y diciendo y haciendo, el inhumano  
 Al mismo altar impávido arrastraba  
 Al noble Rey, que, trémulo de anciano,  
 En la sangre del hijo resbalaba:  
 Le ase del pelo con la izquierda mano,  
 Y con la diestra á su placer le clava  
 Hasta el pomo la daga en el costado,  
 Fúlgida en alto habiéndola vibrado.

## CIX.

»Tal rodó su corona refulgente;  
 Tal vino á ver su antigua fortaleza  
 Humo y polvo tornarse de repente,  
 Aquél que al esplendor de su grandeza  
 Miró á cien pueblos inclinar la frente!  
 Su cuerpo, tronco informe, la cabeza  
 Cercenada por bárbara cuchilla,  
 Yace sin nombre en solitaria orilla.

## CX.

»Horror profundo allí por vez primera  
 Sobrecogióme, viendo la agonía  
 Penosa de mi Rey, y la manera  
 Como el postrero anhélito rendía.  
 Mi padre, que cuanto él anciano era,  
 Delante me fingió la fantasía:  
 La dulce esposa, el hijo tierno, á rudo  
 Ultraje abandonados sin escudo.

## CXI.

»Por ver con quiénes cuento, en torno paso  
 Las miradas; á nadie ya diviso:  
 Dieron unos al fuego el cuerpo laso,  
 Arrojáronse otros de alto piso.  
 Así todo oteándolo de paso,  
 Al claror de las llamas, de improviso  
 Observo un bulto en el umbral de Vesta;—  
 Erase Elena en lo escondido puesta.

## CXII.

»Esa ahora á las aras acogida,  
 Furia que al mundo le nació ominosa,  
 De Troyanos y Griegos maldecida,  
 De Griegos y Troyanos temerosa,  
 Salvar tentaba la infelice vida  
 Huésped ingrata, amancillada esposa;  
 Matar pensé la infame advenediza  
 Por vengar de la Patria la ceniza:

## CXIII.

»¿Cómo? ¿habrá de salvarse la menguada  
 »Rastrándose en oscuros escondrijos?  
 »Y en Micéas y Esparta hará su entrada  
 »Reina ella entre marciales regocijos,  
 »De troyanos esclavos acatada  
 »Tornando á ver esposo, padres, hijos?  
 »¿Y Troya en bravas llamas consumida?  
 »¿Y triunfante el acero regicida?

## CXIV.

»Y para esto tornada ardiente lago  
 »Tantas veces la playa en sangre nuestra?  
 »¡Oh! ¡no! que si en matar una hembra, no hago  
 »De varonil valor gloriosa muestra,  
 »Dar á tal monstruo el merecido pago  
 »Hazaña es justa y digna de mi diestra:  
 »No ya sedienta al envainar mi espada,  
 »Más de una sombra dejaré vengada!»

## CXV.

»Rugia yo con voz tempestuosa  
 Cuando espléndida toda de hermosura,  
 Me apareció mi madre bondadosa  
 Radiante entre la sombra de luz pura,  
 Con el encanto y majestad de Diosa  
 Con que se muestra en la celeste altura;  
 Súbito el vengador brazo me toca,  
 Y abre entre aromas la purpúrea boca:

## CXVI.

«Cálmate, hijo! ¡tus palabras mide;  
 »Tu pecho hirviente su ímpetu reportel  
 »Dí, ¿será justo que el rencor te olvide  
 »De la familia nuestra, y no te importe  
 »Saber si el genitor, á quien impide  
 »Vejez cansada, el hijo, la consorte  
 »Vivos están? ¿No ves que los circunda  
 »La multitud que la ciudad inunda?

## CXVII.

»Por mí, el hierro su sangre no devora;  
 »Por mí, el fuego sus huesos no calcina.  
 »¿Y á qué la faz baldonas seductora  
 »De esa Lacedemonia que abomina  
 »Tu corazón? Y á París á deshora  
 »¿Por qué oprobias? No tiene la ruina  
 »De Troya la opulenta humano origen:  
 »Airados Dioses son quienes la afligen.

## CXVIII.

»Es fuerza superior la que derriba  
 »Sus altos techos. Si cejar te duele,  
 »Yo esa que lenta en derredor te priva  
 »De luz, haré que de tus ojos vuele,  
 »Húmeda, opaca niebla, y la cautiva  
 »Vista dilates. Quién, verás, demuele  
 »Aquestos muros, y al materno aviso  
 »La frente inclinarás grato y sumiso.

## CXIX.

»Allá, do envuelto en polvo el humo ondea,  
 »Y en pie no hoy mole ya ni canto alguno,  
 »La ciudad en su asiento bambalea  
 »A golpes del tridente que Neptuno  
 »Sacude. Acá sobre la puerta Escea  
 »Ante todos sañuda ayanza Juno,  
 »Y audaz, cubierta de acerada escama,  
 »La amiga tropa de las naves llama.

## CXX.

»Torna, torna á mirar: Pálas cruenta  
 »Ya los altos alcázares domina.  
 »Y envuelta en nimbo centelloso, ostenta  
 »La terrible cabeza serpentina.  
 »A los Dánaos el Padre mismo alienta,  
 »El Padre universal, y en la divina  
 »Legion contra tu Patria iras enciende.  
 »Tú el hierro envaina, pues; la fuga emprende.

## CXXI.

»Nada temas: tu planta irá segura  
 »De la paterna casa á los umbrales;  
 »¡Contigo soy!» Y bajo sombra oscura  
 Encubrióse, al decir palabras tales.  
 Entónces la terrífica figura  
 Vi de adversas deidades colosales;  
 La hoguera ví donde Ilión se abrasa;  
 Y Troya conmovida por su basa,

## CXXII.

»Cual viejo fresno que la ufana frente  
 Señorease sobre el monte enántes,  
 Y hora en redor la campesina gente  
 Le diese al tronco hachazos incesantes;  
 Que la alta copa temerosamente  
 Estremece á los golpes resonantes,  
 Y amenaza, y restalla, y de la cumbre  
 Desploma con fragor su pesadumbre.

## CXXIII.

»Desciendo, en fin; mis piés mi madre guía;  
 Campo las armas dan, receja el fuego.  
 Mas no bien de la antigua casa mía  
 Á los umbrales anhelante llevo,  
 Mi padre, ¡ay! el primero á quien quería  
 Fuera llevarme, niégase á mi ruego  
 Pues sobre tantas ruinas apellida  
 Vil el destierro y misera la vida:

## CXXIV.

«¡Huid los que en lozana primavera  
 »Corazon abrigais esperanzado;  
 »No así el Cielo mi nido destruyera  
 »Si fuese mi existencia de su agrado!  
 »¿Qué aguarda el que la Patria ya á extranjera  
 »Cadena vió doblarse? demasiado  
 »Sobrevivo al estrago de los míos;  
 »¡Oh! ¡dadme el adiós último, y partíos!

## CXXV.

»Avara del botín, condolecida  
 »De mi miseria, el fin dará que aguardo  
 »Alguna mano á mi cansada vida;  
 »Ni por falta de tumba me ácobardo.  
 »A mi inútil vejez, aborrecida  
 »De los Dioses, el término retardo  
 »Desde que plugo al brazo omnipotente  
 »Lanzarme un rayo y aturdir mi mente.»

## CXXVI.

»Mi padre así tendido en tierra dijo;  
 Y vanamente en lágrimas bañados  
 Yo, mi Creusa, mi inocente hijo,  
 Todos le suplicamos apiñados  
 No así mal tanto consumase, fijo  
 En afrontar los inminentes hados;  
 Mas él, sordo al solícito lamento,  
 Mantiénese en su puesto y firme intento.

## CXXVII.

»Torno á las armas, y el arnes requiero,  
 Y á morir batallando me preparo;  
 Ni más alivio á mi dolor espero,  
 Ni otra salida, ni mejor reparo.  
 «¡Oh padre mio!» en mi dolor profiero;  
 «¿Y pudiste idear que en desamparo  
 »Te abandonase por salvarme? ¡Agravios  
 »Vierten cual éste paternos labios?

## CXXVIII.

»Si es que completa asolacion previene,  
 »A Troya el Cielo en su insaciable enojo,  
 »Si la medida quieres que se llene  
 »Con nuestros restos, cumplirás tu antojo;  
 »Ya vendrá Pirro; franco el paso tiene;  
 »Pirro con sangre del Monarca rojo,  
 »De cuyo brazo matador no ampara,  
 »Ni al hijo el padre, ni al anciano el ara.

## CXXXIX.

»¿Y á esto sólo me sacas, alma Dea,  
 »Salvo por medio del adverso bando?  
 »¿A qué testigo en mis hogares sea,  
 »No ya en la lid, de su rencor infando?  
 »¿A que, uno entre la sangre de otro, vea  
 »Hijo, padre y esposa agonizando?  
 »¡Al arma! ¡al arma! ¡La postrera hora  
 »Llama al vencido, amigos, vengadora!

## CXXX.

»¡Tornar dejadme á la ardua lid! Mi diestra  
 »Renovará el conflicto: al fin, vengada  
 »Corra, si ha de correr, la sangre nuestra.»  
 Dije, á la cinta acomodé la espada,  
 Y el escudo embrazando á la siniestra,  
 Ya iba á salir, cuando mi esposa amada  
 Se echa á mis piés en el umbral de hinojos,  
 Y nuestro dulce hijo alza á mis ojos.

## CXXXI.

«Si es morir lo que atentas,» me decia,  
 «Todos iremos á morir contigo;  
 »Mas si áun tu brazo de las armas fia,  
 »Primero es que defiendas este abrigo.  
 »¡Cómo! tu hijo, tu padre, la que un dia  
 »Buena esposa llamaste, ¿al enemigo  
 »Así vas á entregar?» Tal su desgracia  
 Gime; el eco en los ámbitos se espacia.

## CXXXII.

»Súbita maravilla sorprendente  
 De todos luégo las miradas llama:  
 En medio del abrazo y el doliente  
 Coloquio paternal, brota una llama  
 De Ascanio en la corona, y por su frente  
 E ilesos rizos mansa se derrama:  
 Quién, al verle, el cabello le sacude;  
 Quién ya con agua, en su temor, le acude.

## CXXXIII.

»Mas mi padre con plácida alegría  
 El rostro augusto eleva; ambas las manos  
 Tiende, y al cielo esta plegaria envía:  
 «¡Omnipotente Júpiter, si humanos  
 »Ruegos te mueven á clemencia pia,  
 »Una mirada compasiva danos!  
 »Si merecemos proteccion, propicio  
 »Sénos, y sella el venturoso auspicio.»

## CXXXIV.

»Á estas voces en súbita estampida  
 Tronó á la izquierda; y por el vago cielo  
 Rápida estrella de esplendor vestida  
 Hendió á la noche el nebuloso velo:  
 Llegaba hácia nosotros, cuando al Ida,  
 Alumbrando el camino, tuerce el vuelo;  
 Su luengo sulco blanda luz señala,  
 Y humo sulfúreo al esconderse exhala.

## CXXXV.

»Convéncese mi padre, se levanta,  
Da gracias á los Númenes, y adora  
La luz divina. «Gobernad mi planta,»  
Dice: «no más suscitaré demora. —  
»Y ¡oh patrios Dioses! vuestra mano santa  
»Reconozco que á Troya cubre ahora:  
»¡Mi familia guardad, guardad mi nieto!  
»Partamos, hijo; la Deidad respeto.»

## CXXXVI.

»Mas ya el calor sofoca; ya se escucha  
Más y más cerca el fuego turbulento.  
Que con los muros y edificios lucha.  
Su furor avivando y movimiento.  
«Sube en mis hombros, padre: á fe que mucha  
»No ha de serles la carga: en todo evento,  
»Uno sea el peligro á entrambos; una,  
»O piadosa ó adversa, la fortuna.

## CXXXVII.

»Ascanio venga de su padre al lado;  
»Tú, Creusa, seguir mis huellas cuida;  
»Y todos en los ánimos grabado.  
»Tened lo que os encargo en esta huida:  
»Bien sabeis, servidores, de un collado  
»Que está de la ciudad á la salida,  
»Do de Céres ruinoso un templo antiguo:  
»A un vetusto cipres yace contiguo:

## CXXXVIII.

»Cipres que nuestros padres reverentes  
»Honraron siempre en sus felices dias;—  
»Allí nos juntaremos, diligentes  
»Sendereando por diversas vias.—  
»Toma, ¡oh padre! los Dioses: yo de ardientes  
»Refriegas salgo; si las manos mías  
»Pusiese en ellos, en corriente clara  
»No lustradas aún, los profanara.»

## CXXXIX.

»Callo; y encima del comun vestido,  
Con una piel bermeja leonina  
Los anchos hombros encubrirme cuido,  
Y al grato peso mi cervíz se inclina.  
El tierno Ascanio, de mi mano asido,  
Conmigo á paso desigual camina:  
Quedóse atrás mi esposa: opaca niebla  
En torno nuestro los espacios puebla.

## CXL.

»Mas yo que en la ciudad momentos ántes  
No temí de la lid el alto estruendo,  
No las armas, no griegos batallantes  
Remolinados en tropel horrendo,  
Ahora al sonar las auras oscilantes,  
Al más leve rüido me suspendo,  
No temeroso por la vida mia,  
Sí por mi dulce carga y compañía.

## CXXI.

»Parecíame ya llegar seguro  
Al deseado fin, cuando repente  
Cual de veloces piés que el suelo duro  
Batiesen, sordo estrépito se siente;  
Y mi padre mirando de lo oscuro,  
«Hijo,» dice, «huye, hijo; asoma gente:  
Desvía; el temeroso centelleo  
De las rodelas y corazas veo.»

## CXXII.

»¡Ah! en tanto que mi pié medroso excusa  
Por ignoradas vueltas el camino,  
No sé qué invido Dios mi ya confusa  
Razón de lleno á desquiciarme vino:  
No supe más qué fué de mi Creusa;  
Si la detuvo mi cruel destino,  
Si erró la via, ó se sentó cansada;—  
De entónces más, á mi clamor negada.

## CXXIII.

»Ni la eché ménos hasta haber llegado  
Todos los míos, con turbada huella,  
Al templo antiguo y salvador collado:  
Reunímonos; ¡faltaba sola ella!  
Faltaba á su hijo, en lágrimas bañado;  
Faltaba á mí, que en áspera querella,  
¡Oh entre males tamaños mal supremo!  
De hombres y Dioses con furor blasfemo.

## CXLIV.

»Hijo, y padre, y penates encomiendo,  
Puestos y ocultos en profundo valle,  
A mis amigos: despechado emprendo  
La ciudad recorrer hasta que halle  
La infelice consorte; y no temiendo  
Volver á abrirme entre enemigos calle,  
Me ciño de la fúlgida armadura,  
Y entrégome al dolor y á la ventura.

## CXLV.

»Llego primero al murallon oscuro,  
Puerta y umbral por do pasado habia;  
Esfuérzome á mirar, y mal seguro  
Sigo por rastros una y otra via.  
Horror, silencio en el desierto muro  
Sólo hallar pude. Á la morada mia  
Acudo; por si allá mi compañera  
Tal vez, tal vez la planta dirigiera.

## CXLVI.

»Mas de los enemigos mi morada  
Presca era ya: la llama devorante  
Por el Ábrego rápido aventada,  
Crece, sube, revuélvese ondeante.  
Enderezo al alcázar, y en la entrada  
Del sagrario de Juno (en lo restante  
Abandonada ya la ciudadela),  
Hacen Fénix y Ulises centinela:

## CXLVII.

»De los templos tornados en pavesas  
 Custodian el espléndido tesoro,  
 Vestes sacerdotales, sacras mesas,  
 Macizos vasos de luciente oro.  
 Vianse en torno de las ricas presas  
 Niños sumidos en confuso lloro,  
 Mustias las madres que el dolor embarga,  
 Cautiva muchedumbre en rueda larga.

## CXLVIII.

»Allí sin fruto y por doquier demandando  
 El bien perdido: una vez y otra al viento  
 Su nombre doy, los ámbitos llenando  
 Con la cascada voz de mi lamento,  
 Así por las sombrías calles ando  
 En su busca con ciego desatiento,  
 Cuando al paso atraviésase y me nombra,  
 Pálido, alto fantasma;—era su sombra.

## CXLIX.

»Tiéblame el corazón, se me eneriza  
 El cabello, la sangre se me hiela:  
 Mas ella hablando así me tranquiliza  
 Y futuros destinos me revela:  
 «¿Por qué tu corazón se martiriza,  
 «Ó á dó tu loca fantasía vuela?  
 «Templa el furor; no temerario oses  
 «Al imperio oponerte de los Dioses.

## CL.

»Vencer no pienses mi eternal reposo,  
 »No contigo llevarme á otra ribera:  
 »Védalo *aquél* que todopoderoso  
 »En las sedes olímpicas impera.  
 »Vasto mar que surcar, amado esposo,  
 »Largo destierro que cumplir te espera;  
 »Mucho errarás; empero, finalmente,  
 »Llegarás á las playas de Occidente:

## CLI.

»A Hesperia, patria de ínclitos varones,  
 »A donde ameno y dilatado ondea  
 »El liño Tibre, que en besar los dones  
 »De sus fértiles ribas se recrea.  
 »Ancho imperio, magníficos blasones,  
 »Régia consorte encontrarás; ni sea  
 »Mi memoria á tu pecho dolorosa:  
 »Harto has llorado á tu apartada esposa.

## CLII.

»Que no á la nuera de la cipria Diva,  
 »La hija del frigio Rey, reduce el hado  
 »A sierva humilde de matrona aquiva:  
 »¡No irá á ver, no, del vencedor airado  
 »Soberbios techos mísera cautiva!  
 »La madre de los Dioses á su lado  
 »Me acoge. ¡Adios! por nuestro Ascanio vela;  
 »¡Amale siempre, y tu dolor consuela!»

## CLIII.

»Yo que la oía en lágrimas deshecho,  
Mil cosas fui á decir, cuando en sombríos  
Celajes se encubrió. Tres veces le echo  
Al cuello los amantes brazos míos,  
Y tres veces, ¡oh pena! los estrecho  
Contra el burlado corazón vacíos,  
Desvanecida á mi anheloso empeño  
Cual humo vano ó fábrica de un sueño.

## CLIV.

»La noche terminó con mi po-fía,  
Y torné. Con portátiles haberes  
Notable multitud llegado había,  
Ausente yo, cabe el altar de Cérés.  
Apellídanme todos jefe y guía:  
«Contigo,» dicen, «á doquier esperes  
»Ay! alejarnos del confin troyano,  
»Rostro haremos al lóbrego Oceano.»

## CLV.

»Allí varones y hembras, niños, viejos,  
Y larga y miserable muchedumbre.  
Y ya anunciaban pálidos reflejos  
Al sol, del Ida sobre la ardua cumbre.  
Ocupadas las puertas á lo léjos,  
Huye de auxilio la postrer vislumbre:  
Cedo á la suerte: á recibir me inclino  
Mi padre, y á los montes me encamino.

## LIBRO TERCERO.

## I.

«Después que el Cie'lo la inculpada gente  
De Priamo y troyana monarquía  
Derribó en tierra, y la ciudad potente  
En círculos de humo parecia;  
También por alta inspiración presente,  
Mas sin saber por dónde el hado guía  
O dó hemos de parar, labramos pinos  
Que á otras playas nos lleven peregrinos.

## II.

»Éramos cabe Antandro congregados  
Al pié de Ida, y no bien pintó el estío,  
Manda mi padre en brazos de los hados  
Soltar velas del viento al albedrío.  
Con llanto el puerto dejo, y los amados  
Campos de Troya fué; y á la onda fio  
Mi pueblo, y prole, y Dioses tutelares,  
Y empíezome á engolfar en altos mares.

## CLIII.

»Yo que la oía en lágrimas deshecho,  
Mil cosas fui á decir, cuando en sombríos  
Celajes se encubrió. Tres veces le echo  
Al cuello los amantes brazos míos,  
Y tres veces, ¡oh pena! los estrecho  
Contra el burlado corazón vacíos,  
Desvanecida á mi anheloso empeño  
Cual humo vano ó fábrica de un sueño.

## CLIV.

»La noche terminó con mi po-fía,  
Y torné. Con portátiles haberes  
Notable multitud llegado había,  
Ausente yo, cabe el altar de Céres.  
Apellídanme todos jefe y guía:  
«Contigo,» dicen, «á doquier esperes  
»Ay! alejarnos del confin troyano,  
»Rostro haremos al lóbrego Oceano.»

## CLV.

»Allí varones y hembras, niños, viejos,  
Y larga y miserable muchedumbre.  
Y ya anunciaban pálidos reflejos  
Al sol, del Ida sobre la ardua cumbre.  
Ocupadas las puertas á lo léjos,  
Huye de auxilio la postrer vislumbre:  
Cedo á la suerte: á recibir me inclino  
Mi padre, y á los montes me encamino.

## LIBRO TERCERO.

## I.

«Después que el Cie'lo la inculpada gente  
De Priamo y troyana monarquía  
Derribó en tierra, y la ciudad potente  
En círculos de humo parecia;  
También por alta inspiracion presente,  
Mas sin saber por dónde el hado guía  
O dó hemos de parar, labramos pinos  
Que á otras playas nos lleven peregrinos.

## II.

»Éramos cabe Antandro congregados  
Al pié de Ida, y no bien pintó el estío,  
Manda mi padre en brazos de los hados  
Soltar velas del viento al albedrío.  
Con llanto el puerto dejo, y los amados  
Campos de Troya fué; y á la onda fio  
Mi pueblo, y prole, y Dioses tutelares,  
Y empíezome á engolfar en altos mares.

## III.

»Cae por allá un país que Marte ampara  
Y el austero Licurgo rigió un día;  
Extensas tierras son que el Trace ara,  
A quien ley de hospedaje nos unia;  
Y viéronse sus Dioses en un ara  
Con los Dioses de Troya en compañía  
Cuando imperio feliz fuimos: ahora  
Allí arribamos con humilde prora.

## IV.

»Fundé en su corva orilla la primera  
Ciudad, y á sus colonos apellido,  
En mi memoria, Enéadas; mas era  
Infausto el punto. Mal correspondido,  
A mi madre la Diosa de Citera,  
Y á los electos Númenes conyido;  
Y en balde un toro albo, como á solo  
Rey de los Dioses, al Saturnio inmolo.

## V.

»Era allí un cerro, y en su cima habia  
De puntas erizado un mirto: atento  
La ara á vestir de verde lozanía,  
Acudo, y ramas arrancar intento.  
Mientras raíces desvolver porfia  
Mi mano (¡oh singular, oh atroz portentoso!)  
Brotar contemplo de las ramas rotas  
Sangre que el suelo empapa en negras gotas.

## VI.

»De espanto helado el corazón flaquea;  
Mas recobrado tiro de otra rama  
Por descubrir lo que el prodigio sea,  
Y otra vez sangre el vástago derrama.  
Confuso, dando de una en otra idea,  
Ya á Marte invoco que á los Getas ama,  
Ya á las huéspedes Ninfas de la selva  
Porque el signo de horror fausto se vuelva.

## VII.

»Con esta mira y con esfuerzo nuevo  
Tercera rama desraigar decido;  
Mas cuando, hincada la rodilla, pruebo  
Su rigor á vencer, siento un sonido  
(No sé si ose decir, ó callar debo):  
Una voz funeral hiere mi oído:  
«¡Ay! ¿por qué, Enéas, las entrañas mías  
»Rompes? ¿No manches más tus manos pías!

## VIII.

»Hijo yo fui de la nación troyan,  
»¿Y al que ya conociste ofendes muerto?  
»¡Esa sangre no es de árboles do mana!  
»¡Ah! ¡que de esta región huyas te advierto,  
»Aurívora región, playa inhumana!  
»Yo Polidoro soy: yace cubierto  
»Mi cuerpo aquí de flechas homicidas,  
»Ahora en ásperas ramas convertidas.»

## IX.

»Adolorido, absorto me suspendo,  
Sin voz, yerto el cabello. ¡Polidoro!  
El mismo ¡ay! á quien Priamo, sintiendo  
Vacilar en su mano el cetro de oro  
Al amago de ejército tremendo,  
Fió en secreto espléndido tesoro,  
Y á que ajeno creciese á la desgracia,  
A cargo le envió del Rey de Tracia.

## X.

»Mas el perverso príncipe, copiando  
En su porte mudanzas de la suerte,  
Triunfante al ver de Agamemnon el bando  
En contra del caído se convierte;  
Y todo fuero con furor nefando  
Atropella, y al misero da muerte,  
Y le asalta el caudal. ¿Qué de maldades,  
Sacrílega sed de oro, no persuades?

## XI.

»Vuelto en mí del espanto que me hiel  
Hablo á mi padre, y á los jefes junto,  
Lo que voz misteriosa me revela  
Narro, y el parecer comun pregunto.  
Todos proponen darnos á la vela  
Y aquel sitio de horror dejar al punto;  
No sin que al desdichado compatricio  
Pagado hayamos el postrer oficio.

## XII.

»Túmulo, pues, alzámosle de arena,  
Y á los manes dos aras que guarnecen  
Cipres y tristes fajas; la melena  
Sueltan matronas que en redor parecen:  
Altos vasos que ó leche tibia llena,  
Ó sangre consagrada, allí se ofrecen:  
La tumba al alma errante da acogida,  
Y clamamos la eterna despedida.

## XIII.

»Así las sacras ceremonias, graves  
Cumplido habiendo, á la señal primera  
Que el Austro da con hálitos suaves  
De que onda masa nuestra flota espera,  
Corremos á la mar: sacan las naves  
Mis compañeros, cubren la ribera;  
Cruzamos ya los líquidos desiertos,  
Y atras irse miramos playas, puertos.

## XIV.

»Allá en mitad de los Egeos mares  
Hay una isla entre todas la más grata,  
Que, Númenes por siempre tutelares,  
A Dóris bella y á Neptuno acata:  
Ella un tiempo rondaba los lugares  
Convecinos; ya errante el mar no trata:  
Apolo entre las Cíclades fijóla,  
Y allí inmóvil contrasta viento y ola.

## XV.

»Allí abordamos, y el dichoso abrigo  
 Gozamos con que el puerto nos convida;  
 Mientras de Apolo la ciudad bendigo,  
 A darnos sale el Rey franca acogida.  
 Anio en mi padre abraza á un viejo amigo;  
 Anio, á quien, porqué al par que le apellida  
 Ministro un Dios, un pueblo Rey le nombra,  
 Con la ínfula el laurel la sien le asombra.

## XVI.

»Yo al templo secular devoto llego:  
 «Buen Dios!» exclamó, «¿término seguro  
 »Dá á nuestro error, á nuestro afan sosiego,  
 »Dá fundar feliz prole y propio muro!  
 »Nueva Troya lo llames, ó del fuego  
 »Hurtados restos y de Aquiles duro,  
 »Salva el tesoro, tú, que va conmigo;  
 »Dí, ¿cuál norte, cuál voz, cuál rumbo sigo?

## XVII.

»Señal dá, en fin, y á nuestra mente envía  
 »Tu inspiración.» Callé, y en tal momento  
 Ya el pórtico, ya el lauro se movía,  
 Y el monte en torno retembló en su asiento.  
 El velo que la tripode cubría  
 Gimió, abrióse el sagrario: al pavimento  
 Inclínamos las frentes confundidos,  
 Y sacra voz hirió nuestros oídos:

## XVIII.

«¡Fuertes Troyanos! ved que la fortuna  
 »Hinchado el seno de la patria os muestra  
 »Que á vuestra raza fomentó en la cuna;  
 »Buscad, buscad la antigua madre vuestral  
 »Id; allí Enéas, sin mudanza alguna,  
 »Cimentará su casa, y de su diestra  
 »El cetro heredarán sobre las gentes  
 »Hijos, nietos, lejanos descendientes.»

## XIX.

»Habló Apolo; y llenó los corazones,  
 Amargada por dudas, la alegría,  
 Pues «¿Dó aquellas están patrias regiones?»  
 Preguntábamos todos á porfía.  
 Mi padre ya de viejas tradiciones  
 Recuerdos en su mente revolvía:  
 «¡Oid, nobles!» prorumpe; «yo el secreto,  
 »Á vuestras esperanzas interpreto.

## XX.

»Hay una isla en el mar, Creta nombrada,  
 »Cuna ya nuestra, con su monte Ida,  
 »Cuna tambien de Júpiter sagrada,  
 »De cien ricas ciudades guarnecida.  
 »Trocó el gran Teucro esa feliz morada  
 »Con la retea costa: á su venida  
 »Ni allí á Pérgamo halló, ni halló poblados,  
 »Sino hombres por los valles derramados.

## XXI.

»Él, si éstas que aprendí no son infieles  
 »Memorias, los cimientos sociales  
 »De Troya echó, y el culto de Cibéles  
 »Trajo, con sus misterios y atabales,  
 »Los carros con leones por corceles,  
 »Los bosques sacros, y aún en nombre iguales.  
 »¡Partamos! el oráculo dichoso  
 »Allá nos llama, á la region de Gnoso.

## XXII.

»Ni estamos léjos de su orilla grata;  
 »Tres luces gastaremos. Falta sólo  
 »Que aplaquen dones al que el mar maltrata,  
 »Que amparo preste el que serena el polo.»  
 Dice, y en la ara sendos toros mata  
 A Neptuno y á tí, divino Apolo;  
 Sendas ovejas al Invierno negra,  
 Blanca á Favonio que la mar alegra.

## XXIII.

»La voz se esparce que del patrio suelo  
 Proscrito Idomeneo huido había,  
 Que á huéspedes librando de recelo,  
 Creta sus puertas solitaria abría.  
 Y así á Ortigia dejando, hendiendo á vuelo  
 El mar, á Náxos báquica y sombría  
 Costeando vencemos, á Oleáros,  
 Verde Donisa y albicante Páros.

## XXIV.

»Entrambos por las Cíclades ligeres  
 Y el mar corremos de islas esparcido,  
 Y emúlense, al pasar, mis compañeros  
 Con clamores y náutico ruido;  
 «¡A Creta! á Creta!» gritan vocingleros;  
 «¡A nuestra patria, á nuestro antiguo nido!»  
 E hiriéndonos en popa aura serena,  
 Al fin tocamos la anhelada arena.

## XXV.

»Fundé una villa, mi dorado sueño,  
 Que Pérgamo llamé: del nombre ufanos  
 A los colonos miro, y los empeño  
 A alzar el muro y á arraigarse hermanos.  
 Yace en la enjuta orilla el hueco leño:  
 Yo dicto comun ley, reparto llanos;  
 Y á cultivar se entregan los mancebos  
 Nuevos lazos de amor y campos nuevos.

## XXVI.

»Hé aquí, el aire infestando de repente,  
 El contagio cruel sacude el ala:  
 Infausto nuncio de estacion doliente,  
 Los arboredos y sembrados tala:  
 La vida va arrastrando falleciente  
 Quien ya el aliento último no exhala:  
 El Can ardiente estrago sordo hace:  
 Marchito el lustre de los campos yace.

## XXVII.

»Y, sustento negando yermo el suelo,  
 Mi padre del oráculo divino  
 Manda que vamos á implorar consuelo  
 Tornando á abrírnos por el mar camino:  
 Que cuál término, diga, al mustio duelo  
 De este pueblo reserva peregrino;  
 A quién habemos de acudir; á dónde  
 Enderezar el rumbo corresponde.

## XXVIII.

»Era alta noche y muda: en mi retiro  
 Yacia yo, la mente aletargada,  
 Cuando delante á los Penates miro  
 Que hurté al incendio en la fatal jornada.  
 Por mis ventanas, en su errante giro  
 Lograba á la sazón la luna entrada,  
 Y del brillo bañados macilento  
 Ellos me hablaban con benigno acento:

## XXIX.

»No temas,» me decían; «pues de parte  
 De Apolo, que oficioso nos envía,  
 Los destinos venimos á anunciarte  
 Que él, volviendo tú allá, te anunciaría.  
 Tu brazo nos salvó de adverso Marte,  
 Librónos tu piedad de llama impía;  
 Hemos seguido tu fortuna, y fieles  
 Navegamos contigo en tus bajeles.

## XXX.

»En grato premio á tu favor, mañana  
 Al cielo hemos de alzar tus descendientes;  
 Mas hoy, á esa ciudad que soberana  
 Herencia haremos de invencibles gentes  
 (Que esto es tuyo, no nuestro), el paso allana:  
 Lo harás, si en largo viaje no consientes  
 Reposo: asiento muda: el Dios profeta  
 No te brindó con descansar en Creta.

## XXXI.

»Hay de antiguo un país, con apellido  
 De Hesperia por los Griegos señalado,  
 Pueblo en trances de guerra asaz temido,  
 Tierra asaz grata á la labor de arado.  
 Fué primero de Enotrios poseido,  
 Y hoy Italia se nombra, por dictado  
 De famoso caudillo procedente,  
 Si ya constante tradición no miente.

## XXXII.

»¡Ésta, ésta es nuestra patria verdadera!  
 Que allí Dárdano y Yasio nacimiento  
 Tuvieron; aquel Dárdano, primera  
 Cepa de nuestra raza. Tú contento  
 Vé, y de ello al viejo genitor entera  
 Por cierto. Y de Corito en seguimiento  
 A los ausonios términos navega.  
 Mansión en Dicte Júpiter te niega.»

## XXXIII.

»Como esto ví y oí (no en sueños vanos  
Eran; que bien las sienas discernia  
Veladas, y los rostros soberanos,  
Y aún bañaba en sudor mi frente fria),  
Saltó del lecho atónito: las manos  
Extiendo suplicante; ofrezco pía  
Libación en mi hogar: de ahí contento  
Corro á mi padre, y la vision le cuento.

## XXXIV.

»Del doble origen la palacia siente  
Él, y confiesa que sufrido habia  
Con la antigua senal error reciente:  
«¡Hijo,» así hablaba, «á quien la suerte impía  
»Burla cruel! Casandra solamente  
»Hizo de estos sucesos profecía;  
»Y á menudo se oyó, recuerdo ahora,  
»¡Hesperia! ¡Italia! de su voz sonora.

## XXXV.

»Mas quién iba á pensar que á Hesperia iria  
»Nuestra gente jamás? ¿Ni quién pudiera  
»A Casandra creer? ¡Hoy, hoy nos guia  
»Voz infalible que partir impera!»  
Tal dijo, y aplaudimos á porfía.  
Quedan algunos en la infiel ribera;  
Y el áncora levando y la esperanza  
El hueco leño al piélagos se lanza.

## XXXVI.

»Cuando ya nos hubimos engolfado,  
Y entre agua y cielo, al fin, no vemos cosa  
Sino el cielo y el agua, azul nublado  
Sobre mi nave sólido se posa  
De lobreguez y tempestad cargado:  
Con tristes amenazas espantosa  
La ecúrea inmensidad se entenebrece,  
Esfuérzanse huracanes, la onda crece.

## XXXVII.

»¡Tristes! que arrebatándonos el viento  
En la vasta extension, á golpe duro,  
Relámpagos cruzando el firmamento,  
Ciegos erramos sobre el ponto oscuro.  
Todo es horror el húmedo elemento:  
¿Es día? ¿es noche? el mismo Palinuro  
Nada distingue; en negro torbellino  
Sacudido del rumbo, perdió el tino.

## XXXVIII.

»Ya tres dias llevábamos enteros  
Y tres noches á oscuras, desmandados,  
Cuando léjos notamos placenteros  
Visos de tierra, y asomar collados,  
Y humo al cielo subir. Los marineros  
Las antenas calando arrebatados,  
Asen del remo, y al batir continuo  
Cubren de espuma el líquido camino.

## XXXIX

»Al suyo las Estrófades, del seno  
 Librados de las ondas, nos invitan:  
 Ínsulas son que con renombre heleno  
 En el vasto mar Jonio se acreditan.  
 Allí, allí la terrífica Celeno  
 Y las arpías de su casta habitan,  
 Del tiempo en que de Fineo y sus moradas  
 Las alejó el temor, nunca saciadas.

## XL

»¡Arpías, horda atroz, monstruos furiales!  
 Generacion igual jamás vió el mundo,  
 Ni peste más cruel á los mortales  
 Envio el cielo ni abortó el profundo:  
 Alado el cuerpo, rostros virginales;  
 Arroja el seno vil vestigio inmundo;  
 Corvas manos y piés, garfios rapantes;  
 Pálidos siempre de hambre los semblantes.

## XLI

»Aun no bien nuestra flota anclado habia,  
 Cuando notamos por allí ganados  
 Vacunos y lanares ir sin guia  
 Ledos paciendo en abundosos prados.  
 Hicimos en la grey carnicería;  
 Brindamos con los fáciles bocados  
 A los Dioses, á Júpiter; y á prisa  
 Aderezamos la campestre mesa.

## XLII.

»Ya el manjar succulento en sillas blandas  
 De céspedes gustábamos. En esto  
 Dejan sus montes las aéreas bandas  
 Con ala resonante y salto presto;  
 Nos rapan de revuelo las viandas;  
 Todo lo manchan con su aliento infesto;  
 Y fuera de ofender vista y olfato,  
 El viento hieren con aulido ingrato.

## XLIII.

»De ahí en el hueco de un peñon antiguo  
 Otra vez el banquete cauto extendiendo,  
 De corvas selvas al repuesto abrigo  
 Con sombra en torno de negror horrendo.  
 Ya ponía en el ara el fuego amigo,  
 Y otra vez de cien partes con estruendo  
 Baja improviso el escuadron nefando,  
 Y royendo revuela y escarbando.

## XLIV.

»Al arma llamo; en la soez canalla  
 Hacer estrago, en cuanto vuelva, ordeno:  
 Y ocultamos á intento de batalla  
 Entre las hojas y el verdor ameno  
 Cuchillas y broqueles. Todo calla...  
 Mas ya que por la orilla vió Miseno  
 Que acuden en tropel, de una alta roca  
 Do atalayaba, su bocina toca.

## XLV.

»Corremos á la seña, en lid no usada  
La impia raza á extirpar del mar salida;  
Mas ¡vano esfuerzo! que lesion la espada  
No hace en las plumas, ni en el cuerpo herida.  
Infectan cuanto muerden de pasada,  
Y hedor esparcen en su impune huida;  
Y una de ellas, Celeno, en yerta altura  
Infausta así con voz siniestra augura:

## XLVI.

«Vinisteis á matar nuestros rebaños,  
»¡Hijos de Laomedon! ¡manos impias!  
»Y en guerra, de sus patrios aledaños  
»Quereis lanzar, sin culpa, á las Arpias!  
»¡Pues oid y temblad horribles daños!  
»Catad lo que os anuncio en profecías  
»La mayor de las Furias: trasmitiólo  
»A Febo Jove, y á Celeno Apolo.

## XLVII.

»Buscáis á Italia con errante quilla,  
»Y cierto que con vientos aplacados  
»Ireis á Italia, y cobrareis la orilla  
»Que os diputan benévolos los hados;  
»Mas no podreis la deseada villa  
»Ceñir, sin que á expiar desaguizados  
»Con fuerza ántes os mueva el hambre aciaga  
»Tal, que aún las mesas devorar os haga.»

## XLVIII.

»Dijo, y al bosque aleteando vuela.  
Á influjo de su voz mis compañeros,  
A quien la sangre de terror se hiela,  
Con el brío deponen los aceros.  
Ya con votos, con súplicas se apela  
A pedir paz y á deshacer agüeros,  
Ora malvadas y aves ominosas  
Sean aquellas, ó terribles Diosas.

## XLIX.

»Y vuelto Anquises hácia el mar, las manos  
Extiende, y con solemnes sacrificios  
Los Númenes invoca soberanos:  
«¡Dioses!» clama, «¡torced tales auspicios!  
»¡Dioses! ¡tales anuncios haced vanos!  
»¡A un pueblo justo defended propicios!»  
Dice, y cables soltar en el momento  
Manda, y las lonas descoger al viento.

## L.

»Cumplióse lo mandado; y ya hincha el Noto  
Las velas que á sus soplos confiamos;  
Merced suya, y en manos del piloto,  
Entre espumosas ondas navegamos:  
Zacinto se aparece, ameno soto,  
En medio de la mar: Duliquio, Sámos;  
Ardua y fragosa Néritos se ostenta,  
Ítica con escollos fraudulenta.

## LI.

»Huimos de ellos, y del patrio clima  
De Ulises maldecimos. Adelante  
Léucates yergue su nublosa cima,  
Apolo hace temblar al navegante.  
Allá torcemos: fatigada arrima  
A la humilde ciudad la flota errante;  
Ya á proa el marinero anclas arroja;  
Ociosos cascos la ribera aloja.

## LII.

»En no soñado asilo aras enciendo  
Do mis votos á Júpiter desato;  
Y en tierra de Accio, celebrar emprendo  
Juegos de Frigia. El patrio pugilato  
Todos, desnudo el cuerpo, el cuerpo ungiendo,  
Renuevan con ardor. Recuerdo es grato  
Haber vencido riesgos y fatigas  
Entre tantas ciudades enemigas.

## LIII.

»El sol á la sazón su arial carrera  
Concluía, y con hálitos glaciales  
El cierzo aborregaba la onda fiera.  
Fijé á un poste, del templo á los umbrales,  
Combo escudo que el grande Abas trajera,  
Y del caso en memoria, letras tales:  
MONUMENTO GANADO Á LAS AQUEAS  
TRIUNFANTES HUESTES : CONSAGRÓLO ENÉAS.

## LIV.

»Llamé al remo; y dejamos, con suspiro  
Del batido oleaje, las arenas;  
Pronto las cumbres de Feacia miro,  
Y tórnanse á esconder, vistas apénas.  
Llegamos al Caonio puerto, á Epiro  
Costeando, y pedimos las almenas  
Excelsas de Butroto. Aquí una nueva  
Dichosa hallamos que increíble eleva.

## LV.

»Oigo que en griego territorio impera  
Heleno, hijo de Príamo, debido  
A ser de la viuda y heredera  
De Pirro, nieto de Éaco, marido;  
Que así el antiguo rango recupera  
Andrómaca. Turbado, conmovido,  
De amor llevado, de ansiedades lleno,  
La playa dejo y flota, y voy á Heleno.

## LVI.

»Hé aquí con sacros funerales dones,  
Antes de la ciudad, en selva umbría,  
Cabe un fingido Símois, libaciones  
Al caro polvo Andrómaca ofrecia;  
Y los manes con tristes oraciones  
A la tumba llamaba, que vacía  
De verde césped, á Héctor dedicara,  
Y una, motivo al llanto, doble ara.

## LVII.

»Tal Andrómaca estaba en el instante  
En que, subiendo yo por el camino,  
A mí propio y las armas delirante  
Vió de Troya; y del caso peregrino  
Pasmada al punto queda: vacilante,  
Perdió el rostro el color, la planta el tino;  
Y solo á obra de tiempo el labio mudo  
Articular sueltas palabras pudo:

## LVIII.

«¿Que en fin te miro en corporal figura?  
»Hijo de Vénus! ¿mensajero cierto  
»Me apareces? ¿áun gozas la aura pura?...  
»Ah! ¿y Héctor dónde está, si ya eres muerto?»  
Esto dijo llorando, y la espesura  
Llenaba su clamor. Su desconcierto  
Febril, dejóme sin respuesta; al cabo  
Mal breves frases anheloso trabo:

## LIX.

«No dudes; palpas realidades. Vivo,  
»Y á cien peligros arrojé mi vida;  
»Mas véme: salvo á tu presencia arribo.  
»Ah! ¡y de tan gran varon destituida,  
»Pobre mujer! ¿te vuelve el hado esquivo  
»Algo de tu ventura merecida?  
»Tú, la Andrómaca de Héctor venturosa,  
»¿Yaces aún avasallada esposa?»

## LX.

»Ella el rostro inclinando, recobrada,  
Con voz sumisa su dolor expresa:  
«¡Oh entre todas nosotras fortunada  
»Tú, inocente beldad, jóven princesa,  
»Que al pié del patrio muro, por la espada  
»Fuiste á morir sobre enemiga huesa!  
»Que ni suertes sacaste á tu despecho,  
»Ni de amo vencedor serviste al lecho!

## LXI.

»No así la que incendiados sus hogares,  
»Sufrió á un duro jayan, de raza altiva  
»Sufrió el rigor, y por remotos mares  
»Anduvo errante, y concibió cautiva!  
»Y despues que probé tantos azares,  
»El tirano raptor en llama viva  
»Por Hermíone ardió, nieta de Leda,  
»Y á Esparta corre do en su amor se enreda.

## LXII.

»Entónces á un esclavo dió su esclava;  
»Cedióme á Heleno. Oréstes que veía  
»Quitársele su esposa, se abrasaba  
»De amor, de ardor furial, de rabia impía;  
»Y ante el paterno altar á hierro acaba  
»Desprevenido á su rival un dia;  
»Con que Heleno, de siervo que ántes era,  
»Cobró aquestas regiones en que impera.

## LXIII.

»Él de entonces á sus campos y poblados  
 »Apropió de Caonia el apellido,  
 »En honor de Caon; y en los collados  
 »Que ves, segundo Pérgamo se ha erguido  
 »Y ese nuevo Ilion. Mas di, ¿qué hados  
 »Favorables de guía te han servido?  
 »¿Qué aura feliz, cuál misteriosa fuerza  
 »Causa es que acá tu nave el rumbo tuerza?»

## LXIV.

»¿Qué se hizo Ascanio? ¿vive aún? Y aquella  
 »Que en la noche fatal...? ¿Destino impío!  
 »Pobre niño, ¿recuerdos guarda de ella?  
 »¿Le anima á la virtud, al patrio brío,  
 »Ver cuál dejan de sí brillante huella  
 »Enéas, su buen padre, Héctor su tío?»  
 Así hablaba llorando, y vanamente  
 Corría de sus lágrimas la fuente.

## LXV.

»Heleno, que hacía allí bajando vino  
 Con gran cortejo, nos conoce en tanto,  
 Y á la ciudad nos guía, y de camino  
 Nos habla con palabras y con llanto.  
 Yo, andando, reconozco ó adivino  
 Nueva Troya, otro Pérgamo, otro Janto,  
 Bien que aquél breve y pobre aquéste sea,  
 Y abrazo en mi ilusión la puerta Escea.

## LXVI.

»Cual propia, en la ciudad mis compañeros  
 Entran: pórticos que amplios los reciban  
 Les abre Heleno, y de ellos los primeros  
 En fuentes, tazas de oro, comen, liban;  
 Llenas copas empinan placenteros,  
 Y resuena el salón. Así se iban  
 Corriendo un día y otro. El soplo austrino  
 Ya hinchaba, voceando, el vago lino.

## LXVII.

»Antes, empero, de soltar las naves,  
 Yo á Heleno interpele con tales voces:  
 «Tú que de Febo los misterios sabes,  
 »Y sus lauros y trípodes conoces;  
 »Tú que entiendes los astros, y las aves  
 »Con su canto augural y alas veloces;  
 »Troyano vate, intérprete del Cielo,  
 »Con alta inspiración calma mi anhelo!»

## LXVIII.

»Profecías, oráculos, deidades  
 »Trázanme rumbo de asechanza ajeno,  
 »Señalando repuestas heredades,  
 »Nombrando á Italia. Sola ya Celeno  
 »Cruda hambre anuncia, acerbas novedades;  
 »¡Arpía atroz! ¡aviso de horror lleno!  
 »Tú, ¿cuál riesgo evitar me importa, y cómo,  
 »Dí, amagos frustró y contratiempos domo?»

## LXIX.

»Él toros ántes, como el rito manda,  
 Inmola; descinó la venda pia;  
 El favor de los Númenes demanda,  
 Y por la mano hácia el altar me guía.  
 ¡Oh Febo! en tu presencia veneranda  
 Temor yo entónces y temblor sentía,  
 Cuando comienza, sacerdote sabio,  
 Heleno á hablar con inspirado labio:

## LXX.

«¡Hijo de Vénus! no del prez receles  
 »Que te anuncian auspicios celestiales:  
 »Tal es la voluntad de Jove, y fieles  
 »Tal la necesidad, tus hados tales.  
 »Empero, porque rueden tus bajeles  
 »En tu navegación ahorrando males,  
 »Y firme gozo al aferrar te quepa,  
 »Tus destinos, de hoy más, tu mente sepa.

## LXXI.

»Cosas hay que decillas Juno, es cierto,  
 »O sabellas tal vez las Parcas vedan;  
 »Mas yo entre mucho lo esencial te advierto  
 »Y anuncios doy que aprovecharte puedan.  
 »Ante todo, á esa Italia, vega y puerto  
 »Que á tu corto entender cercanos quedan,  
 »Aun de tí la separan, á fe mía,  
 »Largo espacio interpuesto y larga vía.

## LXXII.

»Y á fe que el remo blandear se vea  
 »Del mar Trinacrio y Tusco en los cristales,  
 »Y la insula de Circe, hija de Ea  
 »Visites, y los lagos infernales,  
 »Tiempo ántes que de tí fundado sea  
 »Estable muro. Agora las señales  
 »Escucha de la tierra prometida,  
 »Y en la memoria conservarlas cuida.

## LXXIII.

»Cuando oculto raudal con planta lenta  
 »Rondando fueres caviloso un día,  
 »Si allí una hembra de cerdo corpulenta  
 »Al márgen ves entre robleda umbria,  
 »Con treinta lechoncillos que alimenta,  
 »Alba, en torno á sus ubres la alba cria,  
 »Esa es la seña: allí podrás, te auguro,  
 »De afanes tantos descansar seguro.

## LXXIV.

»Ni el pronóstico tiembles de comeros  
 »Hasta las mesas: os oirá benigno  
 »Apolo, y á cumplirse los agujeros  
 »Vendrán sin daño por mejor camino.  
 »Mas de la itala costa á do con fieros  
 »Tumbos va á desbravarse el mar vecino,  
 »Huye, que todas por ahí moradas  
 »Son, de pérñidos Griegos habitadas.

## LXXV.

- »Fundada por los Locros aparece  
 »Naricio allá: con militar arreo  
 »Los campos Salentinos, que enaltece  
 »Procedente de Licto Idomeneo:  
 »Allá humilde Petilia, á quien guarnece  
 »Filoctétes, caudillo melibeo:  
 »Huye en suma y traspuestos esos mares,  
 »Grato, saltando en tierra, eleva altares.

## LXXVI.

- »El voto entónces cumplirás, la frente  
 »Cubriendo en torno de purpúreo velo,  
 »No sea que ante el fuego sacro, ardiente  
 »En honor de los Númenes del Cielo,  
 »Hostil presencia, súbito accidente  
 »Al rito dañe. Con piadoso celo  
 »Guardad esta costumbre los Troyanos;  
 »La guarden vuestros nietos más lejanos!

## LXXVII.

- »Ya que al confin te impela siciliano  
 »El viento, y de Peloro el paso estrecho  
 »Más ancho mires cuanto más cercano,  
 »Entónces rodeando largo trecho  
 »El rumbo sigue hácia la izquierda mano;  
 »Trata el siniestro lado, huye el derecho;  
 »Y vé en ese pasaje tú y pondera  
 »Cuál la avanzada edad todo lo altera.

## LXXVIII.

- »Eran en uno entrambos continentes;  
 »Mas vino el mar con ímpetu y rüina  
 »Y con sus olas separó rugientes  
 »De la sícula costa la vecina.  
 »Opónense de entónces diferentes,  
 »Y opresa en el canal la onda marina,  
 »Tal vez muros, tal vez fértil campaña,  
 »Acá y allá con sus espumas baña.

## LXXIX.

- »El paso asedian, por el diestro lado  
 »Scila, Caríbdis en la parte opuesta:  
 »Tres veces en su abismo exacerbado  
 »Las aguas con hervor se sorbe ésta,  
 »Y escúpelas al Cielo de contado;  
 »Miéntas de oscura cavidad repuesta  
 »Saca por tiempos la ancha boca aciaga  
 »Scila entre escollos y los buques traga.

## LXXX.

- »Es humano su aspecto, y peregrino  
 »Le lava un seno de mujer la ola;  
 »Monstruo en el resto osténtase marino,  
 »Vientre de lobo y de delfín la cola.  
 »Doblar prefiere el cabo de Paquino  
 »En tarda vuelta, á ver una vez sola  
 »Al encorado semipez horrendo,  
 »Con sus canes cerúleos y alto estruendo.

## LXXXI.

»Tú, si fias de Heleno, ¡hijo de Dios!  
 »Si de Apolo el oráculo obedeces  
 »Que Heleno anuncia, áun óyeme: una cosa  
 »Te intimo y te encarezco una y mil veces:  
 »Que hábil de Juno triunfes poderosa  
 »Con votos y con dones y con preces:  
 »Triunfante has de ir, porque seguro vayas  
 »Las sículas dejando, á ítalas playas.

## LXXXII.

»Verás, llegando á Cúmas, los sagrados  
 »Lagos, y Averno que entre bosques suena;  
 »Y cantando una maga ocultos hados  
 »En hueca roca, de entusiasmo llena:  
 »Nombres ésta y caracteres grabados  
 »En hojas tiene; lo que grava ordena;  
 »Y el antro aquel las misteriosas notas  
 »Guarda, cada una en su lugar, inmotas.

## LXXXIII.

»El órden luce en la mansion tranquila;  
 »Mas si gira la puerta, y cala el viento  
 »Y entre las hojas frágiles oscila,  
 »Que caducas esparce con su aliento,  
 »Ni sus versos recuerda la Sibila,  
 »Ni á adornar torna el cóncavo aposento  
 »Con las reliquias; y si ansioso vino,  
 »Maldiciente se aleja el peregrino.

## LXXXIV.

»Guarte no allí te asuste útil demora:  
 »Ten calma, aunque los tuyos te den prisa,  
 »Aunque el rumbo marcando bullidora  
 »Haga fuerza á los mástiles la brisa;  
 »Ten calma, y los oráculos implora,  
 »Acude á consultar la profetisa,  
 »Que persuadida de tus ruegos ella  
 »Cantará los semblantes de tu estrella.

## LXXXV.

»Y los pueblos, y gentes venideras  
 »De Italia te dirá, guerras futuras;  
 »Y de llevar te enseñará maneras,  
 »O tal vez de eludir fatigas duras;  
 »Caminos te abrirá, si la veneras,  
 »Y prósperas hará tus aventuras...  
 »No me es lícito más. Vé ahora, y constante,  
 »A Troya al Cielo tu virtud levante.»

## LXXXVI.

»Tonos usando de amistad suaves,  
 Así consejos dábame prudentes  
 El vate; y que llevasen á las naves  
 Mandó luégo magníficos presentes:  
 Aureos adornos los hicieran graves  
 Y de elefante elaborados dientes:  
 Y de plata riquezas amontona,  
 Y vasos nos regala de Dodona.

## LXXXVII.

»Y de triples metales fabricada  
Y de anillos de oro guarnecida,  
Una cota me da, y una celada  
Con espléndido airon enriquecida,  
De Pirro enántes armadura usada:  
Ni dones él para mi padre olvida.  
De caballos, de guías, de remeros  
Nos abastece y suministra aceros.

## LXXXVIII.

»Manda mi padre que á zarpar se a'iste  
La escuadra al espirar del fresco viento;  
Cuando el profeta á quien Apolo asiste  
Háblale así con obsequioso acento:  
«¡Anquises! ¡tú que digno hallado fuiste  
»Del tálamo de Vénus opulento!  
»Tú, objeto caro á la bondad divina,  
»Salvo dos veces de comun rüina!

## LXXXIX.

» Hé ahí del mar Italia se levanta!  
» ¡Vé arrebatarla de tu flota al vuelo!...  
» Ten; que allende, al olor de gloria tanta,  
» Ha de rondar paciente vuestro anhelo;  
» De Ausonia la region que Apolo canta,  
» Aun léjos cae. ¡Te defienda el Cielo,  
» Padre feliz por la filial ternura!  
» Basta: ¡el Austro os convida, y ya murmura.»

## XC.

»Andrómaca á su vez, bañada en lloro,  
Una ausencia eternal viendo cercana,  
Ropas presenta recamadas de oro  
Y una clámide á Ascanio da troyana;  
De ornadas telas de sutil tesoro  
Empieza á desvolver la pompa ufana,  
Y, «Guarda estas labores de mis manos,»  
Dice, excusando cumplimientos vanos:

## XCI.

» ¡Acuérdete la veste que te ciño  
» De Andrómaca el amor, de Héctor esposa!  
» ¡Postrer dón de los tuyos lleva, oh niño,  
» Tú, única imágen de mi prenda hermosa!  
» En ti me representa mi cariño  
» Sus ojos, su ademan, su habla amorosa:  
» Hoy podría vivir; hoy si viviera,  
» A par contigo florecer le viera!»

## XCII.

» ¡Yo gimiendo les daba adfoses tales:  
» ¡Oh! ¡dichosos quedad, pues la fortuna  
» Fijasteis! ¡Arrostramos temporales  
» Nosotros: vos no hendeis ola importuna  
» Ni á playas vais que os huyan desleales!  
» La paz se os concedió. De un Janto y una  
» Troya gozais que hicieron vuestras manos:  
» ¡Así auspicios la quepan más humanos!

## XCIII.

»Así los Griegos la atalayen ménos!  
 »Si al Tíbre arriba y campos comarcanos  
 »Que hace del Tíbre la corriente amenos,  
 »Y alzo el muro que espero á mis Troyanos,  
 »Lacio y Epiro, de recuerdos llenos,  
 »Sólo una Troya compondrán hermanos:  
 »Tales el Cielo cumpla nuestros votos;  
 »Tal gocén nuestros nietos más remotos!»

## XCIV.

»De allí hácia los Ceraunios, desde donde  
 Puede á Italia pasarse sin fatiga,  
 Navegámos. En tanto, el sol se esconde,  
 Y la sombra los montes cubre amiga.  
 Ya en tierra, á qué remeros corresponde  
 Velar, hacemos que la suerte diga;  
 Solaz cobramos en orilla grata,  
 Y manso el sueño nuestros miembros ata.

## XCV.

»La noche áun no mediaba su carrera  
 De las horas llevada, y Palinuro  
 Ya se alza, y á la brisa más ligera  
 Oídos tiende entre el silencio oscuro:  
 De una ojeada al rodear la esfera,  
 Ve en paz los astros declinar; ve á Arturo,  
 Y las Hiadas tristes y las Osas,  
 Y áureo con armas Orion lumbrosas.

## XCVI.

»Visto en el cielo plácidas señales,  
 Nos dió la suya de hácia el mar sonora;  
 A cuya voz movemos los reales,  
 Y velas descogemos á la hora.  
 Hendíamos los líquidos cristales;  
 Rósea los astros ahuyentó la Aurora,  
 Y al teñir de su luz los horizontes,  
 Hé aquí avistamos nebulosos montes.

## XCVII.

»Italia léjos honda aparecía;  
 «¡Italia!» Acátés exclamó el primero,  
 Y todos repitieron á porfía  
 El saludo de «¡Italia!» placentero.  
 Colma Anquises de vino, en su alegría,  
 Un alto vaso que adornó primero  
 De hojas festivas, y en la popa erguido  
 Con preces tales dominó el rúido:

## XCVIII.

«¡Oh grandes Dioses de la mar y el suelo!  
 »¡Arbitros de los vientos! Dad que aprisa  
 »Avancen nuestras naves en su vuelo;  
 »¡Merced hacednos de oportuna brisa!»  
 Y el aura, anticipándose á su anhelo,  
 Arreciaba amorosa. Se divisa  
 Cercano arrimo; y de Minerva un templo  
 En yerta cumbre descollar contemplo.

## XCIX.

»El velámen cogiendo incontinente  
Damos fondo á las proras. Arqueado  
El puerto á impulsos de oriental corriente,  
Le oculta y ciñe natural vallado.  
Yertos escollos guárdanle de frente  
Que azota encanecido el mar salado;  
Y como á entrar el leño se aproxima,  
Semeja huir la consagrada cima.

## C.

»Cuatro potros vi allí, primer agüero,  
Niveos rozando la menuda grama;  
A cuya vista, «¡Oh suelo forastero!  
»Tu hospedaje es de guerra,» Anquíses clama:  
«¡Guerras ama el corcel; nuncio es guerrero!  
»Mas también el corcel los juegos ama;  
»Tiempo há que, dócil copia, carros tira;  
»El presagio, á esta cuenta, paz respira.»

## CI.

»Pálas, la diosa de armas resonantes,  
Fué, á quien gracias rendimos, la primera  
Que allí Troyanos hospedó triunfantes:  
Con la púrpura frigia, en su ribera,  
Cubrimos ante el ara los semblantes;  
Y, lo que Heleno tanto encareciera,  
Con pompa ritüal á Juno argiva  
Hicimos sacrificio y rogativa.

## CII.

»Todo en órden cumplido, el mar convida;  
Torcemos la asta á la vestida entena,  
Y la costa dejamos, por guarida  
De aleves Griegos, de asechanzas llena.  
El golfo de Tarento vi en seguida;  
Fundo de Hércules ya, si no condena  
La verdad á la fama. Preeminente,  
Sacra Lacinia se aparece en frente.

## CIII.

»Y ya asoma Caulonia, y Scilaceo  
Que náufraga infamó reliquia tanta;  
Y ya el sículo Etna léjos veo  
Que, al parecer, de la onda se levanta;  
Y oigo roto en la playa el clamoreo  
Del mar que en peñas su furor quebranta;  
Enriscase la espuma, y el arena  
Arrebatada en remolino suena.

## CIV.

»Y mi padre gritaba: «Ésta es, sin duda,  
»Caribdis abismosa, y éstos, éstos  
»Los arrecifes, jamenaza aguda!  
»Que Heleno ya nos anunció funestos.  
»¡Ea! cada uno con el remo acuda  
»Tanto riesgo á evitar!» Acuden prestos;  
Palinuro, el primero, á izquierda vira,  
Y gimiendo la proa en la onda gira.

## CV.

»Y todos, á poder de brazo y viento,  
 Á izquierda tuercen. Súbita oleada  
 Acércanos, erguida, al firmamento,  
 Y luégo á los abismos, aplanada.  
 Se oye tres veces el hervor violento  
 De la ríscosa cóncava morada,  
 Y tres veces la espuma se alborota,  
 Y una pluma del agua el aire azota.

## CVI.

»El sol ya declinaba hácia su ocaso,  
 El aura tenue falleciendo iba,  
 É incierto el rumbo y el aliento escaso,  
 Dimos de los Ciclopes en la riba.  
 Sereno el puerto se dilata, y paso  
 Niega á asaltos del mar la rada esquiva;  
 Mas no léjos de allí con torva saña  
 Etna ruge atronando la campaña.

## CVII.

»Ya pez negra y cenizas albicantes  
 Etna, en turbion de nubes, fuera bota,  
 Y en globos que carcomen vacilantes  
 El brillo sideral, incendios brota;  
 Ya peñascos alanza fulminantes,  
 Toscos fragmentos de su entráña rota,  
 Y lava arracimada, á són de trueno,  
 Y sordo hierve el cavernoso seno.

## CVIII.

»Del rayo á médias calcinado, es fama  
 Que Encélado padece en la honda sima:  
 Deja á veces por grietas ver la llama  
 Etna descomunal sentado encima;  
 Y cuando, preso en la insufrible cama,  
 A ladearse el réprobo se anima,  
 Trinacria toda retemblar parece,  
 Y envuelto en humo el Cielo se oscurece.

## CIX.

»Sobrecogidos de pavor pasámos  
 La noche bajo amago tan tremendo,  
 En hueca selva de tejidos ramos,  
 Ignorantes la causa del estruendo;  
 Que ni brillar un astro divisamos,  
 Ni el éter nos bañó, su luz cerniendo,  
 Mas la noche con sombras importuna  
 En triste nimbo arrebozó la luna.

## CX.

»Ya se alzaba á anunciar un nuevo día  
 El matinal lucero en oriente,  
 Y ahuyentando tras él la niebla fría  
 Risueña el alba coloró el ambiente;  
 Cuando un bulto que humano parecia,  
 Cadavérico aspecto, aire doliente,  
 Saliendo de los bosques más cercanos,  
 Tiende á la playa las inermes manos.

## CXI.

»Faz de dolor y gesto de gemido,  
Ostentaba su rostro extenuado:  
Grifos su barba; andrajos su vestido,  
Con espinas sujeto de pescado.  
Vuelta, el caso cruel mi gente vido,  
Y quedó absorta. En lo demás, soldado  
Haber sido de aquellos parecía  
Que envió Grecia contra Troya un día.

## CXII.

»Él, como arreos columbró troyanos,  
Paróse, dando de terror señales;  
Vuela luego á la orilla, y en insanos  
Lloros prorumpe y en palabras tales:  
«Por los Dioses del Cielo soberanos,  
»Por esta santa luz y auras vitales,  
»Oid, hijos de Troya, mi gemido:  
»Arrancadme á esta playa; es cuanto pido!

## CXIII.

»Yo la verdad confesaré de grado:  
»Griego hice ya contra Ilión campaña:  
»Si perdon no os merece mi pecado,  
»Fin poner presto á adversidad tamaña.  
»¡Ea! ¡heridme, matadme; destrozado  
»Al mar lanzadme á sosegar su saña!  
»Pues del hado el rigor quiere que muera,  
»A manos de hombres moriré si quiera.»

## CXIV.

»Habla, y nuestras rodillas adherido  
Abraza, de rodillas derribado:  
Movémosle á que diga su apellido,  
Su linaje, y mudanzas de su estado.  
Calló breves momentos, y dolido  
Mi padre Anquises, con benigno agrado  
La diestra ilustre tiende al magro jóven,  
Y añade muestras que el temor le roben.

## CXV.

«Yo Aqueménides soy,» dijo sincero  
El afan serenando que le aterra:  
«Fuí del mísero Ulises compañero,  
»A Itaca tuve por nativa tierra.  
»Mi padre, escasa el arca de dinero,  
»Me aventuró á los lances de la guerra:  
»Llamábase Adamasto. ¡Ah, siempre el hado  
»Me mantuviese de mi padre al lado!

## CXVI.

»Mientras huir de esta ímpia costa emprende  
»Hé aquí mi gente me dejó en olvido,  
»En un antro que lóbrego se extiende  
»De manjares sangrientos esparcido:  
»El antro de un Ciclope. El monstruo hiende  
»(Oh, qué monstruo cien veces maldecido!)  
»Las nubes, si la frente alza espantosa;  
»Y nadie hablarle ni áun mirarle osa.

## CXVII.

»Crudos devora á cuantos tristes caza.  
 »Tendido en medio al antro donde espía,  
 »Con la mano feroz con que atenaza  
 »Asir dos de los nuestros vile un día:  
 »A golpe en un peñon los despedaza;  
 »El umbral de la sangre se mecia;  
 »Vi humor los miembros destilar, y ardiente  
 »Tremar la carne al dar diente con diente.

## CXVIII.

»No tal Ulises soportó; ni en ese  
 »Trance á su fama desmintió su pecho;  
 »Mas aguardó á que el monstruo se rindiese  
 »De manjares y vino satisfecho:  
 »Rindióse al fin, doblando el cuello, y fuése  
 »Adurmiendo en la cueva, su amplio lecho;  
 »Y su boca brotaba entre rumores,  
 »Trozos de vianda, y de licor vapores.

## CXIX.

»Á los Dioses llamando en nuestra ayuda,  
 »Sorteado el peligro, á un mismo instante  
 »Corremos en redor, y una asta aguda  
 »Clavamos en el ojo del gigante:  
 »Ojo, al metal que á Argivos combo escuda,  
 »O al gran disco de Febo semejante;  
 »Ojo único, bajo hosca ruga oculto;—  
 »Y así vengámos su brutal insulto.

## CXX.

»¡Huid, tristes, huid! todo os conjura!  
 »Cortad los cables sin perder momento;  
 »Pues como ese, que agora por ventura  
 »Ordeña, consolando su tormento,  
 »Su grey lañosa en su caverna oscura,  
 »Como ese horrendo Polifemo, hay ciento,  
 »Y en magna procesion la prole infanda  
 »Ronda esta costa, y por los montes anda.

## CXXI.

»Ya por tercera vez brillar he visto  
 »Las fases de la luna renovadas,  
 »Desde que en esta soledad existo  
 »Y á las fieras dísputo sus moradas.  
 »Cauto los monstruos de una peña avisto.  
 »Y su voz tiemblo y tiemblo sus pisadas;  
 »Y zonzas nutren mi existencia acerba  
 »Silvestres bayas y arrancada hierba.

## CXXII.

»Vi llegar vuestra flota á esta ribera,  
 »Mientras miradas de ansiedad dirijo  
 »Cuan léjos logro; y fuese lo que fuera,  
 »Palpitando volé de regocijo.  
 »Ya, ya estoy libre de esta raza fiera:  
 »¡Ahora matadme si quereis!» Tal dijo;  
 Y ya un bulto, aún no bien de hablar acaba,  
 En los vecinos montes descollaba.

## CXXIII.

»Obeso Polifemo se movía  
 En medio del lanigero ganado,  
 Y á la usada ribera el paso guiá:  
 ¡Gran monstruo, informe, atroz, de luz privado!  
 Hácenle sus ovejas compañía,  
 Consuelo solo de su adverso estado,  
 Sírvete de baston desnudo un pino,  
 Y con resuelto pié cata el camino.

## CXXIV.

»Llega á la playa de su ruta al cabo;  
 Y al mar entrando, con sus ondas lava  
 Del ojo, herido del ardiente clavo,  
 La sangre que grumosa chorreaba.  
 Crujir los dientes le hace el dolor bravo  
 Que el mal renueva y el enojo agrava;  
 Y más y más se interna en la agua, y ésta  
 Le moja apenas la cintura enhiesta.

## CXXV.

»Temblando, y á par nuestro recibido  
 El que, eso visto, la verdad decía,  
 Las amarras soltamos sin ruido,  
 Y el mar los remos barren á porfía.  
 Sintió el gigante, y se volvió al sonido;  
 Mas vió que con el brazo no podía  
 Tocarnos ya, ni competir tampoco  
 Con las jónicas ondas, de ira loco.

## CXXVI.

»Gimió entónces: el ponto se estremecó  
 Al inmenso clamor, el viento zumba;  
 Italia toda retemblar parece;  
 Etna en sus hornos cóncavos retumba.  
 Y de montes y selvas se aparece,  
 Al són de alarma, la feroz balumba  
 De los otros Ciclopes, que se ordenan  
 En largas filas, y las playas llenan.

## CXXVII.

»Yo los vi, yo, los éteos hermanos,  
 En pié, con sendos ojos imponentes,  
 ¡Junta horrenda! mirándonos insanos,  
 Al cielo alzadas las soberbias frentes.  
 Tales inmoble ostentan los ancianos  
 Cipreses y los robles eminentes  
 Cima piramidal ó copa vana,  
 En los bosques de Jove ó de Diana.

## CXXVIII.

»Con el vivo temor que nos aguija,  
 Al sacudir el cable, al dar la vela,  
 Torcemos á do el viento nos dirija,  
 Y á do el viento sopló, la nave vuela.  
 Mas porque no el azote nos afija  
 Entre Scila y Caribdis, que revela  
 La voz de Heleno, que á evitarlo exhorta,  
 Volver y el rumbo enderezar importa.

## CXXIX

»Bóreas en tanto de la estrecha boca  
De Peloro enviado, nos ampara.  
El Pantágias pasamos, que entre roca  
Viva desagua; el seno de Megara,  
Y Tapso humilde. Nuestra quilla toca  
En sitios que Aqueménides declara;  
Que en rumbo inverso los corrió primero,  
Ya del mísero Ulises compañero.

## CXXX.

»Hay en el golfo siciliano, en frente  
Del undoso Plemirio, una isla bella,  
Y quiso ya la primitiva gente  
Con el nombre de Ortigia noble hacella.  
Fama es que Alfeo de Élide, latente  
Vino y errante bajo el mar á ella;  
Y ya unido, Aretusa! á tus raudales  
Vuela ufano á los sículos cristales.

## CXXXI.

»Habiendo allí los Númenes honrado,  
Y el campo atras dejado peregrino  
Que el Helero fecunda remansado,  
Los salientes peñascos de Paquino  
Raemos. Léjos aparece el vado  
Que un Dios vedó moviesen Camarino;  
Y el gran pueblo de Gela, y su campaña,  
A quien dió nombre el río que lo baña.

## CXXXII.

»Tierra de nobles potros afamada,  
Acragas en seguida se presenta,  
Y de léjos fijó nuestra mirada  
El ancho muro de que está opulenta.  
Selinos, la de palmas coronada,  
Ya atras te quedas: la onda fraudulenta  
Del rocalloso Lilibeo corto,  
Y á Drépano ¡ay, llorosa playa! aporto.

## CXXXIII.

»Tras tanto afan, en extranjero suelo,  
El hado á Anquíses me robó tirano;  
Era en mis penas mi único consuelo,  
Él daba aliento á mi cansada mano.  
¡Oh padre bondadoso! ¡oh acerbo duelo!  
¡De cuántos riesgos escapaste en vano!  
No me anunció, entre tanto mal, Héleno  
Desgracia tal, ni la cruel Celeno!

## CXXXIV.

»Meta de viajes, causa de gemidos  
En Drépano encontré. De ahí del viento  
Vinimos por el piélago impelidos,  
Merced de un Dios, á vuestro ilustre asiento.»—  
Tal sucesos del Cielo dirigidos  
Narraba el héroe al auditorio atento,  
Contratiempos, errores y peleas:  
Galló, en fin, y descanso tomó Enéas.

## LIBRO CUARTO.

## I.

Herida en breve de dolencia aciaga,  
 Pábulo da la Reina en cada hora  
 Al placer mismo de enconar la llaga,  
 Y de fuego secreto se devora:  
 Del héroe, su valor, su alcurnia, halaga  
 El pensamiento, y de su voz sonora  
 El eco, y de su faz guarda el trasunto;  
 Y tregua el vivo afán no sufre un punto.

## II.

Húmida el alba sonrió, y el día  
 Con luz roja entre nieblas despuntaba,  
 Cuando á su amante hermana el paso guía  
 Dido, y con ella así coloquio traba:  
 «¿Qué sueño tentador, querida mía,  
 El sueño fué que de agitarme acaba?  
 Mas este huésped que tenemos, dime,  
 ¿Cuál corazón habrá que no le estime?

## III.

«¿Qué brío á su alma y brazo no acompaña?  
 ¡Cuál se pinta en su frente su destino!  
 Yo, si mis ojos la ilusión no engaña,  
 Que descende de Dioses adivino;  
 Pues torpe miedo que el semblante empaña,  
 Siempre delata al corazón mezquino;  
 Y él, tras tanto conflicto y prueba tanta,  
 ¡Qué de combates concluidos canta!

## IV.

«Eterno, irrevocable es mi desvío  
 De un nuevo enlace al criminal deseo;  
 Que mi esperanza en flor y el amor mío  
 Yacen con las cenizas de Siqueo.  
 Mas si á mis ojos sin fulgor sombrío  
 Pudiese arder la antorcha de Himeneo,  
 Sólo de este héroe la gentil presencia  
 Capaz fuera á vencer mi resistencia.

## V.

«Confesártelo quiero: desde el día  
 Que el doméstico altar fué enrojecido  
 Por la venganza del hermano impía  
 Con la inocente sangre del marido,  
 Sólo aqueste extranjero á simpatía  
 Ha logrado moverme, y su latido  
 Volver al corazón, que ya se inflama;  
 El calor siento de la extinta llama.

## VI.

»Mas hiéndase y sepúlteme en su seno  
La tierra; el padre del Olimpo santo  
Me precipite al retumbar del trueno  
En la mansion de noche eterna y llanto,  
Si es ¡oh pudor! que mi deber no lleno,  
Si tu sagrado código quebranto.  
Pues de todo mi amor hice á él promesa,  
Amar debo su sombra, honrar su huesa!»

## VII.

Dice; y baña en sus lágrimas, vencida,  
El seno amigo. Respondióle Ana:  
«Tú, á quien más amo que mi propia vida,  
Qué, ¿pasarás la juventud lozana  
Sin coger flores con que amor convida,  
Sin lograr frutos de que amor se ufana?  
¿Piensas que de los vivos los cuidados  
Van el sueño á inquietar de los finados?»

## VIII.

»Fuese así, ¿qué les debes? No hubo amante,  
Ni hoy en esta nacion, ni ántes en Tiro,  
Que tu pecho ablandase de diamante:  
Á Yárbas desdeñaste, y el suspiro  
De tantos de que al África arrogante,  
Claros guerreros, alabarse miro.  
¿Mas á tu amor y utilidad te opones?  
Oye á ese amor y mira á estas regiones.

## IX.

»Las gétulas ciudades aguerridas  
De una parte amenazan al Estado;  
Ves allá los indómitos Numidas,  
La Sirte inhospital: por otro lado  
Los Barceos errantes y homicidas,  
El árido desierto y abrasado;  
¿Y lo que ha de venir de Tiro sabes?  
¿Qué, si el airado hermano apresta naves?»

## X.

»Fué de los Dioses voluntad, no dudo,  
Favor de Juno, que en tu bien se esmera,  
Que frigios buques tras embate rudo  
Saludasen al fin nuestra ribera.  
¿Qué no promete tan dichoso nudo?  
Con la troyana juventud guerrera  
¿Cuánto en gloria y poder la patria gana!  
¿Qué gran nacion la que verás mañana!

## XI.

»En tanto á la Deidad en los altares  
Inclina en tu favor con sacrificios,  
Mientras al extranjero en tus hogares  
Obligas con benévolos oficios.  
Causas proponle de aguardar: los mares  
Agitados de vientos impropicios,  
La flota inhábil para alzar el vuelo,  
El pluvioso Orion y ambiguo el cielo.»

## XII.

Ana habló así; y el reprimido fuego  
Torna de Dido en llamas encendidas,  
Y en esperanzas del amor más ciego  
Las tímideces de pudor nacidas.  
Juntas, altares visitando, el ruego  
Cantan de paz, y ovejas escogidas  
Ofrecen, según rito, á Febo, á Céres  
Que leyes da, y al Dios de los placeres

## XIII.

Más que á todos á Juno, la que enlaza  
Cuellos de amantes con feliz cadena,  
La Reina acude, y si ofrecerle traza  
Blanca novilla, que inmolar ordena,  
Entre uno y otro cuerno ella la taza  
De sagrado licor derrama llena;  
Y si, ornado el altar, favores pide,  
La sacra ceremonia ella preside.

## XIV.

Torna á iniciar con cada nueva aurora  
Nueva fiesta. Con labios anhelantes  
Su destino en las víctimas explora  
Consultando las fibras palpitantes.  
La ciencia del augur ¡oh cuánto ignora!  
Ni ¿cuál rito sanó pechos amantes?  
Consumo fuego halagador la vida,  
Fresca recata el corazón su herida.

## XV.

Tal la Reina abrasada incierta gira:  
Así también en la selvosa Creta  
Algún vago pastor de lejos tira  
A cierva incauta rápida saeta;  
El, que clavó el arpon tal vez no mira;  
Ella en bosques y valles huye inquieta,  
Y en vano huyendo de librarse trata,  
Que va con ella el dardo que la mata.

## XVI.

Y ya á Enéas á ver los muros guía  
Y primores le enseña por do viene;  
Empezados proyectos le confía,  
Va á hablar tal vez, y al pronto se detiene;  
O ya en festines, en cayendo el día,  
Con preguntas, cual ántes, le entretiene;  
Que lances torne á referir le agrada,  
Y torna á oírle, de su voz colgada.

## XVII.

También á veces la infeliz, hallando  
El semblante del héroe en su semblante,  
Estrecha á Ascanio contra el seno blando,  
Por si engañado Amor duerme un instante.  
Y cuando todos se retiran, cuando  
Su móvil faz, á trechos radiante,  
Con velo funeral cubre la luna  
Y se hunden las estrellas una á una;

## XVIII.

Cuando todo á los vivos aconseja  
Tomar descanso, en la desierta sala  
Pasea sus congojas, y honda queja,  
Consigo á solas, de su pecho exhala;  
Ó en el lecho tal vez caer se deja  
Que ocupó en el festin, y se regala  
Con el amado, que al amado ausente  
Presente le ve allí; le oye, le siente.

## XIX.

Suspensa en tanto la comun tarea,  
Ni en ejercicios de armas se solaza  
La juventud, ni en concluir se emplea  
Nadie ya el puerto, ni en murar la plaza:  
No se alza más la torre gigantea;  
Inconcluso, ruinas amenaza  
Todo el muro, y la máquina que osa  
Hasta el cielo empinarse, asombra ociosa.

## XX.

La hija de Saturno, la que al lado  
Reina de Jove, ha visto á la infelice;  
Ve que al amor inmola ya el cuidado  
De su fama, y á Vénus llega, y dice:  
«Rica presa hijo y madre habeis logrado:  
Que una mujer la planta en red deslice  
Que dos Dioses le armaron de concierto.  
¡Es gran conquista y memorable, cierto!

## XXI.

»Mal pudiera ignorar que sospechosas  
Tú de Cartago las mansiones hallas;  
Yo sé que en tus recelos no reposas  
Cuando ves de Cartago las murallas.  
Mas ¿no habrá fin á tan acerbas cosas?  
¿Siempre hemos de reñir duras batallas?  
Justo es ya que finquemos, si te place,  
Eterna paz en venturoso enlace.

## XXII.

»Cuanto pudo halagar tu fantasía,  
Todo lo tienes á sabor cumplido:  
Dido muere de amor: la llama impía  
Cala y consume el corazon de Dido.  
Que esta nacion rijamos tuya y mia  
Con igual potestad, es lo que pido:  
Dido al Troyano obedecer se vea;  
Dote fiada á ti Cartago sea.»

## XXIII.

Vénus, cual si no hubiese en sus razones  
La mira penetrado traicionera  
De llevar á las líbicas regiones  
El reinado feliz que á Italia espera,  
«Acojo,» respondió «lo que propones;  
Que en vez de ello altercar, demencia fuera:  
Falta sólo que el vínculo que dices  
Efectos logre, cual prevés, felices.

## XXIV.

»Yo, yo temo del Hado los arcanos;  
Ni decir sé si Júpiter se paga  
De que, uniéndose Tirios y Troyanos,  
Solo un pueblo la unión de entrambos haga.  
Mas tú los pensamientos soberanos  
Del mismo Jove suplicante indaga;  
Que es derecho de esposa; y de consuno  
Obraremos despues.» Respondió Juno:

## XXV.

«Fíalo á mi prudencia, que lo aplaza  
Para su tiempo. A lo que está primero  
Por el pronto atendamos: con qué traza  
Lograremos el fin, decirte quiero.  
Salir han concertado al monte á caza  
Dido y Enéas: que saldrán espero  
Cuando el sol tienda desde la alta cumbre  
Los primeros destellos de su lumbré.

## XXVI.

»Yo, en viendo las garzotas de colores  
Agitarse, y que empiezan la espesura  
Con cuerdas á ceñir los cazadores,  
Recia borrasca moveré en la altura,  
El cielo en torno asordaré á rumores,  
Granizo lanzaré de nube oscura;  
Dispersos correrán, y á todos lados  
Con ciega sombra toparán cerrados.

## XXVII.

»Dido y el Rey de la troyana gente  
En una gruta entónces á deseo  
Reparo buscarán: seré presente,  
Y haré, si tu favor cordial poseo,  
Que á consorcio se obliguen permanente,  
Y el juramento seílará Himeneo.»  
Tal su ardid Juno expone á Vénus; y ésta  
Sonrisa de adhesion dió por respuesta.

## XXVIII.

Aurora en tanto de la mar salía  
Hermosa: y redes ya de claros hilos  
La alegre multitud trae á porfía,  
Y lonas, y venablos de anchos filos:  
A la vez llegan con sagaz jauría  
A caballo los ágiles Masilos;  
Y á Dido, que en la régia alcoba áun tarda,  
Region florida en el umbral aguarda.

## XXIX.

Soberbio de oro y grana, el campo huella,  
Y espumoso un bridon tasca el bocado:  
Ya ella sale á montarle, y va con ella  
El juvenil cortejo alborozado.  
Su clámide purpúrea franja bella  
Pinta; es áureo el carcaj que lleva al lado;  
La veste ciñe en áureo broche; en oro  
Coge de sus cabellos el tesoro.

## XXX.

Asoma ya la juventud troyana;  
 Gozoso llega Ascanio, Enéas llega  
 Radiante de hermosura soberana,  
 Y las bandas, cual príncipe, congrega.  
 No en gentileza ó majestad le gana  
 Apolo, cuando hurtándose á la vega  
 Del Janto, ó á la Licia envuelta en hielos,  
 Fiestas instaure en la materna Délos:

## XXXI.

Honran al Dios, su altar ciñendo santo,  
 Y Cretenses y Dríopes en coro,  
 Y abigarrados Agatirsos, canto  
 Mezclando y danzas en tropel sonoro;  
 El de Cinto en las cumbres vaga en tanto;  
 Orna el suelto cabello, á par del oro,  
 Con tiernas hojas de gentil guirnalda,  
 Y los dardos retiemblan á la espalda.

## XXXII.

Cuando al monte llegaron y al sagrado  
 De hojosos laberintos, á deshora  
 Del risco descolgándose empinado  
 Ven la silvestre cabra trepadora.  
 Mueve á los ciervos súbito cuidado,  
 Y la manada al campo voladora  
 Cruza; nube de polvo en torno crece,  
 Y los montes dejando, desaparece.

## XXXIII.

Ascanio revolviendo va á doquiera  
 Su brioso caballo por el llano,  
 Y ya á los unos en veloz carrera,  
 Ora á los otros se adelanta ufano.  
 Entre inermes rebaños, aplaudiera  
 Un jabalí espumoso haber á mano,  
 Y ruega que del áspero bosque  
 Algun rojo leon al campo baje.

## XXXIV.

Hé aquí el cielo amenaza, óyense truenos,  
 Sigue granizo y tempestad oscura;  
 Y, Tirios y Troyanos de atan llenos,  
 Cada cual por su lado huir procura:  
 Ni de Vénus al nieto acosa ménos  
 El cielo: albergues van por la llanura  
 Buscando: de las sierras eminentes  
 Se despeñan las aguas á torrentes.

## XXXV.

Iba el troyano capitán con Dido,  
 Y á una gruta se acogen á deseo:  
 Presagia la alma Tierra con ruido,  
 Y Juno, al rito atenta, el himeneo:  
 El cielo en los misterios instruido,  
 Alumbró con siniestro centelleo;  
 Las Ninfas á que el monte da moradas,  
 Gimieron en las cumbres elevadas.

## XXXVI.

¡Oh raíz de infortunio, hora funesta!  
 No alimenta en su amor furtiva llama  
 La Reina ya, ni miramiento presta  
 A lo que honor ó la opinion reclama:  
 Por velo da á su culpa manifiesta  
 Nombre de matrimonio. Y ya la Fama  
 Por cuantas villas Africa numera  
 Canta con voz los hechos pregonera.

## XXXVII.

Fama aquella malvada se apellida  
 Que es veloz como igual no ha visto el cielo;  
 En su movilidad está su vida,  
 Y le crecen las fuerzas con el vuelo:  
 En los primeros pasos va encogida;  
 Luégo se alza ambiciosa: por el suelo  
 Humildemente rateando empieza;  
 Luégo esconde en las nubes la cabeza.

## XXXVIII.

Llena de ardor contra los Dioses, creo,  
 La Tierra hubo á la Fama hija postrera,  
 Póstuma hermana á Encélado y á Ceo,  
 Agil de miembros y de piés ligera.  
 Cuantas plumas, enorme monstruo y feo,  
 Ciñendo al cuerpo va, ¿quién tal creyera?  
 Tantos debajo oculta ojos despiertos,  
 Tantas bocas y oídos siempre abiertos.

## XXXIX.

Estridente en la sombra mueve el ala  
 De noche, y entre tierra y cielo vuela;  
 Nunca el sueño sus párpados regala!  
 De día, misterioso centinela,  
 En techo ó torre altísima se instala,  
 Y asombro dando á las ciudades, vela,  
 Y con ardor igual, doquier que gira,  
 Divulga la verdad y la mentira.

## XL.

Lo mismo ahora, ufana, diligente,  
 Mezcla verdades y ficciones vanas,  
 Y esparciéndolas vuela entre la gente  
 Corriendo las provincias comarcanas:  
 Que ha arribado, de Troya procedente,  
 Enéas á las playas africanas;  
 Que le acoge, y consiente en ser su esposa,  
 La soberana de Cartago hermosa;

## XLI.

Más: que olvidando públicos cuidados,  
 En la red del placer entretenidos,  
 Gozan los días del invierno helados,  
 Por amor, lo que duren, encendidos:  
 La ímpia Diosa por campos y poblados  
 Va esto poniendo en bocas y en oídos,  
 Y al rey Yárbas torciendo, llega en breve,  
 Le inflama el alma, y á furor le mueve.

## XLII.

Robó á la ninfa Garamanta un día  
 Jove Amón; de éstos hijo Yárbas era;  
 El cual cien templos dedicado habia,  
 En los vastos dominios en que impera,  
 A su padre, y cien aras, donde ardia  
 Velador fuego que morir no espera:  
 El suelo en sangre victimas coloran;  
 Tiernas guirnaldas el dintel decoran.

## XLIII.

El rumor revolviendo que le aquea  
 Yárbas allí, entre estatuas tutelares,  
 Gime alzando las palmas; ni se aleja  
 Sin fatigar con ruegos los altares:  
 «¡Oh Jove omnipotente, á quien festeja  
 Con obsequios del Dios de los lagares  
 La gente maura en recamados lechos!  
 ¿Ves, di, la iniquidad de humanos pechos?

## XLIV.

«¿Ves? ¿Ó cuando á las nubes rompe el seno  
 El fuego, y tiembla el hombre, asombro es vano?  
 ¿No es voz de tu furor el ronco trueno?  
 ¿Ciegos salen los rayos de tu mano?  
 Vino aquí errante una mujer: terreno  
 Compró para ciudad pequeña: un llano  
 La di que cultivado la abastase;  
 A su dominacion yo eché la base.

## XLV.

»Y ella ayer desechóme por marido;  
 ¡Ah! ¡y ella un huésped hoy sienta á su lado!  
 Y éste que unge el cabello y va servido  
 De eunucos, nuevo Páris, y el tocado  
 Meonio ciñe, en vergonzoso olvido,  
 Gozando libre está de un bien robado;  
 ¡Y yo, que en darte culto no reposo,  
 Llevo infeliz renombre de dichoso!»

## XLVI.

Tal, asido al altar, Yárbas gemia;  
 Y oyendo el Padre su clamor prolijo  
 Vió la copia de amantes que yacia  
 En torpes lazos, y á Mercurio dijo:  
 «Óyeme, y cruza la region vacía;  
 Los céfiros te ayuden, vuela, hijo;  
 Vé al Rey troyano que en Cartago olvida  
 Mansiones do Fortuna le convida.

## XLVII.

»¡Que no así, le dirás, su madre hermosa  
 Me le ofreció; ni para fin tan triste,  
 Cuando la muerte entre la lid le acosa,  
 Una vez y otra á remediarle asiste;  
 Mas para que su raza gloriosa  
 Restaure, y éntre á Italia, y la conquiste  
 Henchida de poder, hirviendo en guerra,  
 Y leyes dicte al orbe de la tierra!

## XLVIII.

»Que si no le da impulsos la memoria  
De sus altos destinos, ni se afana  
Por ceñirse el laurel de la victoria,  
Débele á Ascanio la ciudad romana.  
¿Y querrá á un hijo defraudar su gloria?  
¿Ó qué entre gente á su mision profana  
Proyecta? ¿Por lo suyo no suspira?  
¿Ni allá los campos de Lavinio mira?

## XLIX.

»Tú vé; íntimale, pues, mi mandamiento;  
Yo mando, en conclusion, se haga á la vela!  
Dijo; á su voz el mensajero atento,  
Cumplir el cargo presuroso anhela;  
Y la sandalia calza en el momento,  
La áurea sandalia con que alado vuela  
Cual soplo de los céfiros, lo mismo  
Sobre la tierra y sobre undoso abismo.

## L.

Cobra en seguida el Dios su caduceo:  
Con él las sombras pálidas evoca  
Que yacen en el Orco, y al Leteo  
Lleva tambien las ánimas: provoca  
Y disipa los sueños á deseo;  
Los mustios ojos abre si los toca:  
Con él nublados trata, auras domina;  
Y ya volando á Atlante se avecina.

## LI.

El cual con pinos hórrida levanta,  
Y de hoscas nubes guarnecida ostenta  
Su anciana frente, estriba en firme planta,  
Y el alto cielo sobre sí sustenta:  
Nieve arropa sus hombros; se quebranta  
En sus flancos rugiendo la tormenta,  
Y á trechos en arroyos se desliza  
El bronco hielo que su barba eriza.

## LII.

Allí el cilenio Dios descanso toma;  
Paz da á las alas que al igual batia,  
Y luego al mar con fuerza se desploma;  
Y cual ave que al pez la gruta espía  
Y en las playas, rasando el alga, asoma,  
Tal á las costas libicas venía,  
Distante en breve del materno abuelo,  
Entre agua y tierra el Dios á salto y vuelo.

## LIII.

No bien chozas tocó su planta alada,  
Muros trazando y casas al caudillo  
Troyano ve, cuya ceñida espada  
Puntas de jaspe esmaltan de amarillo,  
Y á quien clámide en púrpura bañada  
Los hombros cubre con ardiente brillo:  
Obsequios de la rica soberana  
Que con oro sutil bordó la grana.

## LIV.

Fué uno verle y ponérsele delante:  
 ¿Tú á echar las bases de Cartago atento?  
 ¿Tú ornando esta ciudad, postrado amante?  
 ¿Tú de tus hados sordo al llamamiento:  
 Pues dime—que de Olimpo radiante  
 Me envía á tí por sobre el raudó tiento  
 El que el mundo gobierna y las esferas—  
 ¿Qué es lo que en Libia descuidado esperas?

## LV.

»Que si no te da impulsos la memoria  
 De tus altos destinos, ni te afanas  
 Por ceñirte el laurel de la victoria,  
 Mira á Ascanio crecer: las italianas  
 Comarcas son su herencia; allí su gloria.  
 ¿De un hijo harás las esperanzas vanas?...»  
 Calló, y la vista deslumbrada deja,  
 Y cual sombra en el aire huye y se aleja.

## LVI.

Quedó Enéas absorto, hispido el pelo,  
 Hecha un nudo la voz en la garganta.  
 Ya en dejar piensa aquel amado suelo,  
 Que la divina inspiracion le espanta.  
 Mas ¡duro trance! ¡amargo desconsuelo!  
 ¡Ir á anunciar que el áncora levanta  
 A aquella que por él de amor fallece!...  
 Cómo, no sabe, ni por dónde empiece.

## LVII.

Propónese mil cosas, y cuan presto  
 Se fija en una, á esotra vuelve en tanto;  
 Vacila: al fin resuelve, y á Sergesto  
 Y á Mnesteo convoca, y á Cloanto:  
 Que hagan, les manda, sin rumor apresto  
 De embarcaciones; que su gente á canto  
 Reunan de zarpar; armas prevengan,  
 Y sus intentos bajo sello tengan.

## LVIII.

Que él entre tanto con mesura y tiento—  
 Pues la espléndida Dido nada sabe,  
 Ni espera que en eterno alejamiento  
 Aquel tan grande amor tan presto acabe—  
 Para hablarle, buscando irá momento  
 El más propicio, y modo el más suave:  
 Esta es su voluntad. Todos aprueban,  
 Y alegres el mandato á cabo llevan.

## LIX.

¿Cómo engañar á un corazón que ama?  
 Ella todo lo sabe, lo adivina;  
 Fué quien primero descubrió la trama,  
 Y, aún en horas serenas, de rüina  
 Amagos presintió. ¿Qué más? La Fama  
 Sus ocultos recelos amotina,  
 Maligna susurrando que aparejan  
 Naves los Teucros; que á Cartago dejan.

## LX.

Fuera de tino la soberbia amante  
Corre por la ciudad, como se agita  
En las órgias solemnnes la bacante  
Cuando oye en torno la vinosa grita,  
Y los tírsos descubre, y resonante  
A sus misterios Citeron la invita:  
Tal va la Reina, y tal sin más recato  
Vuela á afrentar al amador ingrato.

## LXI.

«Disimular ¡oh pérfido! esperaste  
Tu malvada intención, tu felonía?  
¿Y tu nave en mi puerto imaginaste  
Que en silencio las velas soltaria?  
¿Cosa no habrá que á disuadirte baste?  
¿Ni mi amor, ni la fe jurada un día?  
¿Ni reparar en Dido sin ventura,  
Que por ti morirá de muerte dura?

## LXII.

»Y que en lo crudo de hibernales meses  
Quieras de presto aderezar tu flota!  
¿Que tanto en levar ferro te intereses  
Cuando más Aquilon la espuma azotal  
Díme, cruel, si en lejanía vieses  
No extraños campos, no ciudad ignota,  
Mas renaciente á Troya, ¿á tus hogares  
Cruzando irias procelosos mares?

## LXIII.

»¡Huyes de mí! Mas nuestra union te pido  
Que recuerdes; y este único tesoro  
Que reservé, mi corazón herido,  
Mírale aquí, y las lágrimas que lloro!  
Si algo te merecí, si hallaste en Dido  
Algo de amable, tu clemencia imploro!  
¿Mi trono hundirse ves sin sentimiento?  
¡Ah! ¡si aún vale rogar, muéstrame intento!

## LXIV.

»Nómades reyes, gentes confinantes  
Me odian por tí; mi pueblo me desama;  
Por tí inmolé el pudor, y la que ántes  
Me alzaba á las estrellas, limpia fama.  
¡Oh huésped! en mis últimos instantes  
Me abandonas; y ¿á quién? Mi voz te llama  
Huésped; fuiste mi esposo. Mas ¿qué tardos  
¿Al extranjero ó al hermano aguardo?

## LXV.

»¿Yárbas feroz, que mi persona aprese?  
¿Pigmalión, que mi nación arrase?  
¡Oh! ¡si ántes de esa fuga al ménos de ese  
Amor alguna prenda me que dase:  
Un tierno Enéas que en mi hogar corriese,  
Que en su rostro infantil tu faz copiase!  
No tan desamparada me vería;  
No fuera tan cruel tu acción impía!»

## LXVI.

Él, que de Jove, mientras ella hablaba,  
 Guarda en su mente el mandamiento impreso,  
 Fijos los ojos en el suelo clava,  
 Mudo resiste del dolor al peso.  
 «Mi gratitud tu esplendidez alaba,»  
 Esto al fin dijo apenas; «y confieso  
 Que si arguyes ¡oh Reina! con mercedes,  
 Muchas y grandes recordarme puedes.

## LXVII.

«Yo llevaré al recuerdo de esos dones  
 La imagen tuya dulcemente unida,  
 Mientras guarde mis propias tradiciones,  
 Mientras mi pecho aliente aura de vida.  
 Mas oye, en la cuestión, breves razones:  
 No pensaba ocultarte mi partida,  
 Ni de unión conyugal te hice promesa;  
 No así te engañes: mi misión no es ésta.

## LXVIII.

«No ves que si el destino me otorgara  
 Guiar las cosas, reparando males,  
 Ya hubiera visto por mi patria cara?  
 ¡Podría de sus héroes los mortales  
 Restos honrar; al golpe de mi vara  
 Se alzarán sus alcázares reales,  
 Y poderosa, como en antes era,  
 Troya de sus cenizas renaciera!

## LXIX.

«Mas ¡ay! la voz de oráculo divino  
 Fuerza mi voluntad, Febo me guía;  
 Navegar para Italia es mi destino,  
 Ya éste es mi amor, y ésta es la patria mía!  
 Cual hoy Troyano á Ausonia me encamino,  
 Tiria á Cartago tú viniste un día;  
 Ya en paz la riges: en igual manera  
 Buscamos, do reinar, zona extranjera.

## LXX.

«Mi padre Anquises, cuando en alto vuelo  
 La noche entolda el orbe de la tierra  
 Y brillan las estrellas por el cielo,  
 En sueños me habla, y su actitud me aterra:  
 Mi hijo Ascanio me es causa de desvelo,  
 Y en él mirando, el corazón se cierra;  
 Que aquí, distante del confin hesperio,  
 Yo le defraudo el prometido imperio.

## LXXI.

«No há mucho el nuncio de los Dioses vino;  
 Por vida de ambos que le vi te juro,  
 Enviado por Júpiter, camino  
 Por los aires abrir, y entrar el muro:  
 Estoy mirando su esplendor divino;  
 Oyendo estoy su mandamiento duro!  
 No me des más, no más te des tormento;  
 Llévanme á Italia, y con dolor me ausento!»

## LXXII.

Mientras hablaba, fiera y desdenosa  
 Con ardiente inquietud ella le mira;  
 Mirándole en silencio, ira rebosa,  
 Y luego á voces se desata en ira:  
 «No fué tu madre, ¡pérfido! una Diosa,  
 Que descendes de Dárdano es mentira:  
 C'ucaso te engendró entre hórridos lechos,  
 Hircana tigre te crió á sus pechos!

## LXXIII.

»Ya ¿qué hay que disfrazar? ¿qué más espero?  
 Ve llorando á su amante, y se contrista?  
 ¿Le merecí una lágrima, un ligero  
 Signo de compasion? ¿volvió la vista?  
 ¡Cielos! ¿Qué agravio acusaré primero?  
 ¿Cuál Dios habrá que á vindicarme asista?  
 Ni Juno ya, ni Jove, ¡oh desengaño!  
 Con justa indignación miran mi daño.

## LXXIV.

»Oh justicia! ¡oh lealtad! ¡nombres vacíos!  
 ¡Yo náufrago, desnudo, falleciente  
 Le recogí, le abrí los reinos míos,  
 El imperio con él partí demente!  
 Yo los restos salvé de sus navíos,  
 Yo libré de morir su triste gentel..  
 ¿A dónde me despeña el pensamiento?  
 ¡Llevada de furor, arder me sientol!

## LXXV.

»Y ahora la voz de oráculo divino  
 Fuerza su voluntad! Febo le guía!  
 Ni há mucho el nuncio de los Dioses vino,  
 ¡Y es heraldo que Júpiter le envía!  
 ¡Y en los aires abriéndose camino  
 Le trae la órden fatal! ¡Quién pensaria  
 Que hubiesen de alterar cuidados tales  
 La alta paz de los Dioses inmortales!

## LXXVI.

»Nada te objeto, ni partir te impido:  
 Vé, y por medio del mar, en seguimiento  
 Camina de ese imperio prometido;  
 ¡Busca esa Italia con favor del viento!  
 Mas si justas deidades, fementido,  
 Algo pueden, te juro que el tormento  
 Hallarás, entre escollos, que mereces,  
 Y á Dido por su nombre allí mil veces

## LXXVII.

»Invocarás; y Dido abandonada,  
 Con tea humosa aterrará tu mente;  
 Y cuando á manos de la muerte helada  
 Salga del cuerpo esta ánima doliente,  
 Yo, vengadora sombra, á tu mirada  
 En todas partes estaré presente!  
 Tu crimen pagarás; sabráse, oirélo:  
 ¡Eso en el Orco irá á acallar mi duelo!»

## LXXVIII.

Ella súbito aquí la voz detiene,  
Y huye la luz odiosa con gemido;  
El, que á oponer razones se previene,  
Queda atónito, absorto, atontecido.  
Y hé aquí un grupo de esclavas la sostiene,  
En brazos; y la llevan sin sentido  
Al tálamo, de mármoles labrado,  
Y la reclinan sobre el regio estrado.

## LXXIX.

Cierto que con palabras de dulzura  
El religioso príncipe quisiera  
Mitigar de la triste la amargura  
Y el dolor suavizar que la exaspera,  
Gime él de corazón su desventura,  
Que amor le oprime con angustia fiera;  
Todo, empero, lo vence, y determina  
Recto cumplir la voluntad divina.

## LXXX.

Ya á revistar su armada acude al puerto,  
Y ya las altas popas de la orilla  
Los Troyanos alanzan de concierto;  
Flota liviana la embreada quilla.  
Remos y tablas da, de hoja cubierto  
Tronco informe, aún no bien la hacha le humilla;  
Y en este atan por coronar la empresa,  
Salen de la ciudad todos de priesa.

## LXXXI.

Tal las hormigas próvidas saquean  
Riquezas que en sus antros acumulan;  
Y, en la hierba cruzándose, negrean,  
Y en senda angosta, por do van, pululan:  
Unas á empuje granos acarrean,  
Otras, á la que tarda ora estimulan,  
Corrigen ora á la que pierde el tino;  
Con tanta agitacion hierve el camino.

## LXXXII.

¡Tu pobre corazón qué sentiría!  
¡Cuán grande hubo de ser, Dido, tu pena,  
Cuando hirviendo la playa en lejanía  
Atalayabas desde la alta almena!  
¡Qué, al sentir la confusa vocería  
Con que al mar asordaba la faena!...  
Tú ¿á qué un alma no obligas, amor ciego?  
Por ti ella al lloro vuelve, y vuelve al ruego.

## LXXXIII.

Con interpuestas súplicas ensaya  
Ir á amansar rebeldes sentimientos;  
Que morir no es prudente sin que haya  
Esforzado los últimos intentos:  
«¡Ay, Ana! ¿ves bullir toda la playa?  
Míralos: corren, vuelan; ya contentos  
Las popas adornaron de coronas,  
Ya convidan al céfiro sus lonas.

LXXXIV.

»Yo que pude esperar dolor tan fiero  
Lo sabré soportar, hermana mía.  
Este único favor te pido, empero:  
Fues te preciaba en tanto, y ser solía  
El pérfido contigo verdadero,  
Y tú hallabas sazón de entrarle y vía,  
Anda, y doblar con súplicas procura  
Esa cerviz cual de enemigo dura.

LXXXV.

»Que no con Griegos, le dirás, la guerra  
Juré en Áulide, naves á hacer riza  
No envié á Troya, no movi la tierra  
Que cubre de su padre la ceniza.  
¿Pues por qué oídos á mi llanto cierra?  
¿Qué huye azorado así? ¿Quién le hostiliza?  
Buen viento espere y que la mar se ablande:  
Es gracia, y la postrera que demande.

LXXXVI.

»Nó ya que vuelva por la fe de esposo  
Ni á ese Lacio renuncie tan querido,  
Que le costara asaz, pedirle oso,  
Tiempo (nada le cuesta) es cuanto pido!  
¿Tregua al dolor, momentos de reposo  
Dé, en que el pecho á sufrir se avece herido!  
Esto ruego; sé, hermana, compasiva;  
Haz esto, y soy tu esclava mientras viva.»

LXXXVII.

Tal la triste con lágrimas decía;  
Tal á Enéas con lágrimas la hermana  
Habla, y vuelve, y retorna, y su porfía  
(No hay con él argüir) fatiga es vana;  
Que ni por llantos su intencion varía,  
Ni á ruegos ya su voluntad se allana;  
Rigor del hado: al penetrar su oído  
Embota un Dios la fuerza del gemido.

LXXXVIII.

Cual recio, antiguo roble á quien trabada  
Legion de vientos en el Alpe embiste;  
Braman; cruje la rama atormentada  
Y de hoja el suelo en derredor se viste;  
Mas él, asido de peñascos, nada  
Teme, y á opuestos ímpetus resiste,  
Y el cielo con su copa hiriendo altiva,  
Con raíz honda en el Averno estriba;

LXXXIX.

Él a í de querellas golpeado,  
Cuando su angustia divertir no pueda  
Tenaz resiste de constancia armado;  
Inútil llanto de los ojos rueda.  
Mas Dido, á quien temblar hace su hado,  
Morir quiere que el cielo la conceda;  
Ni la bóveda espléndida celeste  
Torna á mirar sin que pesar le cueste.

## XC.

Fortuna, que en su daño se encruelece,  
 Porque su infausto fin seguro sea  
 Hace que á tiempo que devota ofrece  
 Dones en la ara do el incienso humea,  
 Note el agua lustral que se ennegrece  
 Y en sangre el vino corromperse vea.  
 ¡Oh vista horrible! Atónita, confusa,  
 Aun á su hermana declararlo excusa.

## XCI.

Dedicado á Siqueo un templo habia,  
 Todo de mármol, al palacio adjunto:  
 Ella le ama, ella le honra, y le atavía  
 Con velos blancos como nieve, junto  
 Con tiernas ramas. En la noche umbria  
 Parecióle que el cónyuge difunto  
 La llama, del oscuro monumento  
 Con misteriosa voz, con hondo acento.

## XCII.

Oyó á un buho tambien que se lamenta  
 Solitario en los altos torreones  
 Con lloroso clamor; su duelo aumenta  
 El recuerdo de aciagas predicciones.  
 Enéas mismo en sueños la atormenta;  
 Y por largo camino, por regiones  
 Aridas, siempre sola, peregrina,  
 Ir buscando á los suvos se imagina.

## XCIII.

Tal las huestes de Euménides Penteo  
 Y dos soles, dos Tébas mira insano;  
 Tal Orétes con ciego devane )  
 Comparece en la escena huyendo en vano:  
 Con fuego y sierpes tras el hijo reo  
 Arma una sombra la terrible mano,  
 Y vengadoras Furias las entradas  
 Sitian del templo, en el umbral sentadas.

## XCIV.

El dolor la ha vencido; la despeña  
 El furor: el partido extremo abraza;  
 Y en su mente los trámites diseña,  
 Acuerda el modo, y el momento aplaza.  
 Su intento oculta, y con la faz risueña  
 Dice á la triste hermana: «Hallé la traza  
 Como al ingrato á reducir acierte,  
 Ó de él mi atado corazon liberte.

## XCV.

»Me des la enhorabuena, hermana, espero;  
 Mas oye el caso. En el país lejano  
 Que ve del sol el resplandor postrero  
 Y el límite final del Oceano,  
 Allí demora el último lindero  
 Que posee atezado el Africano;  
 Allí es cielo con fuego rutilante  
 Rueda en lo hombros del eterno Atlante.

## XCVI.

»Hija de esos incógnitos confines,  
Con fuerte encanto vindicarme fia  
Negra maga que el templo y los jardines  
Guardó de las Hespérides un día:  
Ella daba sustento á los mastines,  
Y el árbol milagroso defendia,  
Y de amapola soporosa, y blanda  
Miel, esparcía la eficaz vianda.

## XCVII.

»Que ardores hiela con sus cantos jura,  
Y da al helado fuego en que se queme;  
Ataja los torrentes, y en la altura  
Suspenso el astro sus hechizos teme;  
Sombras evoca entre la noche oscura,  
Y oirás bajo sus piés cuál muje y treme  
La tierra; y cuál, verás, los fresnos bajan,  
Que al conjuro, del monte se descuajan.

## XCVIII.

»Tú, en lo interior, si mi salud deseas,  
Alza al raso una hoguera sin testigo  
(Séalo el Cielo, y tú, mi bien, lo seas,  
Que á usar de esta arte á mi pesar me obligo).  
La espada que dejó pendiente Enéas,  
El lecho que en mi mal nos fuera amigo,  
Ponlo allá todo; la adivina aguarda  
Que no quedé reliquia sin que arda.»

## XCIX.

En sus labios aquí se heló la risa,  
Y ocupa el rostro palidez funesta;  
Mas ¡ay! en balde en su silencio avisa  
Que un nuevo estilo funerario apresta;  
Ana ciega aún no en Dido aquel divisa  
Mental furor; ni la imagina expuesta  
Á golpe más cruel, dolor más crudo  
Que en muerte del marido estarlo pudo.

## C.

Y así ignorante la infeliz jornada  
Va á preparar. La Reina, en cuanto mira  
Al cielo descubierto levantada  
En el patio interior la triste pira,  
Con leños resinosos solidada  
Y con rajas de roble, en torno gira  
Tendiendo hojosa amenidad, y al muro  
Guirnaldas cuelga de verdor oscuro.

## CI.

Y sobre el lecho, con fingido intento  
La efigie y armas del traidor coloca:  
En torno hay aras: con horrible acento  
La hechicera, en cabello, al Cielo toca;  
Y deidades allí tres veces ciento,  
Y al negro Caos y al Erebo invoca,  
Y, vírgen en tres fases conocida,  
En tres formas á Hécate apellida.

## CII.

Con aguas ya que del Averno el cieno  
Mustias figuran, libacion se hizo;  
Y alléganse, cargados de veneno,  
La hierba pubescente, el tallo rizo  
Que de la luna al esplendor sereno  
Cortó segur de cobre; y el hechizo  
Que, hurtado á la cerviz de potro tierno,  
Falto dejóle del emor materno.

## CIII.

Dido misma la sal ofrenda y trigo,  
Un pié descalzo, desceñido el manto,  
É invoca á las estrellas, por testigo  
Tomando de su fin al Cielo santo:  
Ellas su historia saben, y si amigo  
Hubo algun Dios á quien moviese el llanto  
De amantes mal pagados, ése pide  
Vea en su causa y de vengarla cuide.

## CIV.

Era la noche: al medio del camino  
Iban los astros por el alto Cielo;  
Calla el bosque y el piélagos marino;  
Yacen los brutos que sustenta el suelo:  
Ni en breñas ni por lago cristalino  
Se ve de ave esmaltada salto ó vuelo:  
Todo está en calma, y todo mal se olvida;  
Naturaleza yace adormecida.

## CV.

Sólo Dido sus penas no adormece;  
No se hizo el sueño para angustia tanta  
Ni sus ojos ni su alma favorece  
Muda la noche con su sombra santa:  
Amor entre su pecho se embravece  
Y nuevas olas sin cesar levanta;  
Y de ellas combatida, de esta suerte  
Torna consigo á disputar su muerte:

## CVI.

«¿Qué he de hacer? ¡Oh tormentos inhumanos!  
¿Buscaré mis antiguos amadores?  
¿Iré humilde á los reyes comarcanos?  
¿Yo pisé su esperanza y sus amores?  
¿Seguiré, triste sierva, á los Troyanos?  
¿Harto gratos han sido á mis favores!  
¿Ni á bordo su altivez me sufriria?  
Qué, ¿aun no he probado bien la alevosia

## CVII.

»De esa de Laomedonte infame raza?  
¿Sola iré tras su pompa? ¿Ó con los míos  
Volaré armada en pos á darles caza?  
Mas si á éstos de sus términos natío.  
Arranqué á viva fuerza, ¿con qué traz.  
Los moveré á tornar á los navíos?  
No, no; mi salvacion la muerte sea;  
¿Calle á hierro el dolor de una alma rea!

## CVIII.

»Tú, hermana, tú á mis llantos indulgente,  
 Márgen diste á tan grande pesadumbre,  
 Tú doblaste al amor mi dócil frente!...  
 ¡Yo que pude, ejerciendo la costumbre  
 De la bestia del campo independiente,  
 Libre vagar de acerba servidumbre!...  
 Muere, infiel de tu esposo á la ceniza!...»  
 Querellándose así, Dido agoniza.

## CIX.

En tanto Enéas, todo ya dispuesto,  
 Ajeno él mismo de temor, dormido  
 Quedóse en la alta popa: al Dios en esto  
 Torna á mirar, que en las murallas vido:  
 Con la propia actitud, la voz, el gesto  
 Viene, en todo á Mercurio parecido;  
 Aureo cabello y juvenil belleza  
 Ornan sus blandas formas, y así empieza:

## CX.

«En mal punto en sus brazos te entretiene  
 El sueño, hijo de Vénus! ¡Alza y mira,  
 Torna el daño á mirar que sobreviene,  
 Y oye á Favonio que oportuno espira!  
 ¡Los lazos sabes tú que ella previene?  
 Fragua es su pecho de furente ira;  
 Y ya, de percer determinada,  
 Nada respeta, ni le espanta nada.»

## CXI.

»¿Y no será que por el ponto vuelles  
 Ganando estos momentos? ¡Guay si esperas  
 Á la luz de la aurora! ¡Hachas crueles  
 Arder verás, y levantarse hogueras,  
 Y en la mar encontrarse los bajeles,  
 Y ocupar el incendio las riberas!  
 ¡Acude, iza la vela, corta el cable!  
 Sér vario es la mujer siempre y mudable.»

## CXII.

Dijo; y si ántes radioso, se incorpora  
 En las lóbregas sombras. El durmiente  
 Con la total oscuridad se azora,  
 Abre los ojos y álzase impaciente.  
 «¡Sús,» clama, «compañeros! ¡Á la hora  
 Acorred á los bancos! ¡No consiente  
 Tardanzas la ocasion: las velas pronto  
 Dad á los vientos, y la flota al ponto!

## CXIII.

»¡Otra vez de los reinos celestiales  
 Esto nos manda santo mensajero:  
 Quienquier seas ¡oh Númen! con triunfales  
 Aplausos otra vez el fausto agüero  
 Seguimos de tu voz. ¡Así señales  
 El deseado rumbo al marinerol  
 ¡Así hagas por el Cielo que nos rian  
 Las lumbres bellas que al errante guían!»

## CXIV.

Dice; y vuela, y la amarra del navío  
Corta de un tajo de fulmínea espada;  
A su ejemplo, á su impulso, el mismo brío  
A los pechos de todos se traslada.  
Ya arrancan, ya se llevan; ya vacío  
Quedó el playon: debajo de la armada  
La mar se oculta, y al batir continuo  
Cubren de espuma el líquido camino.

## CXV.

El áureo lecho de Titon la aurora  
Tímida deja, entre celajes raya,  
Y ya su lumbre, que horizontes dora,  
Ve la Reina infeliz de la atalaya;  
Ve la armada alejarse voladora  
Con las velas paréjas; ve la playa  
Desamparada, y el desnudo puerto,  
Y todo siente estar mudo y desierto.

## CXVI.

Y el tierno pecho ofende y los cabellos:  
«¿Y esos advenedizos mi esperanza  
Burlarán,» dice, «con erguidos cuellos?  
¿Impune al ponto el pérfido se lanza?  
¿No corre en armas mi ciudad á ellos?  
¿Naves no parten á tomar venganza?  
¿Id, hachas menead, asid los remos!  
¿Soltad las velas! por el mar volemos!

## CXVII.

»¿Qué digo? ¿Dónde estoy? ¿Qué desvarío  
Trastorna mi razon? ¿Dido infelice!  
Ya el peso sientes de tu síno impío!  
Cuando partija de mi cetro hice,  
Convino este furor; ya, ya es tardío!  
¡Traidor! ¡Y luégo de él que va se dice  
Con los patrios Penates; que de escombros  
Salvo al anciano padre sacó en hombros!

## CXVIII.

»¡Ah! ¡sus cuerpos hacer trozos sin cuento  
Pude, y de ellos sembrar la onda bravía!  
Matar al hijo, y el manjar sangriento  
Pude al padre servir; ¿quién lo impedia?  
Peligro, ¿cuál? ¡Morir era mi intento!  
¡Yo á sus tiendas llevara llama impía;  
Yo al padre, al hijo, á todos, muerte fiera!  
¡Yo los matara allí; luégo, muriera!

## CXIX.

»¡Sol, cuya luz los ámbitos visita,  
Tú que todo descubres, nada ignoras!  
Juno, que viste mi amorosa cuita  
Nacer, y hoy mides mis finales horas!  
¡Hécate, á quien en calle tripartita  
Claman de noche! ¡Furias vengadoras!  
¡Oh Dioses, cuantos veis mi afán postrero!  
¡Yo imploro compasion, justicia espero!

## CXX.

»Mi ruego oid: si firme persevera  
El hado que á ese infame lleva á puerto;  
Si en esto Jove su querer no altera,  
Que el fijado confin le aguarde cierto;  
Mas tribu audaz contrástele siquiera,  
Y en peligro se mire y desconcierto,  
Y parta, el corazon vuelto pedazos,  
Del dulce nido y los filiales brazos.

## CXXI.

»Y vague, auxilios mendigando; y vea  
Cómo á los suyos la fortuna humilla;  
Ni el reino goce y calma que desea  
Paz ajustando, á su valor mancilla.  
¡Herido sin sazón de muerte sea!  
¡Yazga insepulto en solitaria orilla!  
Esto, ¡oh Númenes! pido; ved en ello:  
Yo mi demanda con mi sangre sello.

## CXXII.

»Vosotros, cual leales corazones,  
Tirios, haced de vuestros odios prueba  
Sobre esa raza en cien generaciones,  
Y honra tan grande mi ceniza os deba.  
Nunca amistad entre las dos naciones;  
No haya quien pactos de concordia mueva;  
Mas nacerá sobre mi tumba, fio,  
Quien aplaque la sed del furor mio.

## CXXIII.

»Álzate, vengador amenazante,  
Acelera los tiempos; y ahora, y luégo,  
Tu sombra por do vayan los espante;  
Arróllalos feroz á sangre y fuego.  
Y muro contra muro se levante;  
Y un mar contra otro mar se ensañe ciego;  
Y pueblo contra pueblo alce la frente;  
Y guerra eterna mi rencor sustente!»

## CXXIV.

Dice; y buscando al ánima salida,  
Á todas partes la atención convierte;  
Y de Siqueo á la nutriz convida  
Al misterio, que encubre, de su muerte:  
(De Siqueo; la suya, reducida  
Yace há tiempo en la patria á polvo inerte).  
«Barce, mi fiel nodriza, vuela!» exclama:  
«Vé, y al sacro festin mi hermana llama.

## CXXV.

»Con agua rociándose primero,  
Que traiga, di, las víctimas, y ofrenda  
Cual pide la expiación: así la espero;  
Y tú ciñe á la sien piadosa venda.  
Ya celebrar la ceremonia quiero  
Que á Pluton ofrecí: mi pena horrenda  
Hoy debe de acabar; que de ese injusto  
Hoy tiro al fuego el ominoso busto.»

## CXXVI.

Dice; y mover esotra el paso intenta  
 Con senil priesa. Mas la audaz amante,  
 Terrible con la idea que apacienta,  
 Temblorosa la faz, la vista errante,  
 Torva en el ceño, en el mirar sangrienta,  
 Jaspeado de visos el semblante,  
 Pálida de la muerte ya cercana  
 Vuela al recinto funeral insana.

## CXXVII.

La alta hoguera con fiero desenfado  
 Monta; la espada desnudó con ira  
 (Dón no á tal ministerio destinado);  
 Mas cuando el lecho y los vestidos mira,  
 Memorias, ¡ay! de tiempo fortunado,  
 Repórtase y con lágrimas suspira;  
 Y arranca así, postrándose en el lecho,  
 Los últimos sollozos de su pecho:

## CXXVIII.

«¡Oh dulces prendas con mejor fortuna!  
 ¡Dulces por siempre cuando Dios quería!  
 Mi espíritu os entrego, y mi importuna  
 Memoria cese con la vida mía!  
 La senda anduve que emprendí en la cuna,  
 Viví las horas que vivir debía:  
 Hoy, fin logrando á míseros afanes,  
 Van á otro mundo mis augustos manes.

## CXXIX.

»Fundé yo una ciudad, ciudad preclara,  
 Murallas propias coronó mi mano;  
 Vengué la sombra del esposo cara;  
 Yo tomé enmienda del malvado hermano.  
 ¡Feliz, harto feliz si no tocara  
 Mis costas, nada más, bajel troyano!»  
 Y aquí, á par que en el lecho el rostro imprime,  
 «¿Moriré inulta? ¡mas muramos!» gime.

## CXXX.

«¡Así á la eternidad partir me agrada!  
 El Dárdano este fuego á ver acierte  
 Volviendo de la mar una mirada,  
 Y el triste agüero lleve de mi muerte!»  
 Dijo; y, herida en esto, derribada,  
 La mano en sangre tinta, el hierro fuerte  
 Manando sang e las doncellas notan,  
 Y el palacio á gemidos alborotan.

## CXXXI.

Ya la Fama fatídicos rumores  
 Va furiosa esparciendo en giro vago;  
 Todo es lamento y llantos y clamores;  
 Todo es alarma de espantoso estrago.  
 Parece cual si entrasen vencedores  
 La antigua Tiro ó la imperial Cartago,  
 O que incendio voraz llamas crueles  
 Tendiese por los altos capiteles.

## CXXXII.

Oye el caso la hermana, y rostro y pecho  
Desesperada hiere en modo rudo;  
Al lúgubre lugar vuela derecho,  
Y á Dido llama con lamento agudo:  
«¡Y esto significaba el ara, el lecho!  
¡Esto intentabas! ¡Y ofenderte pudo  
Que te hiciese en la muerte compañal  
¡Tú me engañabas, ah! ¡yo te creía!

## CXXXIII.

»¿Por que no me invitaste, á ley de hermanos?  
¡Contigo á un tiempo con placer muriera!  
No que hora abandonada... ¡Y por mis manos  
Yo propia, ¡ay infeliz! alcé esta hoguera!  
¡Yo invocaba á los Dioses soberanos  
Porque, espirando tú, yo léjos fuera!  
¡Te perdí; me perdí: Pueblo, Senado,  
Patria, todo lo hundí! ¡Nada ha quedado!

## CXXXIV.

»Agua traed y lavaré la herida;  
Yo sus heridas lavaré... ¡Si errante  
Vaga en su labio un hálito de vida,  
Yo le recoja con mi labio amante!»  
Ya en el estrado fúnebre subida  
Tal dice; y á la hermana agonizante  
Ella al seno fomenta entre gemidos,  
Ella aplica á la sangre sus vestidos.

## CXXXV.

Los mustios ojos con fatiga vana  
Trata de alzar la moribunda Dido:  
Fáltanle ya las fuerzas; sangre mana  
Del pecho abierto con cruel sonido.  
El codo apoya, y por alzar se afana  
Tres veces, y tres veces sin sentido  
Cae sobre el lecho. Con errante vista  
Busca la luz, y al verla se contrista.

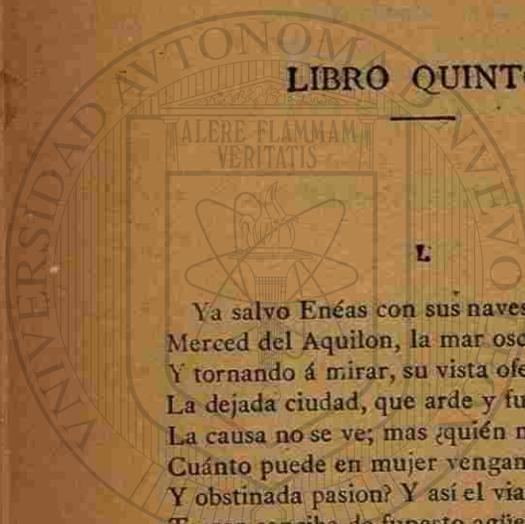
## CXXXVI.

La excelsa Juno de mirar se duele  
El largo padecer, la ardua agonía,  
Y porque á desatar vínculos vuela  
Que aún detienen el alma, á Íris envía.  
¡Ah! loco amor á perecer te impele,  
No el hado; éste, infeliz, no era tu día!  
Proserpina tu rubia cabellera  
Aun no ha cortado, ni Pluton te espera.

## CXXXVII.

Vuela Íris vaporosa, y en su vuelo  
Brillan las plumas con el sol enfrente;  
Y posándose encima: «Manda el Cielo  
Que esta ofrenda á Pluton quite á tu frente;  
¡Alma, sál fueral» dice; el rizo pelo  
Corta aquí con la diestra, y juntamente  
El calor cesa que en el seno mora  
Y la vida en los aires se evapora.

## LIBRO QUINTO.



L

Ya salvo Enéas con sus naves hiende,  
 Merced del Aquilon, la mar oscura,  
 Y tornando á mirar, su vista ofende  
 La dejada ciudad, que arde y fulgura:  
 La causa no se ve; mas ¿quién no entiende  
 Cuánto puede en mujer venganza dura  
 Y obstinada pasión? Y así el viajero  
 Terror concibe de funesto agüero.

II.

Después que ya se hubieron engolfado,  
 Y entre agua, al fin, y cielo no ven cosa  
 Sino el cielo y el agua, azul nublado  
 Sobre las naves sólido se posa  
 De lobreguez y tempestad cargado:  
 Con tristes amenazas espantosa  
 La ecuórea inmensidad se entenebrece;  
 Esfuérganse huracanes, la onda crece.

III.

Y en alta popa el pálido piloto,  
 «Qué oscuridad,» exclama, «el polo llena!  
 ¡Cuánto mal nos previenes no remoto,  
 Oh gran padre Neptuno!» Y luego ordena  
 Los aparejos recoger; al Noto  
 Torcida vuelve la crujiente antena,  
 Y haciendo al remador nuevo conjuro,  
 Prosigue así gimiendo Palinuro:

IV.

«¡Oh magnánimo Enéas! ¡oh rey mío!  
 No, si me enviase celestial consuelo  
 El mismo Jove, saludar confío  
 A Italia nunca con aqueste cielo.  
 ¿No ves cómo del véspero sombrío  
 Los vientos se alzan, y en contrario vuelo  
 Vienen furiosos á estrellarse, y cómo  
 Condensa el aire cerrazon de plomo?»

V.

»No es dado resistir ni ir adelante:  
 Lidiegos no con fuerza, mas con maña,  
 Cediendo á la Fortuna, que constante  
 Ruta nos marca á nuestro rumbo extraña:  
 Erice fraternal no está distante,  
 Si ya el catado cielo no me engaña;  
 Y así pronto, al torcer, será que veas  
 El sículo confin.» Respondió Enéas:

## VI.

«Ya he visto al temporal que nos maltrata,  
Eso pedir, y resistir tú en vano:  
Rodeos tienta, á la Fortuna acata,  
Y miremos al término sicano.  
¿Y habria tierra para mí más grata  
Que la en que reina Acéstes, nuestro hermano,  
Y el caro genitor llorando yace?  
Allá mi escuadra guarecer me place.»

## VII.

Viró el piloto: céfiros que implora  
Hinchen los lienzos, y la flota vuela:  
Ya rauda hendiendo por el mar la proa  
Al puerto arriba por que el nauta anhela.  
Y á abordar acertaron á la hora  
En que amiga vió Acéstes ser la vela  
Que desde alto peñon léjos divisa,  
Y al puerto, alborozado, baja aprisa.

## VIII.

Á él, á quien Ninfa concibió troyana  
Que el dios Crimiso requestó de amores,  
Tornar á ver los huéspedes le ufana  
Que ama fiel en amor de sus mayores.  
Hórrido anda con piel de osa africana,  
Pertrechado de dardos voladores;  
Y en pompa agreste y rústico atavío  
Hospedaje les brinda franco y pio.

## IX.

Enéas, convocando el pueblo entero,  
En un collado hablóles eminente  
Del nuevo dia al esplendor primero:  
«¡Oh dardania nacion! ¡oh diva gente!  
Desde que al padre á quien deidad venero  
Sepultamos aquí, y ara doliente  
Pusimos en su honor, si no me engaño  
Cabal su curso ha concluido un año.

## X.

»Éste es el dia, y éstos los lugares:  
Triste, quisolo Dios, y sacro dia  
Que yo solemne, levantando altares,  
Do quier me hallase, allí celebraria;  
Que ó ya me vieso en los argivos mares,  
Ya en las gétulas sirtes, ya en la impia  
Micenas, ó cautivo ó expulsado,  
Siempre honraria al genitor llorado.

## XI.

»Hémos hoy las cenizas paternales  
Á honrar dispuestos en amigo suelo,  
Traidos á rendir obsequios tales  
No sin visible ordenacion del Cielo.  
Honradlas, pues; pedid vientos iguales,  
Y que él, fundada la ciudad que anhelo,  
En templo que en su honor alzado sea  
Votos años renovar nos vea.

## XII.

»Acéste, que de Teucro se gloria,  
 Por cada nao dos bueyes os da ahora;  
 Vengan á este festin en compañía  
 Nuestros Penates con los que él adora;  
 Que despues, si con rayos de alegría  
 Ciñere al orbe la novena aurora,  
 Por mí á vosotros cual primeras fiestas  
 Regatas en la mar serán propuestas.

## XIII.

»El que en la lucha, en la veloz carrera  
 Ó al duro cesto á competir se atreve,  
 El que con mano á disparar certera  
 El dardo agudo y la saeta leve,  
 Concurran á la lid que los espera,  
 Y quien ganare el premio, ése le lleve.  
 Orad en tanto, compañeros míos,  
 Y de hoja en derredor la sien cubrios.»

## XIV.

Calla; el materno mirto orna su frente:  
 Lo imita Helimo, y en su edad florida  
 Ascanio, y en la suya decadente  
 Acéste, y otros y otros en seguida.  
 Va él al sepulcro entre infinita gente,  
 Y por sacra costumbre establecida,  
 Sanguínea libacion en taza doble  
 Ofrece, y fresca leche, y néctar noble.

## XV.

Y luégo el ara de purpúreas rosas  
 Esparce en torno con su propia mano;  
 Y «¡Salve, oh padre!» clama, «y vos, preciosas  
 Cenizas á mi amor vueltas en vano!  
 ¡Salve, oh ánima y sombra milagrosas!  
 ¡No te dió, oh padre, el Cielo soberano  
 Llegar á Italia y cabe el Tibre amigo  
 La anunciada heredad gozar conmigo!»

## XVI.

Tersa, en esta sazón, salir se mira  
 Del fondo sepulcral sierpe que ondea  
 Y en siete roscas de alongada espira  
 Con manso halago el túmulo rodea:  
 Cerúleas manchas, al compas que gira,  
 Desvuelve, con que el lomo se hermosea,  
 Y semejan las puntas de la escama  
 Aureos destellos y matiz de llama.

## XVII.

Tal, mirándola el sol, Íris destella  
 Y de luz entre nublos se matiza.  
 Visto el héroe la sierpe, el labio sella  
 Absorto; mas recelos tranquiliza,  
 Que inocente entre pulcras tazas ella,  
 Gustando los manjares, se desliza,  
 Y en doméstico giro placentero  
 Torna á ocultarse do salió primero.

## XVIII.

Ó genio tutelar de Anquíses fuere  
 La sierpe, ó númen que el lugar ampara,  
 Enéas fausto augurio de ello infiere  
 Y con nuevo fervor dones repara:  
 Dos ovejas, según usanza, hiere,  
 Dos cerdos, dos novillos ante el ara,  
 Novillos de negral cerviz; al paso  
 Que néctar liba en espumante vaso.

## XIX.

Con esto de las lóbregas regiones  
 Salvos los manes de su padre evoca;  
 Y, todos imitando sus acciones,  
 Hace cada uno lo que hacer le toca:  
 Quién acude al altar con oblaciones,  
 Ó en orden á la lumbre ollas coloca;  
 Quién en la hierba víctimas destriza,  
 Quién tuesta entrañas ó la llama atiza.

## XX.

Ya los caballos de Facton lozanos  
 Traen sereno el deseado día:  
 Con el nombre de Acétes, montes, llanos  
 El anuncio feliz corrido habia;  
 Y así acuden los pueblos comarcanos  
 En tropel rebosante de alegría,  
 Ya á ver los espectáculos propuestos,  
 Ya el prez también á disputar dispuestos.

## XXI.

En medio el circo iluminó la aurora  
 Copia de premios á los ojos grata;  
 El verde ramo y palma triunfadora,  
 Preciado honor del que mejor combata:  
 Y armas, tripodes, vestes que decora  
 Purpúreo ardor, talentos de oro y plata;  
 Y de alto sitio súbito la trompa  
 Manda sonando que la lid se rompa.

## XXII.

Y á par la rompen con igual arreo  
 Cuatro naves selectas en la armada:  
 Con remeros briosos, por Mnesteo  
 Va la rápida Priste gobernada  
 (Mnesteo, á quien despues ítalo veo,  
 Del cual, ¡oh Memio! descender te agrada):  
 Guias toma á su cargo la Quimera,  
 Que ciudad, más que nave, se creyera:

## XXIII.

En triple orden de remos á ésta mueve  
 Con gran vigor la juventud troyana:  
 Sergesto generoso (á quien le debe  
 La gente Sergia su renombre ufana)  
 El gran Centauro á dirigir se atreve:  
 Cloanto (á quien por tronco la romana  
 Familia de Cluento reconoce)  
 La Scila azul turquí monta veloce.

## XXIV.

Hay distante en el mar un risco, enfrente  
De las riberas que la espuma baña:  
Cuando el Cielo se entolda, el mar furente  
Concentra allí su bramadora saña:  
Mas á erguirse el peñon torna imponente  
Cuando duerme la líquida campaña,  
Y da en flanco espacioso al ágil mergo  
Para enjugarse al sol plácido albergo.

## XXV.

Allí una meta de frondosa encina  
Enéas pone, á donde el nauta vaya  
A doblar la carrera, y si lo atina,  
En bajel vencedor torne á la playa.  
La suerte á los eaudillos determina  
Puesto; cada uno en alta popa raya  
Por la vestida púrpura y el oro,  
Y á lo léjos esplende su tesoro.

## XXVI.

Bañados con aceite reluciente  
Las desnudas espaldas, y ceñidos  
Con ramaje de álamo la frente,  
Al banco acuden los demas, fornidos;  
Y, la mano en los remos impaciente,  
Y atentos al anuncio los oídos,  
Codicia de loor, sed de combate  
Les hinche el corazon, que duda y late.

## XXVII.

El clarin resonó; y en un momento  
Todos del puesto arrancan á porfia:  
Retiembla el mar, retumba el firmamento  
Con el náutico estruendo y griteria:  
Abren los brazos al batir violento  
Surcos iguales y espumosa vía,  
Y á un tiempo remos y tridentes proras  
Las aguas por doquier rompen sonoras.

## XXVIII.

No en el estadio así se precipita  
Carro de dos corceles que se arroja  
La palma á arrebatár, ni tal se agita  
El conductor que la tardanza enoja;  
El cual el volador tiro concita  
Sacudiendo sobre él la brida floja;  
Blande el azote, y á blandirlo atento,  
Parece, de encorvado, ir por el viento.

## XXIX.

Clamores suenan por el bosque umbrío  
De grupos en el triunfo interesados;  
Vuelve herida la playa el vocerío,  
Y le vuelven en ecos los collados.  
Entre gente y rumor Gias con brío  
Hendió el primero los salobres vados;  
Cloanto á par, mejor en remos, viene,  
Bien que el peso la nave le detiene.

## XXX.

Priste y Centauro en pos á una se lanzan,  
 Y cada cual adelantarse espera:  
 Alternativamente ora se alcanzan  
 Cuando alguna tomó la delantera;  
 Ora las proas ateniendo, avanzan  
 Con larga quilla en rápida carrera;  
 Ya al escollo llegando iban, en suma,  
 Resuelto el ponto en albicante espuma.

## XXXI.

Hé aquí entre todos victorioso Gias  
 A su piloto reprendiendo, exclama:  
 «Por qué á derecha desviar porfias?  
 Torna, Menétes, do el honor nos llama:  
 Las otras por el mar rueden baldías;  
 Nuestra nave el peñon deja que lama!»  
 Tal dice; mas temiendo ímpio bajó  
 Tuerce hácia el mar Menétes el navío.

## XXXII.

Y otra vez Gias con furor le intima:  
 «Torna, Menétes, á la izquierda!» En esto  
 Siente á Cloanto que le viene encima  
 Y á ganarle de mano acude presto:  
 Ya á las rocas sonantes se aproxima  
 Entre ellas y él lanzándose interpuesto,  
 Y á ambos atras dejándolos de pronto,  
 En bajel triunfador boga en el ponto.

## XXXIII.

Al mancebo en la faz saltóle el lloro,  
 Y hasta los huesos le mordió la ira:  
 Ni oye la voz del personal decoro  
 Ni de los suyos la salud ya mira;  
 Mas de alta popa al piélago sonoro  
 Brusco á Menétes de cabeza tira;  
 Y activo en su lugar, exhorta, empeña,  
 Y, rigiendo el timon, va hácia la peña.

## XXXIV.

Menétes, de los años abatido,  
 Salir apénas del abismo pudo;  
 Y sacudiendo el húmedo vestido  
 Trepá á secarse en el peñon desnudo.  
 Rió la juventud cuando le vido  
 Hundirse de cabeza al golpe rudo;  
 Bregar luégo, y despues que brega y náda,  
 Revesar la onda que tragó salada.

## XXXV.

Viendo á Gias, Mnesteó la esperanza  
 Cobra de rebasarle. Al par rebosa  
 Sergesto en ella, y, el primero, alanza  
 Su nave hácia el peñasco presurosa:  
 Esta, mitad á su rival se avanza,  
 Mitad la Priste su costado acosa;  
 Y en fuerza del peligro y del deseo,  
 Recorriendo el bajel habló Mnesteó:

## XXXVI.

«Soldados de Héctor, que la patria mía  
Miró á mi lado en la final pelea!  
Como en las sirtes gétulas fué un día,  
En este lance vuestro aliento sea;  
Cual ya en el jonio mar, vuestra osadía,  
O en las rápidas ondas de Malea.  
Ni aspiro á ser primero. ¡Oh, si pudiese...  
No; á quien lo dió Neptuno, el triunfo es de ése!

## XXXVII.

»Mas no el pudor postreros ir consiente;  
Lo que honor manda, compañeros, pido.»  
Calla; saca, á su voz, vigor su gente;  
Cruje la popa al golpe repetido;  
Huye la mar; anhélito frecuente  
Brotan las secas fauces con sonido;  
Los cuerpos dobla agitacion extraña,  
Y abundante sudor sus miembros baña.

## XXXVIII.

Hé aquí vencer les dió súbito caso;  
Y fué así que forzando espacio estrecho,  
Metió Sergesto el imprudente vaso  
Entre las peñas á encallar derecho:  
La roca retembió con el fracaso;  
Se oyó el remo crujir cuasi deshecho.  
En puntas de coral, do sin defensa  
Entró la proa y se aferró suspensa.

## XXXIX.

Los marinos con alto clamoreo  
Hacen, si al pronto yertos, de ferrados  
Chuzos y picas oportuno empleo  
Por desclavar los remos quebrantados.  
Gozoso en tanto, á buen remar, Mnesteo,  
Propicios ya los vientos y los hados,  
Tiende el rumbo á do el piélagos declina,  
Y raudo y libre por el mar camina.

## LX.

Cual vuela por el campo, alborotada  
Con el pavor de súbito estallido,  
La paloma que tiene en la albarrada  
Su dulce imperio y su amoroso nido;  
Bate sobre su rústica morada  
Las plumas, al salir, con recio ruido,  
Y despues remontándose en el cielo  
Las alas tiende en silencioso vuelo:

## XLI.

Así la Priste, que fatiga tanta  
Tomaba forcejando la postrera,  
Con ímpetu espontáneo se levanta  
Y huyendo por las ondas va ligera.  
Lo primero, á Sergesto se adelanta  
Con su nave entre escollos prisionera,  
Y allí haciendo le deja vanos votos  
E ideando volar con remos rotos.

## XLII.

Tras Gias sigue, y á su nao pujante,  
 Falta ya de piloto, desafia:  
 Vence; sólo Cloanto va delante;  
 Y vuela en pos, creciendo su osadía:  
 Redóblase la grita estimulante  
 De los espectadores, que á porfía  
 Roncos aplauden su feliz carrera,  
 Y los ecos en torno hinchén la esfera.

## XLIII.

Los unos, que triunfantes se creyeran,  
 Ya en riesgo el triunfo, coronarlo ansían:  
 Incompleto, la palma no quisieran;  
 Completo, por la palma morirían:  
 Los otros eso mismo osan y esperan;  
 Porque triunfando van, triunfar confían,  
 Y pudieran juntándose ambas proras  
 Partir el premio á un tiempo vencedoras.

## XLIV.

Mas á orar atinó de esta manera  
 Cloanto, ambas las manos extendiendo:  
 «Oh Númenes que el piélagos venera,  
 Cuyos dominios con mi nave hiendo!  
 Si el triunfo me cumplís, en la ribera  
 Un blanco toro en vuestro honor ofrendo;  
 Tiraré sus entrañas á estos mares,  
 Y néctar bañará vuestros altares.»

## XLV.

Dijo; y á par oyó de Forco anciano  
 La vírgen Panopea sus acentos;  
 Y el coro de Nereidas soberano  
 Condolióse en sus huecos aposentos:  
 Movió la nao Portumno con su mano,  
 Y fugaz como soplo de los vientos,  
 Y no ménos veloz que alada flecha,  
 El hondo puerto penetró derecha.

## XLVI.

Los combatientes por sus nombres llama  
 Enéas, y sus triunfos galardona;  
 A voz de heraldo resonante aclama  
 Vencedor á Cloanto, y le corona:  
 Ciñe, en suma, á su sien la verde rama;  
 Y á cada nave tres becerros dona,  
 Y que lleven les da vino abundante,  
 O una pieza de plata á su talante.

## XLVII.

Y á cada jefe añade su presea:  
 Clámide áurea al principal ofrece,  
 De púrpura ceñida melíbea  
 Que en doble orla gira y la guarnece:  
 Retejido en el fondo la hermosa  
 De Ida el régio garzon, que allí aparece  
 La espesura cruzando nemorosa,  
 Y leves ciervos con el dardo acosa.

## XLVIII.

Figúrase allí mismo en el momento  
En que robado, al parecer anhela:  
La armígera de Jove al firmamento  
Le arrebató feroz, y encima vuela:  
Muestra uñas corvas la ave por el viento;  
Viejos que hacen al niño centinela,  
Tienden palmas al aire; el aire mudo  
Hieren los canes con furor agudo.

## XLIX.

Loriga de oro y triple y fina malla  
Relucia en los dones del trofeo:  
Usóla ya en los campos de batalla,  
Campos que riega el Símóis, Demoleo;  
Mal consiguen en hombros sustentalla  
Dos esclavos, Sagáris y Fegeo;  
Y así y todo, el jayan con ella un día  
Fugitivos Troyanos perseguía.

## L.

Y en campos la ganó que el Símóis riega  
Enéas ya, cabe Ilion divino;  
Y ahora la otorga al que segundo llega,  
Arma al par y ornamento peregrino.  
Dos calderas, despues, de bronce entrega,  
Tercer presente á quien tercero vino;  
Y dos vasos de argento, muestra rara,  
Que el cincel de figuras abultara.

## LI.

Ya iban todos premiados, con diadema  
De púrpura ceñidos, placenteros;  
Cuando Sergesto, que su industria extrema,  
Salir logró de los escollos fieros:  
Con una banda escueta afana y rema,  
Quebrantados costado y marineros;  
Y en medio de la befa que le humilla,  
Pide el tardo bajel la ingrata orilla.

## LII.

Tal sesga sierpe, en el camino hollada  
De veloz rueda, ó por viador, que herida  
La deja, y medio muerta, de pedrada,  
El cuerpo tuerce por lograr salida;  
Con lengua ardiente, con feroz mirada  
Yérguese, en parte, rebosando vida,  
Y, en parte, de dolor se arrastra llena,  
Y en sus propios anillos se encadena.

## LIII.

Mas la nave que en remos flaqueaba,  
Las velas descogiendo á puerto viene.  
Enéas de Sergesto el arte alaba  
Con que gente y bajel salvar obtiene,  
Y le da el galardón: era una esclava  
De Creta oriunda, que por nombre tiene  
Foloe; en artes de Minerva, diestra;  
Al seno puestos dos infantes muestra.

## LIV.

Así acabada la naval porfia,  
A un sitio ameno de hierbosos prados  
Enéas se adelanta: en torno había  
Corvas selvas, umbríferos collados:  
Del valle el fondo en círculo se amplía;  
Teatro natural forman sus lados;  
Y allá la multitud vuela contenta,  
Y en medio el Rey con majestad se asienta

## LV.

Y con premios invita lisonjeros  
Á competir en rápida corrida:  
Teucros, Sicanos, á su voz ligeros  
Saltan á par á do el honor convida.  
Van Eurialo y Niso los primeros:  
Radiante el uno en juventud florida,  
Insigne el otro por su casta llama;  
Bello Eurialo es; Niso le am .

## LVI.

Vino, sangre de Priamo, Diores;  
Y Patron luézo y Salio juntamente  
Aquéste de tegos genitores,  
Esotro de Acarnania procedente.  
Compañeros de Acéstes, cazadores,  
Mancebos de gallardo continente,  
Van Helimo y Panópes en seguida;  
Y otros de nombre que la fama olvida.

## LVII.

«Al campo, adolescentes; os convido,»  
El Rey dijo á la gente congregada;  
«Y á promesa gustosa dad oído:  
Nadie sin dón saldrá de la estacada.  
Hé aquí dos dardos de metal buido,  
Cretenses, y de argento nielada  
Una hacha de dos filos: ved en esto  
El comun premio á cada cual propuesto.

## LVIII.

»Al más aventajado combatiente  
Daráse encima, amén de la corona,  
Un noble potro con jaez luciente:  
Al segundo, una aljaba de amazona,  
Provista, y de áureo tahali pendiente  
Que gruesa perla cual boton tachona:  
Al tercero, este hermoso yelmo argivo;  
Y los tres ceñirán ramas de olivo.»

## LIX.

Dijo, y puestos eligen; y al instante  
Que señal de partir dió la trompeta,  
Cual ráfagas de viento resonante  
De la raya mirando huyen la meta.  
Niso, fuerte y veloz, sale adelante  
Como alado relámpago ó saeta;  
Corre Salio despues, distante empero;  
Eurialo, lo mismo, va tercero.

## LX.

Sigue á Euríalo Helimo en su carrera;  
 Á Helimo pié con pié sigue Dióres;  
 Ya, ya al hombro le hostiga, y si se abriera  
 Más campo á sus intrépidos furores,  
 Del que último volaba el lauro fuera  
 Ó en balanza quedarán los honores.  
 Ya el término llegando iban en suma,  
 Y el esfuerzo los músculos abruma.

## LXI.

Hé aquí casi triunfante (¡infausto caso!)  
 En verde grama que la suerte quiso  
 Hubiese matizado humor escaso  
 De inmolados becerros, pisó Niso:  
 Tratara en vano de afianzar el paso  
 Titubeante en suelo húmedo y liso;  
 Llega veloz, veloz resbala, y todo  
 Tinto en sangre quedó, y envuelto en lodo.

## LXII.

No allí Niso olvidó su amistad bella;  
 Mas álzase en el pérfido terreno;  
 Salio síguele incauto, se atropella,  
 Y yéndose de piés rueda en el cieno.  
 Euríalo veloz como centella  
 Adelante de todos, de ardor lleno,  
 Entre aplausos sin número se lanza,  
 Y, merced de amistad, el lauro alcanza.

## LXIII.

Llega Helimo despues, y en fin Dióres.  
 Salio á engaño se llama, visto aquello;  
 Pide el prez, y á la flor de espectadores  
 Con su aplauso da en cara á voz en cuello.  
 A Euríalo protegen, sin clamores,  
 Virtud llena de gracia en rostro bello,  
 Virtud que encanta y pundonor que llora,  
 Y el sufragio de un pueblo que le adora.

## LXIV.

Favorécenle á par altas razones  
 Que hace Dióres, que su palma espera:  
 Palma, si Salio de los grandes dones  
 Ninguno ha de llevar, suya y postrera.  
 Y dijo Eneas: «No temáis, garzones:  
 El orden de los premios nadie altera;  
 Ni vuestros fueros mi amistad lesiona  
 Si al valor desgraciado galardona.»

## LXV.

Y una piel de leon da á Salio, armada  
 Con áureas garras y hórridas guedejas.  
 Niso entónces habló con voz turbada:  
 «Si ese honor á vencidos aparejas  
 Y tanto un contratiempo te apiada,  
 Para Niso, señor, ¿qué premio dejas?  
 Mio es el triunfo, si la suerte esquiva  
 Que á Salio hirió despues, no me derriba.»

## LXVI.

Habla, y del golpe el afeante signo  
Muestra, hablando, en el cuerpo y triste cara:  
Oyóle el Rey y sonrió benigno,  
Y un rico escudo le ordenó llevara:  
Fue éste del mozo egregio premio digno:  
Lo hizo Didameon con arte rara,  
Y al templo de Neptuno do pendía,  
Argivo brazo lo arrancara un día.

## LXVII.

Cesó la competencia de esta suerte;  
Y Enéas señalando férreo guante:  
«Ahora,» dijo, «el que se sienta fuerte,  
Ceñido el puño indómito levante.  
Lucio novillo al que á vencer acierte,  
Con cintas y oro el asta rutilante,  
Daré por galardón: gentil celada,  
Por consuelo, al vencido, y una espada.»

## LXVIII.

Con murmullo del vulgo circunstante,  
Lleno Dáres alzóse de ufanía:  
Él solo, en Troya, á París arrogante  
A contrastar lidiando se atrevía;  
Y él solo á Bútes, triunfador gigante,  
Que, de origen bebricio, pretendía  
Llevar sangre de Amico, invicto en guerra,  
Cabe el túmulo de Héctor echó á tierra.

## LXIX.

Tanto como en la fúnebre palestra  
Soberbio entónces levantarse pudo  
Cuando dejó al jayan sola su diestra  
Tendido en la sangrienta arena y mudo,  
Soberbio ahora se levanta, y muestra  
Los hombros fornidísimos desnudo;  
Y un brazo y otro vigoroso extiende,  
Y los aires azota por do hiende.

## LXX.

En medio del innúmero gentío  
Otro igual campeón se busca en vano:  
Nadie á aceptar se atreve el desafío,  
Nadie del cesto á rodear la mano.  
El, sin par, á su juicio, en poderío,  
Saluda á Enéas y prosigue ufano  
Sin que en mudo homenaje instantes pierda,  
De una asta asiendo al toro con la izquierda.

## LXXI.

«Qué más quieres que aguarde, hijo de Díosa?  
El dón se me adjudique, pues ninguno  
Su fuerza con mis fuerzas medir osa.»  
Los Teucros barbotaban de consuno  
Apoyando la súplica orgullosa.  
Con ruego en tanto Acéstes importuno  
Reprende, incita á Entelo, que á su lado  
Yace en el verde césped reclinado:

## LXXI.

«Tu nombre de valiente entre valientes  
¿Qué sirve, Entelo, sin tan buenos dones  
Con tanta calma en paz llevar consientes?  
Hoy de Érice divino y sus lecciones  
¿No es deber patrio que el honor sustentas?  
La fama que asombraba estas regiones  
¿A dónde se oscurece? ¿Qué se han hecho  
Los despojos pendientes de tu techo?»

## LXXIII.

Entelo respondió: «No son extraños  
Valor y amor de gloria al pecho mio;  
Mas siento ya de la vejez los daños,  
Mis miembros ciñe ya rígido frío.  
Yo si hoy tuviese el que en mis verdes años,  
Cual le goza ese audaz, ardiente brío,  
No el premio disputara, si la palma;  
Que ocupe el premio vil, lo llevo en calma.»

## LXXIV.

Habló Entelo; y volviendo por sus fueros,  
Se alza, y dos cestos en el campo lanza  
Con que Érice ostentara en golpes fieros  
Con los ligados brazos su pujanza.  
Ven los siete boyunos recios cueros  
Graves de plomo y hierro á hercúlea usanza,  
Y todos se imaginan con asombro  
Del buey la talla, y del atleta el hombro.

## LXXV

Más que de paso el mismo Dáres cía;  
Y mudo con la mano el grande Enéas  
El enorme volúmen revolvía  
De los gruesos anillos y correas,  
Y díjole el anciano: «¿Qué sería  
Si de Hércules las armas gigantes  
Hubieses visto, y la espantosa hazaña  
Que hizo estas playas funeral campaña?»

## LXXVI.

»Fué hijo Érice, cual tú, de Vénus, y esos  
Los correones son que usaba en lides:  
¿Espancidos los ves de sangre y sesos?  
Los mismos son con que paró ante Alcides;  
Y yo también con vigorosos huesos  
Los blandí contra fuertes adalides  
Cuando aún lejos la edad miraba ingrata  
Que ambas mis sienas esmaltó de plata.»

## LXXVII.

Y á Dáres retorciendo la mirada:  
«Mas si rehuyes, campeón troyano,»  
Prosigue; «si á tu Rey piadoso agrada,  
Y al mio, que combate por mi mano,  
Fuerzas equiparar en la estacada,  
Gustoso á justos términos me allano:  
¡Eal! las armas de Érice te cedo;  
Las troyanas depon, y pon el miedo.»

## LXXVIII.

Aun bien no lo hubo dicho, se adelanta,  
 Y del doble ropaje se desnuda,  
 Y en pecho, brazos, músculos, espanta  
 Ver su nerviosa robustez membruda:  
 Ya, en medio el campo, colosal se planta;  
 Y dando Enéas término á la duda,  
 Trae de iguales cestos sendos pares,  
 Y á Entelo de ellos arma y arma á Dáres.

## LXXIX.

Y en simultáneo arranque de osadía  
 Ya éste en puntas de piés y aquél se adreza;  
 Los brazos uno y otro al aire envía,  
 Cautelosa hácia atrás la alta cabeza:  
 Trábanse por las manos; á porfía  
 Crecen amagos, y la lucha empieza  
 Entre el púgil que mueve ágil la planta  
 Y el jayan que disforme se levanta.

## LXXX.

Va el jóven en su edad esperanzado;  
 Fía el viejo en su mole, aunque flaquean  
 Las rodillas y el cuerpo treme helado;  
 Y ambos con vano afán tiran, golpean:  
 Hiérense aprisa al cóncavo costado:  
 Ronco el pecho resuella: menudean  
 Por orejas y sienes las puñadas:  
 Las mandíbulas crujen martilladas.

## LXXXI.

Firme está Entelo; mas con pronta vista  
 Ve por do heridas, ladeando, ahorre;  
 El otro el campo mide, y por do embista  
 Entradas busca, á embestir acorre:  
 Tal tropa audaz, de máquinas provista,  
 Soberbio muro ó enriscada torre  
 Que medite arruinar, asalta, embiste;  
 Torna á atacar, y el torreón resiste.

## LXXXII.

El brazo Entelo, amenazando estrago,  
 Alza descomunal; mas ve de arriba  
 Venir, Dáres, con tiempo, el fiero amago,  
 Y hurta el cuerpo veloz y el golpe esquivo:  
 Hirió el furioso combatiente en vago,  
 Y enorme por su peso se derriba,  
 Cual rueda hueco pino, dando espanto,  
 En bosques de Ida ó cumbres de Erimanto.

## LXXXIII.

Levántanse ambos campos con rüido,  
 Y un grito al cielo lanzan simultáneo:  
 Acude Acéstes, viéndole caído,  
 A ayudar al amigo y coetáneo:  
 Surge él sin quiebra de ánimo ó sentido;  
 Antes fuego de cólera espontáneo  
 Arde en su pecho, el pundonor le pica,  
 Y el probado valor fuerzas duplica.

## LXXXIV.

Y ya en rápida fuga, impetuoso,  
Tirando golpes de una y otra mano,  
Sin parada, sin vado, sin reposo,  
Persigue á Dáres por el ancho llano;  
Cual turbion que los techos fragoroso  
Azota con granizo, el héroe insano  
Hierre á ciegas con furia borrascosa,  
Y á Dáres acomete, envuelve, acosa.

## LXXXV.

No sufre Enéas que adelante siga  
La encarnizada obstinacion de Entelo,  
Y del campo, ya muerto de fatiga  
Saca á Dáres con voces de consuelo:  
«¿Demente estabas? ¡Ah, infeliz! te hostiga  
No humana fuerza, pero el mismo Cielo;  
Cedes á un Dios; rendirte no te pese.»  
Dijo, y manda su voz que la lid cese.

## LXXXVI.

En torno del vencido en ese instante  
Llega fiel uno y otro camarada,  
Y, flacas sus rodillas, vacilante  
La cabeza, la boca ensangrentada  
Y el ornato dental roto y nadante,  
Llévanle al puerto. Morrión y espada  
Reciben advertidos, y se alejan,  
Y el toro al vencedor y el lauro dejan.

## LXXXVII.

El cual del lauro y con su toro ufano,  
«Ved, pues, ahora, y ponderad,» decia,  
«¡Oh hijo de Dios! ¡oh ejército troyano!  
Cuál en mi juventud la fuerza mia  
Hubo de ser, y Dáres de mi mano  
Cuál muerte, á no salvarle, probaria.»  
Dijo, y plantóse del novillo enfrente,  
En alto puesto el brazo prepotente;

## LXXXVIII.

Y á plomo entre ambos cuernos, guarnecida  
La mano descargó cual duro hierro:  
Húndese el cráneo, y trémulo, sin vida,  
En tierra con su mole da el becerro.  
«¡Salve, Erice inmortal!» clamó en seguida:  
«Puestas las armas, con que triunfos cierro,  
Más bien que la de Dáres, en memoria,  
Yo dó y consagro esta ánima á tu gloria.»

## LXXXIX.

Luégo al juego del arco el Rey troyano  
Invita, y premios pone. De la nave  
Que Seresto gobierna, con su mano  
Va él mismo y fuerte arbola el mástil grave;  
Y aligera paloma al aire vano  
En el tope suspende (atada el ave  
A una cuerda, la cuerda al mástil fija)  
A donde el tiro el flechador dirija.

## XC.

Llegan de ellos; y un casco que reciba  
Las suertes, traen en medio. La primera,  
La de Hipocon, el de Hirtaco, con viva  
Aclamacion del vulgo, saltó fuera.  
Coronado la sien de verde oliva,  
Reciente prez de la naval carrera,  
Oyó, en segundo término, Mnesteo  
Grato sonar su nombre á su deseo.

## XCI.

Tocóle á Eurition salir tercero:  
Hermano tuyo, oh Pándaro divino,  
(¡Tú que al campo de Aquivos, el primero,  
Lanzaste, compelido del destino,  
El dardo de discordia mensajero!)  
Del fondo del almete al aire vino,  
Postrer nombre, el de Acéstes, que ahora ufano  
En lid de mozos á terciar va anciano.

## XCII.

Todos con brazo en arco arman pujante,  
Y sacan primas flechas del aljaba:  
Ante todas, del nervio rechinante  
Arrancó la que el de Hirtaco ajustaba:  
Hierre el viento, y al mástil que delante  
Mira, parte veloz, y en el se clava:  
Al golpe tembló el palo; alas agita  
Medrosa el ave, y el concurso grita.

## XCIII.

Tendió el arco avanzándose forzado  
Mnesteo, vuelto á lo alto ojos y flecha;  
Mas no tanto que al ave hiriese, pudo  
La férrea punta encaminar derecha:  
Rompió empero la cuerda y líneo nudo;  
Y libre el pié de la atadura estrecha,  
La paloma veloz sacude el vuelo  
Entre nubes plomizas por el Cielo.

## XCIV.

Eurition, ya el arco apercebido,  
Tiró, invocando á Pándaro en su ayuda,  
Al ave que de nublo opaco vido  
Salir aleteando, flecha aguda:  
Alcanzóla en su vuelo envanecido;  
Ella el hincado astil trayendo muda,  
Dejando por allá la dulce vida,  
Al suelo vino en mísera caída.

## XCV.

Solo Acéstes quedaba, ya baldío,  
Y la palma perdida y la esperanza;  
Mas del brazo ostentando el arte y brío  
Y del arco sonante la pujanza,  
Vuelta la faz al ámbito vacío,  
Apunta en vago, la saeta lanza,  
Y ocasiona, no entonces entendido,  
Milagro aéreo de infeliz sentido.

## XCVI.

Confirmaron despues con voz tardía  
 Adustos vates el infausto agüero:  
 Y fué así que inflamado discurria  
 Entre celajes el volante acero;  
 Con fuego señaló su etérea via  
 Y apagóse en los aires; cual lucero  
 Que vaga desquiciado por la estera  
 Arrastrando su ardiente cabellera.

## XCVII.

Al Cielo los medrosos corazones  
 Ambos pueblos levantan juntamente;  
 Mas no igualó con fúnebres visiones  
 El gran Enéas la vision presente;  
 Antes sonrie cumulando dones,  
 Y á Acéstes abrazando, al par riénte,  
 Aunque grave el semblante, de alegría,  
 «Lleva, ilustre monarca,» le decia:

## XCVIII.

«Lleva esta copa, de labores rica  
 (Que del Olimpo el reinador, no en vano  
 Con esa aparicion me significa  
 El honor que te debo soberano);  
 Mi anciano genitor te la dedica;  
 Recíbela, dón suyo, de mi mano:  
 A él el tracio Ciseo ántes la dió  
 Insigne prenda de amistad sincera.»

## XCIX.

Dice; y ciñe á su sien envejecida  
 Verde rama, y triunfante le pregoná.  
 A Euritiön, que disputar no cuida,  
 Cual pudo, muerta el ave, la corona,  
 Premió inferior á Acéstes. En seguida  
 Al que nudos deshizo galardona;  
 Y á aquel con recompensa honra postrera  
 Que la flecha en el palo hincó primera.

## C.

Enéas, no el cértamen concluido,  
 Llamado habia al de Epito á su lado,  
 Tutor del tierno Yulo, y á su oido,  
 Fiel á secretos, confió un recado:  
 «Vé, corre; á Ascanio dí que si instruido  
 Tiene y á la carrera adeliñado  
 Su escuadron de muchachos, más no tarde,  
 Y honre al abuelo con vistoso alarde.»

## CI.

Él mismo á la esparcida concurrencia  
 Manda dejar los campos escombrados:  
 Llegan ya, y con gallarda continencia,  
 En caballos del freno bien guiados,  
 Avanzan de sus padres en preséncia  
 Niños de hoja menuda coronados;  
 Y al verlos desfilar, rumor que halaga  
 A un tiempo en ambos pueblos sordo vaga.

## CII.

Dos de agreste cerezo jabalinas  
 Con punta herrada llevan todos ellos:  
 Aljaba al hombro, algunos: de oro finas  
 Cadenas caen de los ceñidos cuellos.  
 Despártense en tres bandas peregrinas,  
 Doce en cada una, los garzones bellos;  
 Y, en competencia igual de su edad tierna,  
 Agil cada una un capitan gobierna.

## CIII.

¿Veislo? mandando va su compañía,  
 Hijo, Polítes, tuyo, el pequeñuelo  
 Príamo, que del nombre se gloria  
 (Cual de él ítalos nietos) de su abuelo:  
 Monta un corcel de los que Tracia cria,  
 Gallardo, bicolor, que el duro suelo  
 Con alba mano denodado huella,  
 Y lleva en la alta frente alba una estrella.

## CIV.

Por segundo caudillo Átis figura,  
 Claro abolengo vuestro, Acios romanos:  
 Iguales en la edad y la ternura  
 Andan Atis y Ascanio cual hermanos.  
 Llega éste al fin, primero en la hermosa,  
 En un potro de climas africanos:  
 A él la cándida Dido antes lo diera  
 Insigne prenda de afición sincera.

## CV.

Los demas en sicanos pisadores  
 Vienen, del viejo Acétes, cabalgantes.  
 Agólpense en tropel espectadores  
 Troyanos, desfilando los infantes;  
 Y al ver á éstos de antiguos genitores  
 Los semblantes copiando en sus semblantes  
 Que la esperanza y el temor demudan,  
 Con estruendo de aplausos los saludan.

## CVI.

Luégo que el circo hubieron recorrido  
 Tal que viese cada uno al que aguardara,  
 El de Epito de léjos un silbido  
 Dió de repente, y sacudió su vara:  
 A galope lanzándose, al chasquido,  
 Cada banda, del centro se separa:  
 Mas, no bien la segunda seña oida,  
 Vuelven, blandiendo el dardo, fácil brida.

## CVII.

Y á hacer tornando lo que hicieron ántes  
 Las cuadrillas se apartan, se avecinan;  
 Vueltas dan y revueltas elegantes;  
 Giros, tornos, enredan y combinan:  
 Y en juegos á combates semejantes,  
 Ya dan la espalda; ya á volver atinan,  
 Y amagando, venablos abalanzan;  
 Ya, hechas las paces, de concierto avanzan.

## CVIII.

Como hienden delfines la onda fría;  
Nadando, al mar Carpacio, en varios modos;  
Cual marañada, inextricable vía  
En la alta Creta con sus mil recodos  
El laberinto pérfido tejía  
Porque, en calando, se perdiesen todos;  
Así los pequenuelos se cruzaban  
Y tal madeja, entrando, huyendo, traban.

## CIX.

Estas fiestas á imágen de batallas  
Fué Ascanio el que en los campos italianos  
Primero instituyó, cuando en murallas  
Ciñó á Alba Longa y protegió sus llanos:  
Enseñados pudieron practicallas  
Los Latinos, y luego los Albanos:  
Hoy de Troya apellido el juego toma  
Y el escuadron que lo ejercita en Roma.

## CX.

Niño entonces Ascanio todavía,  
Con esotros mozuelos sus iguales  
Al glorioso abuelo estos hacía  
Honores, si festivos, funerales:  
Celebraba la alegre compañía  
En los sículos campos juegos tales;  
Mas trocó la Fortuna en un instante  
Con torvo ceño el plácido semblante.

## CXI.

Fué así que en ese medio, rencorosa,  
Mal sanada la llaga que encubria,  
Juno del Cielo á Íris vaporosa  
A las naves iliacas envía:  
A la húmida ninfa la gran Diosa  
Impetu añade en la region vacía  
Y del arco la adorna de colores,  
Mientras vuelve en secreto sus dolores.

## CXII.

Ella parte invisible, vuela aprisa,  
Ve el inmenso concurso, tuerce al puerto;  
Las anchas playas vacilante pisa  
Y todo siente estar mudo y desierto:  
Al fin las damas de Hion divisa  
Que en cóncavo remoto, al mar abierto,  
Honrando á Anquíses lágrimas le daban,  
Y en el lóbrego mar la vista clavan.

## CXIII.

Y así, con mustia faz y ojos inmotos,  
Con una voz, la que el dolor les presta,  
«Mares cruzamos ya,» dicen, «ignotos;  
¡Oh, y cuánto de agua por salvar nos resta!»  
Por lograr firme asiento elevan votos;  
Hablar de un más allá, pesar les cuesta;  
Y hé aquí, mientras derraman sus querellas,  
Íris astuta se desliza entre ellas.

## CXIV.

Veste aérea y gentil fisonomía  
Poniendo la Deidad, la frente anciana  
De Beroe usurpó, que, esposa un día  
Del ismario Doriclo, andaba ufana  
Con su nombre, su prole y su hidalguía;  
Y, entre ancianas ilustres falsa anciana,  
«¿Qué aguardamos, ah miserás!» les dice:  
«Pobre generacion! ¡suerte infelice!

## CXV.

»Fortuna impía del acero griego  
Nos reservó para mayores males:  
Cumplidos van, desde que á Troya el fuego  
Devoró, siete círculos añales:  
La tierra hemos corrido, el ponto ciego,  
Y medido los cercos siderales;  
Y aún vamos por el mar, nao combatida,  
A Italia que burlando nos convida.

## CXVI.

»Érice fraternal está presente;  
Aquí Acétes bondoso nos ampara;  
Y podemos en base permanente  
La Patria restaurar. ¡Oh Patria cara!  
¡Oh Dioses rescatados vanamente!  
¡Qué! ¿y nunca el patrio muro, nunca un ara  
Troyana hemos de ver, ni un Janto amigo?  
¡Venid! ¡Las naves incendiad conmigo!

## CXVII.

»Yo en sueños ví que antorchas esgrimía  
La sombra ilustre de Casandra fiera,  
Y, «A Troya aquí reedificad!» decía:  
«Ésta, ésta es nuestra patria verdadera.»  
No consiente demoras, á fe mía,  
Tan gran vision, ni la ocasion da espera.  
Hé aquí ofrezco á Neptuno cuatro altares:  
¡Hachas dános y ardor, Dios de los mares!»

## CXVIII.

Dice, y de fuego resplandece armada;  
Alza la mano, y de piedad desnudo  
Flamígero tizon lanza á la armada;  
Pásmanse todas con asombro mudo.  
Pirgo, entre ellas en años avanzada,  
Que á la prole de Príamo fué escudo,  
Nodriz a tantos hijos oficiosa,  
«No es de Doriclo,» dice, «no, la esposa;

## CXIX.

»Ni es sér mortal, matronas, lo que veo:  
Notad de insigne majestad señales,  
El porte, de la vista el centelleo,  
Voz divina y fragancias celestiales.  
La retea Beroe su deseo  
De hacer á Anquíses honras funerales  
Con nosotras aquí, distante ahora  
(Yo enferma la dejé) frustrado llora,»

## CXX.

Ellas perplejas á la flota en tanto  
 Revuelven maliciosas las miradas:  
 El interpuesto mar les causa espanto,  
 Mas las llaman regiones anunciadas.  
 Oscilan entre amor y deber santo,  
 Cuando Íris de repente á sus miradas  
 Toma vuelo, y una ala y otra ala,  
 Trazando un arco inmenso, abre é iguaña.

## CXXI.

En frenesí convierten sus arrojados  
 Con la vision espléndida las damas:  
 Teas clamando lanzan, y, despojos  
 Del consagrado altar, hojas y ramas:  
 Van ministros de estrago los manojos;  
 Y dando rienda á las voraces llamas  
 Remos trepa y escálamos Vulcano,  
 Cruje y las gayas popas lame ufano.

## CXXII.

Llevó al anfiteatro y sepultura  
 Santa de Anquises, la noticia Eumelo;  
 Vuelven luego á mirar, y en nube oscura  
 Ven trémulas pavesas ir al Cielo.  
 Tuerce al campo de horror y desventura  
 De su alegre carrera Ascanio el vuelo;  
 Con vano afán por detenerle, al paso  
 Salen sus ayos con aliento escaso.

## CXXIII.

Y él, «¡Desgraciadas! ¿qué furor extraño,  
 Qué error,» les dice, «os precipita ciego?  
 ¿Pensais que á argivos campos haceis daño?  
 ¡Oh, á vuestras esperanzas pegais fuego!  
 Yo vuestro Ascanio soy: ved si os engaño.»  
 Dice, y el morrion, disfraz del juego,  
 Deposita á sus plantas, y les muestra  
 La faz amiga y la inocente diestra.

## CXXIV.

En pos de Ascanio presurosos tiran  
 Su padre mismo y los demas Troyanos.  
 Mas ya las tristes en lo que hacen miran,  
 Y á ocultar su vergüenza, por los llanos  
 Que extiende la ribera, mustias giran  
 Huecas peñas buscando: á sus hermanos,  
 Vueltas en sí conocen, y les pesa,  
 Libres de Juno, de la aleve empresa.

## CXXV.

Pero el voraz incendio, aún no contento.  
 Sus indómitos ímpetus no afloja:  
 De las húmedas tablas el asiento  
 Arde estoposo, y grueso humo arroja:  
 Consume las carenas fuego lento:  
 Vana es la onda esparcida que las moja,  
 Ni hay ya luchar con la arraigada llama,  
 Cuando hé aquí suplicante el Rey exclama:

## CXXVI.

«Oh Júpiter supremo! Si de humanos  
Males, cual usas, áun piedad hoy tienes;  
Si no en uno maldices los Troyanos,  
Esta última porcion de nuestros bienes  
Salva de azar cruel, fuegos insanos:  
Mas si á muerte merezco me condenes,  
Destruye de una vez nuestra esperanza,  
Y húdame el rayo aquí de tu venganza!»

## CXXVII.

Rasgado de sus hombros el vestido  
Y ambas las manos extendiendo al Cielo,  
Así Enéas con férvido alarido,  
O muerte ó salvacion pide en su duelo;  
Y áun bien no hablara, cuando nublos vido  
Con que el aire oprimir amaga al suelo;  
La esfera en un momento se ennegrece,  
Ronco trueno las cumbres estremece.

## CXXVIII.

Y ya sin más tardar, de los collados,  
Acompañados del fragor del viento  
Rios descenden á inundar los prados  
Furiosos con hinchado movimiento:  
Ciego á los buques va medio abrasados,  
Las popas cubre el rápido elemento,  
Y oprimiendo el vapor, que al fin apaga,  
Libra las naves de la peste aciaga.

## CXXIX.

Cuatro habia el incendio devorado;  
Con cuyo acerbo caso que intimida,  
Enéas vacilante, acobardado,  
No sabe por cuál rumbo se decida:  
Si en Sicilia su nido asiente, al hado  
Mal sumiso, que léjos le convida,  
O si á Italia persiga, al hado atento;  
Y la duda tenaz le da tormento.

## CXXX.

Náutes entónces, venerable anciano  
Por la tritonia Pallas adivino,  
A quien ella dotó con larga mano  
De ingenio insigne y de infalible tino,  
Interrogado respondió, no en vano,  
Ya sobre muestras del furor divino,  
Ya lo que el hado inevitable ordena,  
Y al héroe hablando, su inquietud serena:

## CXXXI.

«Hijo de Dios! al fin llegar porfia  
Que una vez y otra vez marcó tu sino:  
Tenaz luchando un dia y otro dia,  
Vencerás los rigores del destino.  
Ahí Acéstes está que se gloria  
De su origen superno: en tu camino  
Te dé su luz, y á su favor sincero  
Los restos fia del estrago fiero.

## CXXXII.

»Quienquier de tu alta empresa lleve enfado,  
Las matronas, cansadas de los mares,  
Los ancianos; en fin, cuanto á tu lado  
Mezquino, flojo, inválido notares,  
Quede todo de Acéstes al cuidado:  
Funden ellos aquí muros y altares,  
Y de Acéstes merced, de Acesta el nombre  
Al nido que afiancen, grato asombre.»

## CXXXIII.

Alentó el sabio al Rey; mas le destroza  
Con nuevas dudas que á su mente inspira.  
Y ya la húmida Noche en su carroza  
Que negra copia de caballos tira,  
Ocupa el firmamento. En esto goza  
Ensueño seductor el héroe, y mira  
La apariencia bajar del padre amado  
Que á hablarle empieza con benigno agrado:

## CXXXIV.

«Hijo, más caro que mi propia vida  
Mientras las auras respiré vitales;  
Tú, á quien prueba Fortuna encrudecida,  
A partir de Ilión, con tantos males!  
Jove en tu auxilio de enviarme cuida;  
Jove, que de las sedes celestiales  
Del afán se condeule que te aqueja,  
Y el voraz fuego de la flota aleja.

## CXXXV.

»Vé, y cumple sin temblar las prevenciones  
Que anciano consultor te hace sinceras:  
Flor de mancebos, recios corazones  
Llevar debes de Italia á las riberas:  
Allí con tus valientes campeones  
Gentes has de postrar duras, guerreras.  
Mas ántes avendrá que te regales  
Bajando á las moradas infernales.

## CXXXVI.

»Harás, en pos de mí yendo, hijo mio,  
Cruzando el hondo Averno, oficio grato  
Que yo no habito el Tártaro sombrío,  
Mas los campos Eliseos moro y trato,  
Deliciosa comarca, gremio pio:  
Una maga de púdico recato,  
Si hartas víctimas negras inmolaes,  
Te llevará á los místicos lugares.

## CXXXVII.

»Y la prole y ciudad que te destina  
Fortuna, entónces mirarás presente.  
Mas ahora, adios: la Noche ya declina,  
Y con soplos me acosa el Oriente  
De sus potros fogosos, que avecina.»  
Así hablaba la sombra, y de repente  
Húrtase al hijo y á su amante empeño  
Cual humo vano ó fábrica de un sueño.

## CXXXVIII.

Y él, «¿Por qué de mis brazos se desliza  
Tu imagen? ¿no te curas de mi ruego?  
¿Huyes? ¿me dejas?» clama; y la ceniza  
Resucitando incontinente, el fuego  
Que aletargado dormitaba, atiza:  
Sacra masa y colmado incienso luégo  
Al Dios ofrece que á su pueblo ampara,  
Y humilde á la alma Vesta honra en el ara.

## CXXXIX.

Consumó el sacrificio, y convocados  
Sus amigos, Acéstes el primero,  
Repite los oráculos sagrados  
De su padre, de Jove mensajero;  
La voluntad pronuncia de los hados  
Y su propia intencion franco y sincero:  
No hay á sus planes quien demoras teja;  
Acéstes coronarlos aconseja.

## CXL.

Madres se alistan que en los nuevos techos  
Fundar asientos de familias deban:  
Quédanse á par cuantos vulgares pechos  
De grandes cosas ambicion no llevan.  
Tostados bancos, mástiles deshechos,  
Vuelan los otros á mudar; renuevan  
Remos, jarcias, con mano diligente;  
Número escaso, mas resuelta gente.

## CXLI.

Marca el troyano Rey con el arado  
De la ciudad el ámbito; sortea  
Los solares del campo rodeado  
Para edificios, y esto manda sea  
Troya, y eso Ilion. Alborozado,  
Cordial troyano, Acéstes, á la idea  
Del nuevo reino, tribunal y plaza  
Designa, y al Senado fueros traza.

## CXLII.

Luégo á Vénus Idalia, venerada  
De su pueblo, en el vértice Ericino  
Dedica, por pacífica morada,  
Un templo de los astros convecino:  
De Anquíses al sepulcro hace se añada  
Culto, y ministro, y bosque peregrino;  
Y banquetes ordena, y alegrías,  
Y piadosos oficios nueve días.

## CXLIII.

Ya llegaba el momento: el Austro insiste  
Convidando á la mar blanda y serena:  
Alzase lloro femenil, y triste  
La córva playa con lamentos suena:  
En el abrazo último resiste  
Amor á desatar dulce cadena:  
Las madres mismas que la mar temian,  
Ni áun la osaban nombrar, partir querrian.

## CXLIV.

Cuantos han de quedarse, en sus fatigas  
 Parte al troyano Rey piden ahora:  
 El con palabras los consuela amigas,  
 Hijos á Acéstes los entrega, y llova.  
 Manda á las Tempestades enémigas  
 Matar una cordera; á Eríce adora;  
 Tres becerros tambien manda le maten,  
 Y que en órden los cables se desaten.

## CXLV.

Yérguese él en la prora, coronado  
 De hojas menudas de sagrada oliva:  
 Un vaso empuña, al piélagos salado  
 Intestinos arroja, y néctar liba.  
 En popa aura terral hiere de grado  
 Alejando las naves de la ríba;  
 Bogan el remo, y al batir contino  
 Cubren de espuma el líquido camino.

## CXLVI.

No halla en tanto á su afán Vénus sosiego;  
 Vuéla á Neptuno, y «El que Juno abriga  
 Odio irreconciliable,» gime, «al ruego,  
 Neptuno ilustre, á descender me obliga;  
 Que no su ira cruel, su rencor ciego  
 Amansan años ni piedad mitiga,  
 Ni lo que ordena el hado ó Jove manda  
 Su indómita ambicion quiebra ni ablanda.

## CXLVII.

»Eterno es el furor que su alma siente;  
 Que no bastó á su cólera sombría  
 Haber talado la ciudad potente  
 Que en la ancha Frigia dominaba un dia,  
 Ni arrastrar las reliquias de su gente  
 Por senda de martirio. Todavía  
 Al pueblo hundido en perseguir no cesa  
 En sus huesos nadantes y pavesa!

## CXLVIII.

»La causa ella sabrá de tanta saña:  
 Yo sé, y las ondas libicas tú mismo  
 Viste cómo á manera de montaña  
 Encrespó amenazando cataclismo;  
 De Eolo en el favor fió; se engaña;  
 Mas era su intencion cielo y abismo  
 En uno confundir; y así la impía  
 Insolente tus reinos invadía.

## CXLIX.

»Hoy, ¡qué horror! á las hembras roba el tino,  
 Y las naves ardiendo á los Troyanos,  
 Fuerza á Enéas, cerrándole el camino,  
 A dejar en destierro á sus hermanos.  
 Haz siquiera que al Tibre laurentino  
 Estos últimos restos lleguen sanos,  
 Si ya al muro las Parcas prometido  
 No han de negarles; si lo justo pido.»

## CL.

Respondió el Dios que el ponto señorea:  
 «Pon confianza en el imperio mio,  
 Que en mis reinos naciste, Cítrea,  
 Y ya á Eneas mostré mi afecto pio:  
 Yo mil veces, por él, si el mar ondea  
 Las nubes conjurando á estrago impío,  
 Serené la amenaza; y no hice ménos  
 En tierra que del piélagos en los senos.

## CLII.

»Janto y Símois me saquen verdadero:  
 Cuando Aquiles con furia impetüosa  
 Por la espada inmoló tanto guerrero  
 Que contra el muro de Ilion acosó;  
 Cuando, enfrenando su ímpetu ligero  
 El álveo, que en cadáveres rebosa,  
 El Janto por las márgenes gemia  
 Ni hallar lograba hácia mis reinos via;

## CLIII.

»Yo á tu hijo entónces arranqué á la muerte  
 En nube con que entorno le rodeo,  
 Viéndole ménos bienhadado y fuerte  
 Combatir con el hijo de Peleo;  
 Ni vacilé en librarle de esa suerte  
 A pesar del furor de mi deseo,  
 Que hundir yo ansiaba la ciudad perjura,  
 Ya (¡mal pecado!) de mi mano hechura.

## CLIII.

»¿Qué dudas, pues? ¿qué temes por Eneas?  
 Yo lo mismo que entónces, ahora siento:  
 El al puerto de Averno que deseas  
 Llegará con su gente á salvamento:  
 Habrá sólo uno que anegarse veas,  
 Escogido holocausto.» Así el aliento  
 Neptuno á Vénus vuelve; y ya bizarro  
 Con arreos de oro orna su carro.

## CLIV.

Pone á los brutos el bañado freno,  
 Dales con fácil mano suelta brida,  
 Y por el mar, magnífico y sereno,  
 En su carroza va de azul teñida:  
 Tiéndese igual sobre el materno seno  
 Bajo el eje tonante la onda erguida,  
 Y cuanto nublo encapotó la esfera  
 Su fuga por los aires acelera.

## CLV.

Acompañan en torno al Dios marino  
 Grandes cetos y rápidos tritones;  
 Glauco y su coro, y Palemon de Ino,  
 Y Forco y sus revueltos escuadrones:  
 Hienden á izquierda el reino cristalino  
 Las hijas de sus húmidas mansiones;  
 Talía allí, Cimódoce campea,  
 Tétis, Melite, y blanda Panopea.

## CLVI.

En la mente de Enéas indecisa  
 Bullen en tanto imágenes amenas:  
 Manda arbolar los mástiles aprisa  
 Y las velas tender por la entenas:  
 No hay, lonas al izar, mano remisa;  
 Ya á este lado, ya á aquél las sueltan llenas;  
 Tuercen cabos, retuércenlos á una;  
 Mueve miétras la escuadra aura oportuna.

## CLVII.

Palinuro adelante firme guía  
 La flota, que á su espalda se aglomera:  
 Marchan, y á la orden obediente, fia  
 Cada nave en la nave delantera.  
 Casi la vaporosa Noche había  
 Tocado á la mitad de su carrera;  
 Y al pié del remo, de temor seguros,  
 Duermen los nautas en los bancos duros.

## CLVIII.

Dejó en esto las célicas regiones  
 Ligeró un Sueño que las sombras hiende;  
 Mudo vuela, y fatídicas visiones  
 Trayendo, ¡oh Palinuro! á tí descende:  
 Sentado en la alta popa, las facciones  
 De Fórbas toma, y seducirte emprende:  
 ¡Mísero! que con voces de dulzura  
 Ya el falso diosecillo te conjura:

## CLIX.

«¡Hijo de Yasio, Palinuro mio!  
 Mira cómo resbala blandamente  
 Llevado de las ondas el navío;  
 ¡Qué propicio que espira el manso ambiente!  
 Un rato al soporífero rocío  
 Inclina ya la fatigada frente;  
 Hora es de descansar: duerme sin miedo,  
 Que yo en tanto por tí velando quedo.»

## CLX.

Alzó el otro los párpados apenas  
 Y dijo: «¿Lo que vale la semblanza,  
 Quieres que olvide yo, de olas serenas?  
 ¿Que ponga en monstruo aleve confianza  
 Pretendes por ventura? ¿Me encadenas  
 Porque entregue mi Rey á la mudanza  
 De mar y viento, de quien tantas veces  
 Probé las veleidades y dobleces?»

## CLXI.

Dice, é inmóvil se afianza, y traba  
 Del gobernalle con ahincado empeño;  
 Mira á los astros, y en los astros clava  
 Los mustios ojos resistiendo al sueño.  
 Mas ya una y otra sien le golpeaba  
 El Dios con su balsámico beleño  
 En las aguas del Lete humedecido,  
 Y los ojos le anega en alto olvido.

## CLXII.

No bien los miembros el sopor le afloja  
 Cuando el sueño sobre él se precipita;  
 Mas no del gobernalle le despoja  
 Ni de su asida posición le quita,  
 Antes al mar con el timon le arroja  
 Y á un parte de la popa: llama, grita  
 Cayendo el triste; nadie oyó su acento;  
 Y el Dios aleteando huye en el viento.

## CLXIII.

Segura, empero, prosiguió la flota  
 Del favor de Neptuno protegida.  
 Mas hé aquí ya se acerca en su derrota  
 A la roca, otro tiempo tan temida,  
 De las Sirenas, que la mar azota,  
 De albos huesos de náufragos guarida;  
 Y léjos con monótonos bramidos  
 Resuenan los escollos combatidos.

## CLXIV.

Notó Enéas entónces que á la armada  
 Falta el piloto y perecer podría;  
 Y con mano acudiendo acelerada  
 La noche toda él mismo el timon guía;  
 Y entónces exclamó con voz ahogada:  
 «¡Pobre amigo! ¡fiaste en demasia  
 De cielo bonancible y mar serena;  
 Yacerás insepulto en triste arena!»

## LIBRO SEXTO.

## I.

Así hablaba y lloraba juntamente,  
 Ya, riendas dando, por el mar navegan,  
 Y á las costas de Cúmas (cuya gente  
 De Eubea vino) sin tardanza llegan.  
 Tornan proas al mar: con tenaz diente  
 La ancla fija el bajel, y á tierra apegan  
 Las corvas popas, que en la orilla alzadas  
 La bordan de colores variadas.

## II.

Ledos embisten en hesperia tierra:  
 Quién hiere el pedernal, que en sus entrañas  
 De la llama los gérmenes encierra;  
 Quién penetra las ásperas montañas  
 Y leños corta, ó por su seno yerra,  
 Intrincada guarida de alimañas,  
 Y vuelve, y dando de placer señales  
 Enseña los hallados manantiales.

## CLXII.

No bien los miembros el sopor le afloja  
 Cuando el sueño sobre él se precipita;  
 Mas no del gobernalle le despoja  
 Ni de su asida posición le quita,  
 Antes al mar con el timon le arroja  
 Y á un parte de la popa: llama, grita  
 Cayendo el triste; nadie oyó su acento;  
 Y el Dios aleteando huye en el viento.

## CLXIII.

Segura, empero, prosiguió la flota  
 Del favor de Neptuno protegida.  
 Mas hé aquí ya se acerca en su derrota  
 A la roca, otro tiempo tan temida,  
 De las Sirenas, que la mar azota,  
 De albos huesos de náufragos guarida;  
 Y léjos con monótonos bramidos  
 Resuenan los escollos combatidos.

## CLXIV.

Notó Enéas entónces que á la armada  
 Falta el piloto y perecer podría;  
 Y con mano acudiendo acelerada  
 La noche toda él mismo el timon guía;  
 Y entónces exclamó con voz ahogada:  
 «¡Pobre amigo! ¡fiaste en demasia  
 De cielo bonancible y mar serena;  
 Yacerás insepulto en triste arena!»

## LIBRO SEXTO.

## I.

Así hablaba y lloraba juntamente,  
 Ya, riendas dando, por el mar navegan,  
 Y á las costas de Cúmas (cuya gente  
 De Eubea vino) sin tardanza llegan.  
 Tornan proas al mar: con tenaz diente  
 La ancla fija el bajel, y á tierra apegan  
 Las corvas popas, que en la orilla alzadas  
 La bordan de colores variadas.

## II.

Ledos embisten en hesperia tierra:  
 Quién hiere el pedernal, que en sus entrañas  
 De la llama los gérmenes encierra;  
 Quién penetra las ásperas montañas  
 Y leños corta, ó por su seno yerra,  
 Intrincada guarida de alimañas,  
 Y vuelve, y dando de placer señales  
 Enseña los hallados manantiales.

## III.

Mas Enéas piadoso á las alturas  
 En que Apolo descuella, se encamina,  
 Y las cuevas recónditas, oscuras,  
 Busca de la terrífica adivina  
 Que, inflamada del Dios, cosas futuras  
 En estro rebosando vaticina:  
 ¿Veisle? entrando con otros va derecho  
 Ora el bosque aternal, ya el áureo techo.

## IV.

Dédalo de comarcas sanguinosas  
 Huyendo, es fama, y del furor de Mínos,  
 Fiarse osó con alas vagarosas  
 A los reinos del aura cristalinos:  
 A la region helada de las Osas  
 Su vuelo por insólitos caminos  
 Tendió, y moviendo las nadantes plumas,  
 Fué en el alcázar á parar de Cúmas.

## V.

Por vez primera allí devuelto al suelo,  
 Grato, Apolo, al favor, logró ofrecerte  
 Sanas las alas que bogó en su vuelo  
 Y un templo dedicarte hermoso y fuerte.  
 En las puertas, de Andrógeo el fin, el duelo  
 Grabó de los Cecrópidas, que á muerte  
 Siete hijos tributaban cada un año;  
 La urna ciega allí está do sale el daño.

## VI.

En frente, en medio al mar, se representa  
 Creta: allí lo cruel de sus amores,  
 Del toro esclava, Pasifae ostenta;  
 Monumento de estúpidos furores  
 Allí el biforme Minotauro asienta  
 La planta; con sus vueltas, sus errores,  
 Incierto entorno el laberinto gira,  
 Y á la amante princesa horror inspira.

## VII.

Cediendo de la triste á la porfia,  
 Allí Dédalo mismo de Teseo  
 El paso inducto con el hilo guia:  
 Ícaro, y tú tambien lograras, creo,  
 Insigne asiento en la áurea galería;  
 Mas de padre el dolor ganó al deseo  
 Del artifice audaz, que, el brazo alzando,  
 Caer dos veces le dejó, llorando.

## VIII.

Enéas con su gente asaz tuviera  
 En cada cuadro la mirada fija,  
 Si, enviado adelante, no volviera  
 Turbando Acátes su atencion prolija:  
 Con Acates, graciosa compañera,  
 Deífobe llegó, de Glauco hija,  
 Intérprete de Apolo y de Diana;  
 Que vuelta al Rey de la nacion troyana,

## IX.

«No es sazón de admirar primores tales,»  
 Le dice: «importa que inmolar decidas  
 De grey vacuna siete recentales  
 Y á par siete ovejuelas escogidas.»  
 Esto dijo: Troyanos principales  
 Van á cumplir las órdenes oídas;  
 Y mostrándoles sigue ella el camino  
 Al elevado templo Sibitino.

## X.

Hay en la roca eubea un lado hendido,  
 Antro de cien entradas y cien puertas  
 Que cien voces arrojan con rúido,  
 De la oculta Deidad respuestas ciertas.  
 Cuando llegaban al umbral temido,  
 «¡Tiempo es que el ruego á consultar conviertas!  
 Tus hados, huésped!» la doncella exclama;  
 Hé aquí el Dios, hé aquí el Dios! mi mente inflama.»

## XI.

Esto la vírgen pronunció en la entrada  
 De la inmensa caverna: en ese instante  
 Tartamudea, la color mudada,  
 Crespo el cabello, atónito el semblante:  
 Enfurecida, aérea, agigantada,  
 Hínchale el Dios el seno jadeante,  
 Y ya llena del númen soberano,  
 Vibró puro su acento aún más que humano:

## XII.

«¡Eneas! ¿no será que al Númen santo  
 Con tus votos y súplicas regales?  
 No han de abrirse á tus pasos entretanto  
 Del pavoroso templo los umbrales.»  
 Calló: los Teucros con glacial espanto  
 Oyeron resonar palabras tales,  
 Y postrándose el Rey, con hondo acento  
 Oro así en religioso arrobamiento:

## XIII.

«Febo, que de infortunios y pesares  
 De los hijos de Troya te apiadas;  
 Tú que al cuerpo del de Éaco, de Páris  
 Las flechas dirigiste enherboladas:  
 Salvo, merced es tuya, hendí anchos mares  
 Que á ceñir van regiones apartadas;  
 Yo he cruzado las costas africanas;  
 Yo las hórridas sirtes vi cercanas.

## XIV.

«Hoy piso en fin el límite italiano,  
 Tierra de promisión que ántes huía;  
 ¡Así ei signo maléfico troyano  
 Haya hasta aquí llegado en su porfía!  
 Y ¡oh cuantos con furor visteis insano  
 Crecer la gloria de mi patria un día!  
 ¡Dioses todos y diosas! sin enojos  
 Volved ya en fin á Troya vuestres ojos!

## XV.

»Y ¡oh tú que en siglos ves aún no llegados,  
Santa sacerdotisa! (yo no pido  
Imperio no ofrecido por mis hados)  
Da á mis Teucros gozar reposo y nido  
Con los Dioses de Troya fatigados;  
Y á Hécate y á Apolo, agradecido,  
De mármol fundaré templo y altares  
Y fiestas en su honor apolinales.

## XVI.

»Tú en mi reino también ilustre asiento  
Tendrás, y tus sagradas predicciones  
Guardando con solemne acatamiento,  
Tu culto servirán dignos varones.  
Mas oye: á la merced irán del viento  
Tus palabras si en hojas las dispones;  
Canta tú misma lo que cierto veas.»  
Aquí dió fin á su oración Enéas.

## XVII.

En tanto la Sibila aún se subleva  
Por sacudir el númen que la oprime,  
Y feroz se revuelve en la ancha cueva:  
Fogoso corazón, labio que gime  
El Dios le doma, que sobre ellos lleva  
Hasta grabarla, inspiración sublime;  
Y dan su voz en ecos las cien puertas  
Todas á un tiempo sin esfuerzo abiertas,

## XVIII.

Diciendo: «¡Oh tú hasta ahora libertado  
De los riesgos del iélago marino,  
Hoy de riesgos de tierra amenazado!  
Vendrá tu gente al reino de Lavino  
(No temas, no, que lo revoque el hado);  
Mas tiempo habrá que lllore porque vino;  
Guerras, ásperas guerras estoy viendo;  
Miro al Tibre ondear, de sangre horrendo.

## XIX.

»Otro Janto, otro Símois, y otra hogaña  
Campana cual la griega rigurosa  
Verás, que el Lacio cria ya en tu daño  
Otro Aquiles feroz hijo de Diosa;  
Ni faltará á tu gente en suelo extraño  
De Juno el odio que jamás reposa;  
Y en tanto, ¿qué ciudades, ni qué playas  
Habrá, infeliz, donde á rogar no vayas?

## XX.

»Y otra vez bodas en foráneo suelo  
Llorarán los Troyanos; y esa esposa  
¡Cuánto traerá de afán! ¡cuánto de duelo!  
¡A ti y á tus vasallos cuán costosa!  
Tú, hasta do el hado sufra, insta en tu anhelo,  
Y lograrás, mudanza milagrosa,  
Que antes que no otra, á próspero destino  
Una griega ciudad te abra camino.»

## XXI.

Tal desde su antro la Sibila fiera,  
 Con voz que infunde admiracion y espanto,  
 Hechos desvuelve, edades acelera,  
 Y en sombras la verdad brilla en su canto;  
 Tal de su labio el ímpetu modera  
 El Dios que el corazon le aguja en tanto;  
 Mas serenada al fin su ira espumante,  
 A hablarle torna el héroe suplicante:

## XXII.

«Aun no me has anunciado ¡oh vírgen! nada  
 Ó nuevo ó imprevisto de mi vida.  
 Mas oye: si hay aquí al Averno entrada,  
 Si aquí está la laguna tan temida,  
 Con sobras de Aqueronte sustentada,  
 Concede que un favor solo te pida:  
 Mi padre anhelo ver; guía mi planta,  
 Y dignate de abrir la puerta santa.

## XXIII.

«¡Mi padre! Yo de en medio al enemigo  
 Entre llamas y dardos libértelo;  
 Yo le puse en mis hombros, y él conmigo  
 Fué dándome doquier fuerza y consuelo:  
 El fué en mis viajes mi mejor amigo;  
 El los rigores de la mar y el cielo  
 Con generosas muestras de osadía,  
 Milagrosa en su edad, llevar solía.

## XXIV.

»Y él, él me persuadió que reverente  
 Llegase, y suplicante, á tus umbrales:  
 ¡Oh! del padre y del hijo juntamente  
 Te apiaden los trabajos inmortales;  
 Que tú eres, vírgen santa, omnipotente,  
 Y de los negros bosques infernales  
 La pavorosa Hécate no en vano  
 El cetro aterrador puso en tu mano.

## XXV.

»La prenda de su amor el tracio Orfeo,  
 Luégo que hondo el Erebo la devora,  
 A salvar acertó, felice empleo  
 Haciendo de su citara sonora:  
 Pólux, merced de enérgico deseo,  
 Librar logró al hermano á quien adora,  
 Y partiendo con él su sér divino  
 Pasa y repasa el lóbrego camino.

## XXVI.

»Callaré de Teseo; del tremendo  
 Alcides callo y su potente maza:  
 ¡Yo, yo tambien de Júpiter descendí!»  
 Pronuncia el héroe, y al altar se abraza,  
 Otra vez la adivina respondiendo,  
 «Troyano hijo de Anquíses, de la raza  
 De los supernos Dioses procedente,  
 Oyéme,» dice, «y grábalo en tu mente:

## XXVII.

»Fácil es del Averno la bajada;  
De día y noche á la region oscura  
Patente está la pavorosa entrada;  
Mas volver y elevarse al aura pura,  
Esa es la parte trabajosa, osada:  
Muy pocos á quien Jove con ternura  
Vió, ó que ardiente virtud al Cielo eleva,  
Vencieron, raza de héroes, la ardua prueba.

## XXVIII.

»Cubren selvas espesas y sombrías  
El centro del Averno; á la redonda  
Carcomiendo el Cocito ciegas vías  
Con su torpe caudal callado ronda.  
Mas si forzar el Tártaro porfías  
Y dos veces cruzar la estigia onda,  
Si en esto gozas que á otros acobarda,  
Cómo has de comenzar escucha y guarda.

## XXIX.

»En medio de estas selvas donde moro,  
Oculto un ramo está que el tallo tierno  
Tiene, y las hojas trémulas, de oro,  
Consagrado á la Juno del Infierno:  
Cierra en su seno el fúlgido tesoro  
Hojoso un árbol entre el bosque eterno,  
Y de valles en torno guarnecido,  
La amiga lobreguez le hurta al sentido.

## XXX.

»Y nadie ya la subterránea ruta  
Pudo emprender á do el amor te llama,  
Si ántes no desgajó la rica fruta:  
La hermosa Proserpina esa áurea rama  
Apropiada á su gloria la reputa,  
Y es el obsequio que entre todos ama:  
Segado el tallo, el gérmen no perece;  
Retoña, y la áurea yema amarillece.

## XXXI.

»Vé, y de alto en torno el árbol investiga  
Con atenta mirada, y avistado,  
Allá tiende la mano; que si amiga  
La suerte rie, con sensible agrado  
Al punto hará que el vástago te siga;  
Pero si adusto te rechaza el hado,  
No habrá fuerte segur ni ahincado empeño  
Que el ramo aparte del materno leño.

## XXXII.

»Mas ¡ah! miéntras al sacro umbral se inclina  
Tu oído, atento al deseado indulto,  
Un cadáver tus tropas contamina;  
Fué tu amigo y le ignoras insepulto:  
A honrarle ovejas negras vé y destina;  
Su cuerpo vé á librar de odioso insulto;  
Y así, en fin, á estas lóbregas moradas  
Bajarás, no á vivientes franqueadas.»

## XXXIII.

Cesó, y quedóse la adivina muda.  
La medrosa caverna el héroe deja;  
Mirando al suelo va, y acerba duda  
Le roe el corazón. Con él se aleja  
Acátés, fiel amigo; igual la aguda  
Pena que á Enéas, al andar le aqueja:  
¿Quién será, cada cual finge y cavila,  
El que muerto nos canta la Sibila?

## XXXIV.

Hablando, pues, del mal que les espera,  
De dolor y ansiedad el pecho lleno,  
Alá tirado en la árida ribera  
Cadáver infeliz ven á Miseno:  
Miseno, hijo de Eolo, á quien diera  
Natura el arte de excitar al bueno  
A los combates, y el guerrero bando  
Llenar de fuego, su clarín tocando.

## XXXV.

Él, cuando Troya, acompañado habia  
Á Héctor: los campos él, de Héctor al lado,  
Con su trompa y su lanza recorria  
En la lanza y la trompa ejercitado;  
Después, cuando de la alma luz del día  
Héctor fué por Aquiles despojado,  
De Enéas al mandar el fiel guerrero  
(Partido no inferior) puso su acero.

## XXXVI.

Mas ahora que insensato en la ribera  
Retaba al són de cóncava bocina  
Al númen que á emularle se atreviera,  
Envidiando Titon su arte divina  
(Si no miente la fama vocinglera)  
Ahogóle en la espumosa onda marina.  
Cercándole los suyos danle en tanto,  
Enéas sobre todo, amargo llanto.

## XXXVII.

Y llorando, el sagrado mandamiento  
A cumplir van, y fúnebres altares  
Con árboles á alzar al firmamento:  
Van á una antigua selva, hondos hogares  
De fieras: al herir de hachas violento,  
Los fresnos y los pinos seculares  
Vacilan, los hendibles robles gimen,  
Y los olmos rodando el bosque oprimen.

## XXXVIII.

A los suyos el héroe, aperebido  
De iguales armas, guía en la faena  
Con la voz y el ejemplo, y con gemido  
Dice, el gran bosque al ver que en torno suena:  
«Ya el presagio cruel está cumplido  
En tí, amigo infeliz, ¡oh cruda pena!  
¡Así á mis ojos se mostrase ahora  
El árbol que áureos frutos atesora!»

## XXXIX.

Así exhala plegarias y querellas,  
 Cuando á su vista, sobre el manso viento,  
 Llegan iguales dos palomas bellas  
 Abatiendo el sùave movimiento  
 A posarse en el cèsped verde. En ellas  
 Mira Enéas atónito y atento  
 Las mensajeras de su madre, y clama  
 Con el acento del que espera y ama:

## XL.

«Oh aves misteriosas! si camino  
 Abre el hado, marcadle con el vuelo;  
 Id al ramo que en torno peregrino  
 Con rica sombra ampara el fértil suelo!  
 Y tú en esta sazón, felice tino  
 Concede, ¡oh madre! y el favor que anhelo.»  
 Calla; y qué auguren al picar la hierba,  
 O á dó tiendan las aves, fijo observa.

## XLI.

Hasta do el ojo va, la copia alada  
 Sigue el volar, sigue el volar rastrero;  
 Mas asomando á la hedionda entrada  
 De Averno, se alza en ímpetu ligero:  
 Buscan las dos la copa deseada,  
 Y á un tiempo ocupan el feliz madero,  
 Do entre pardos verdores amarillo  
 El ramo desigual muestra su brillo.

## XLII.

Como en bosques que invierno heló, enverdece  
 El visco, y con la prole de que abunda,  
 No hija del árbol á que asido crece,  
 El tronco protector blondo circunda;  
 Tal la ráfaga de oro resplandece;  
 Tal, herida del aura vagabunda,  
 Treme y cruje la lámina divina  
 En medio allá de la copuda encina.

## XLIII.

Del ramo inerte el Rey ase impaciente  
 Y vuela á la mansion de la adivina.  
 Sigue entretanto la llorosa gente  
 Tristes honras haciendo en la marina  
 A la insensible víctima presente:  
 De maderas copiosas en resina,  
 Y duros troncos de que rajas llevan,  
 Ingente pira desde luégo elevan.

## XLIV.

Y de mustias guirnaldas guarnecida  
 Y de rectos cipreses custodiada,  
 De adorno sobrepónenle en seguida  
 El limpio arnes y la desnuda espada.  
 En calderas de bronce recogida  
 Llegan agua á la lumbre aderezada,  
 Y ántes de que las llamas lo consuman,  
 El cuerpo helado lavan y perfuman.

## XLV.

Unos, en medio del comun gemido,  
Le extienden sobre el fúnebre tablado,  
De su lujosa púrpura ceñido;  
Otros (¡penoso ministerio!) á un lado  
Vuelto el rostro, por rito establecido,  
Pegan la antorcha al féretro enlutado:  
Viandas, incienso, aceite rebosante,  
Todo el fuego lo envuelve en un instante.

## XLVI.

Cuando en pavesas descansó la llama,  
Corineo balsámica ambrosía  
En las reliquias cálidas derrama,  
Y á una urna de metal los huesos fia:  
De noble olivo consagrada rama  
Blandiendo leve, á los demas rocía  
Con lustral aspersion que hace tres veces;  
Llora, y pronuncia las finales preces.

## XLVII.

El Rey, de gratitud y piedad lleno,  
Manda erigir soberbia sepultura;  
Y, «Al túmulo fijar,» les dice, «ordenó  
Su clarín y su remo y su armadura.»  
Se hizo al pié de un peñon, que de Miseno  
Recibió el nombre que inmortal le dura.  
Enéas á cumplir vuela, tras eso,  
El sagrado mandato en su alma impreso.

## XLVIII.

Hay en aquel confin una honda sima,  
Vasta caverna de escabrosa roca:  
Negro bosque, que en torno se arracima,  
Guarda, y medroso lago, la gran boca.  
No impune el ave que revuele encima  
El torpe aire con sus alas toca  
Que en columna de fétidos vapores  
Sale á infestar los cercos superiores.

## XLIX.

Trajo allí el Rey de la troyana gente  
Cuatro negros novillos, á quien riega  
Con vino la Sibila la alta frente;  
Entre las astas elegido siega  
Vellon cerdoso, que á la llama ardiente,  
Dón primerizo y breve pasto, entrega;  
Y á Hécate á grandes voces llama, Diosa  
En Cielo y en Averno poderosa.

## L.

Quién apresta al degüello la cuchilla;  
Quién vasos llena en sangre que chorrea:  
Enéas mismo con su espada humilla  
Lúcia cordera cuya piel negrea,  
Porque la Noche, de furial cuadrilla  
Madre, y su hermana al par, fácil le sea;  
Inmolando despues estéril vaca,  
Tu númen, Proserpina, honra y aplaca.

## LI.

Nocturnas aras en seguida eleva  
Al Rey estigio: enteras á la llama  
De los novillos las entrañas lleva,  
Y encima óleo abundante les derrama.  
Y hé aquí, ántes de rayar aurora nueva,  
Treme la tierra, su hondo seno brama,  
Oscilan selvas y vecinos cerros,  
Y en la sombra ulular se oyen los perros.

## LII.

Ya llega la Deidad. Con voz sonora  
Grita la profetisa: « Huid, profanos!  
Desamparad la selva; y solo ahora  
Ven tú conmigo, oh Rey de los Troyanos!  
¡Ven, desnuda la espada vencedora,  
Rodeado de alientos sobrehumanos!»  
Dijo y hundióse: á su furente guía  
Enéas con pié intrépido seguía.

## LIII.

¡Oh los que de las almas inmortales  
Teneis, Dioses, el cetro y monarquía!  
¡Cáos! ¡Flegeton! ¡Tinieblas sepulcrales!  
¡Lugares de silencio y noche umbría!  
¡Concededme salvar vuestros umbrales,  
Y que al orbe revele la voz mía  
Lo que vi, lo que oí, cuanto misterio  
Guarda vuestro hondo, funeral imperio!

## LIV.

Opacos bajo noche alta y desierta,  
Cruzando iban, los dos, reinos vacíos  
Que allende yacen de la odiosa puerta:  
Tal en bosques callados y sombríos  
Al viajero señala senda incierta  
Maligna luna con sus rayos fríos,  
Cuando atristan el Cielo alas nublosas  
Y hosca el color la noche hurta á las cosas.

## LV.

Ante el mismo vestibulo, manida  
Hicieron las Congojas vengadoras,  
Las Dolencias de faz descolorida,  
Y tú, arada Vejez con ellas moras:  
Dolor, Terror, Necesidad raida,  
Hambre, que induce á criminales horas:  
Todos ellos, terríficas figuras,  
Guardan las fauces del Averno oscuras.

## LVI.

Y el Trabajo, y la Muerte, y compañero  
El Sueño de la Muerte, su impía hermana,  
Vense, avanzando hácia el umbral frontero,  
Y malos Goces de la mente humana:  
De las Furias los tálamos de acero  
Allá están, Guerra atroz, Discordia insana:  
Esta (¡qué horror!) con sanguinosas hebras  
Crina en torno su frente de culebras.

## LVII.

Lleno de años, con sombras halagüeño,  
 Convida un olmo en la mitad; y es fama  
 Que acude en derredor del firme leño  
 Aéreo enjambre que el silencio ama:  
 Subsiste asido un mentiroso ensueño  
 En cada hoja fugaz de cada rama;  
 Y en torno hórridas fieras, monstruos viles  
 Tienen cabe las puertas sus cubiles.

## LVIII.

Centauros hay allí; silbante y fiera  
 Hidra; Scílas biformes que el mar cria;  
 Briareo, el de cien brazos; la Quimera  
 Que de llamas armada desafía;  
 Con sus hermanas Górgona guerrera,  
 Con sus iguales pestilente Arpía,  
 Con tres cabezas Gerion gigante:  
 ¿Quién habrá que los mire y no se espante?

## LIX.

Sintió Enéas pavor: el fuerte acero  
 Esgrime osado, y con su punta amaga  
 Al escuadron de monstruos, que severo  
 Llega delante ó revolando vaga:  
 Que sombras son sin cuerpo verdadero  
 Prudente á tiempo le advirtió la maga;  
 Él, á no detener la voz su brío  
 Hiriera ciego el ámbito vacío.

## LX.

Parte de allí para Aqueron camino:  
 Vasto abismo que en lecho hondo de cieno  
 Hierve, y en el Cocito de continuo  
 El arena descarga de su seno.  
 Guardian del territorio convecino,  
 El mustio río y márgen inameno  
 El barquero Caron adusto cuida  
 Con ceño horrible y faz descolorida.

## LXI.

El cual sucia caer al pecho deja  
 La blanca barba; es fuego su mirada;  
 Cuélgale de los hombros rota y vieja  
 Con un nudo su túnica enlazada;  
 Con tardas velas y un varal maneja  
 El ferrugineo barco en que traslada  
 Los muertos: es su edad, si bien anciana,  
 Vejez propia de un Dios, recia y lozana.

## LXII.

Allí, nube de imágenes ligera,  
 Cuantos dejan del suelo las mansiones  
 Vuelan sobre la fúnebre ribera:  
 Austeras madres; nobles campeones;  
 Vírgenes que en su dulce primavera  
 Segadas fueron; cándidos garzones  
 A quienes ya cabe la alzada pira  
 Lloró el padre infeliz que arder les mira.

## LXIII.

Tantos van los espíritus y tales  
Como las hojas que en la selva, al hielo  
De los últimos días otoñales  
Ruedan precipitadas por el suelo;  
O cual, climas buscando más geniales,  
A través de la mar en largo vuelo,  
Del tiránico invierno desterradas,  
Huir vemos las aves en bandadas.

## LXIV.

Y hé aquí la turba que llegó primera  
Pasar quiere, ántes que otros, lago allende;  
Con vivo amor de la ulterior ribera  
Esfuerza ruegos y las palmas tiende.  
Caron, de tanta multitud que espera,  
Ya á éste toma, ya á aquél; á nadie atiende;  
Mas á muchos también, ¡desventurados!  
Léjos rechaza de los tristes vados.

## LXV.

Viendo el tropel, «¡Oh vírgen veneranda!»  
Dice asombrado Enéas; «¡á qué llegan  
A este río las almas? ¿Qué demanda  
Esa gran multitud? ¿Por qué navegan  
Ledos los unos hácia la otra banda,  
Y éstos, excluidos, en dolor se anegan?  
¿Qué los distingue? di.» Y así de prisa  
Respondió la senil sacerdotisa:

## LXVI.

«Hijo de Anquíses, semidios troyano!  
El lago Estigio y lóbrego Cocito  
Mirando estás, por quien jurar en vano  
Temen los Dioses como gran delito  
A éstos no honró, al morir, piadosa mano,  
Turba doliente en número infinito:  
Ese es Caron; trasporta á opuestos lados  
Los que fueron en muerte sepultados.

## LXVII.

»Ni el linde ingrato y aguas murmurantes  
Logran salvar las ánimas que vagan  
Desprovistas de honores, sin que ántes  
Enterrados en paz sus huesos yagan;  
O cien años arreo andando errantes  
Sobre esta zona, su esperanza halagan;  
Y al cabo de ellos admitidas, vuelan  
A ver, en fin, los sitios por que anhelan.»

## LXVIII.

Paróse con doliente fantasía  
Enéas, y en la gente desechada  
Ve á Leucáspis, ve á Oronte, antiguo guía  
Del bajel licio en la troyana armada:  
Con él salieron de Ilíon un día,  
Y bogando á par de él, á su mirada  
Los hundió en crespas ondas Austro impío  
Que al nauta sacudió, volcó el navío.

## LXIX.

Hé aquí de entre éstos viene Palinuro,  
 Aquel que en la reciente travesía  
 Por el líbico golfo, al mar oscuro  
 Cayó, cuando en mirar se embebecia  
 Los altos astros de temor seguro.  
 Así que Enéas en la niebla umbría  
 Reconoció al llorado compañero,  
 Tornóse á condoler, y habló él primero.

## LXX.

«¿Cuál Dios,» le dice, «Palinuro amado,  
 Ahogándote con mano traicionera  
 Te vino á arrebatár de nuestro lado?  
 Faltóme en cuanto á ti, por vez primera,  
 Fiel ántes siempre Apolo á lo anunciado,  
 Prometiendo que salvo á la ribera  
 Deseada de Italia tocarías:  
 ¡Mal coronó las esperanzas mías!»

## LXXI.

La sombra respondió: «Ni fraudulento  
 Fué contigo el oráculo divino,  
 ¡Oh hijo de Anquíses! ni en el mar sediento  
 Númen odioso á sepultarme vino.  
 Yendo yo, en vela, á mi deber atento,  
 Casual golpe en la popa sobrevino,  
 Y en medio de las ondas, sin soltalle,  
 Caí con el fiado gobernalle.

## LXXII.

»Y juro por la negra mar, Rey mio,  
 Que, perdido el asiento, el timon roto,  
 Más que por mí cuidé que tu navío,  
 Privado de defensa y de piloto,  
 Mal pudiese del piélagó bravío  
 Los golpes contrastar. Violento Noto  
 Tres noches borrascosas de ardua brega  
 Me arrastró léjos sobre la onda ciega.

## LXXIII.

»Vi las costas de Italia al cuarto día,  
 Encumbrado por hórrida oleada:  
 Poco á poco nadaba, y salvo habria  
 Hollado, en fin, la playa deseada;  
 Mas, ¡triste! como á presa de valía  
 Me embiste horda feroz blandiendo espada  
 No bien de húmedas ropas agobiado  
 Trépaba, uñas hincando, agrio collado.

## LXXIV.

»Hoy, desecho del mar, en sus riberas  
 Vientos me azotan. Por la luz del cielo  
 Y las auras que áun gozas placenteras,  
 Por tu hijo amado, y por su ilustre abuelo,  
 Si á éste das honras que de aquél esperas,  
 Tu invicta mano de tan grande duelo  
 En el puerto de Velia me redima  
 Piadosa arena derramando encima.

LXXV.

»Ó ya, supuesto que, de Olimpo santo  
 Por favor especial, bajado hayas  
 A visitar los reinos del espanto  
 Y de tu madre encaminado vayas,  
 La diestra alarga, si merezco tanto,  
 Y arrástrame contigo á opuestas playas,  
 Porque al cabo, rendido de fatiga,  
 En muerte al ménos reposar consiga.»

LXXVI.

Y dijo la adivina: «¿Estás demente,  
 Oh sombra temeraria? ¿Por ventura  
 Querrás el lago Estigio, la corriente  
 Pasar de las Euménides oscura,  
 Tú que no ostentas divinal presente  
 Ni gozas en la tierra sepultura?  
 ¡Triste! no esperes á poder de ruegos  
 Los hados ablandar sordos y ciegos.

LXXVII.

»Mas escucha mi voz, y tus dolores  
 Consuela recordando anuncios tales:  
 Habrá de ancha region habitadores  
 Que, en fuerza de prodigios celestiales,  
 Tu sombra aplacarán, darán honores,  
 Te alzarán monumentos sepulcrales;  
 Y el sitio, Palinuro, que te guarde  
 Hará por siglos de tu nombre alarde.»

LXXVIII.

Al són de estas palabras, un momento  
 Mitigó Palinuro su agonía,  
 Y fué, revolviendo el pensamiento  
 Que un pais de su nombre se gloria.  
 Ellos siguen en tanto á paso lento.  
 Caron su barca á la sazón movia,  
 Y de en medio del lago divisólos  
 La muda selva atravesando solos.

LXXIX.

Y en recia voz prorumpo: «Tú, quienquiera  
 Que armado invades mis dominios, tente,  
 Y qué quieres, di luégo, en mi ribera.  
 Aquí en horror profundo eternamente  
 Moran los Sueños y la Noche impera:  
 No admite el bote estigio alma viviente;  
 Ni de atinado, si exenté, me loo,  
 Ya á Alcides, ya á Teseo y Piritoo.

LXXX.

»En su abono, su origen sobrehumano  
 Mostraban, cierto, y generoso brío:  
 ¡Ah, y aquél ante el trono del tirano  
 Fué el guarda á encadenar del reino umbrío,  
 Y temblando arrastróle con su mano;  
 Y estotros en furioso desvarío  
 Por robar nuestra Reina, ¿quién tal osa?  
 El tálamo invadieron de la Diosa!»

## LXXXI.

En breves frases respondió prudente  
 La inspirada de Anfriso: «Insidias viles  
 No temas, no, que anide nuestra mente,  
 Ni armas contemplas á tu imperio hostiles:  
 El encovado can salvo amedrente  
 Con eternos baladros sombras miles:  
 Hécate, sin temor de agravio impío,  
 Casta guarde el umbral del regio tío.

## LXXXII.

»Y es que Enéas de Troya, á quien la fama  
 En piedad, en valor, no dió segundo,  
 Tan sólo el padre á ver que tanto ama  
 Viene al riñon del Érebo profundo:  
 Si eres sordo á tan bello amor, la rama  
 Mira en que justas esperanzas fundo.»  
 Y diciendo y haciendo, el tallo santo  
 Sacaba de los pliegues de su manto.

## LXXXIII.

Al ver, tras largos años, que áureo brilla  
 El dón que misterioso el labio nombra,  
 Manso el barquero su altívez humilla,  
 Cesa el debate, y con placer se asombra:  
 Tuerce el batel cerúleo, y á la orilla  
 Vuelto ya, do saliera el fondo escombra,  
 Las tenues almas arrojando fuera  
 Que sentadas bogaban en hilera.

## LXXXIV.

Recibe, en fin, la cavidad vacía  
 Al fuerte huésped. Rechinando opreso,  
 Ya anchas grietas al agua negra abría  
 Flaco el esquiife para humano peso.  
 Mas el barquero con tenaz porfia  
 A par que á la Sibila, al héroe ileso  
 Transporta, y abordando, le enajena  
 Sobre ovas verdes y movible arena.

## LXXXV.

Enfrente á do saltaron, guarecido  
 En la ancha gruta en que á placer se extiende,  
 El can trifauce con feroz ladrido  
 Los ámbitos atruena que defiende:  
 Viéndole que de víboras ceñido  
 Sacude el cuello y ya en furor se enciende,  
 Narcótico manjar con miel dorado  
 Echa la maga al monstruo espeluznado.

## LXXXVI.

El cual tragó la torta engañadora  
 Con triple boca y con voraz garganta,  
 Y, largo cuanto el antro donde mora,  
 Le abate el sueño. Con ligera planta,  
 Aprovechando la oportuna hora,  
 A las puertas Enéas se adelanta,  
 Y traspone volando la ribera  
 Deaguas que nadie repasar espera.

LXXXVII.

En esto empiezan el comun vagido  
De almas de niños á sentir; las cuales,  
Léjos, muy léjos del süave nido,  
Sollozan de ese mundo en los umbrales:  
De tierna infancia en el verdor florido  
Negra un hora á los brazos maternos  
Arrebatólos, y á la luz del Cielo,  
¡Ay! para hundirlos en acerbo duelo.

LXXXVIII.

Están despues los que, torciendo el fuero,  
Testimonio falaz llevó á la muerte;  
Mas no á sus puestos van sin que primero  
Tornen sentencia á dar Justicia y Suerte:  
Mínos preside el tribunal severo;  
La urna aleatoria agita; indaga, advierte,  
Convoca al vulgo que delante calla;  
Pesa los cargos, y las causas falla.

LXXXIX.

Arrepentidos yacen, en seguida,  
Los que movidos de tedioso enfado  
Quitarse osaron sin razon la vida.  
Hoy, por volver al mundo, ¡con qué agrado  
Trabajos y pobreza aborrecida  
Subieran á sufrir! Lo veda el hado;  
Cierra el Estigio el paso á sus suspiros  
Con nueve vallas en oblicuos giros.

XC.

Tendidos campos se abren luégo, aquellos  
Que la fama *llorosos* apellida:  
Los que doblaron al amor los cuellos,  
Los que murieron de amorosa herida  
Vienen allí; y entre sus mirtos bellos  
El bosque cruzan que les da guarida,  
Por veredas ocultas. ¡Ay! los hieren  
Penas de amor que ni en la muerte mueren.

XCI.

Muéstranse al héroe entre la selva umbría  
Fedra, Prócris; Erífle doliente,  
Cuyo seno aún la llaga descubria  
Que el hijo vengador abrió inclemente;  
Evadne, Pasífae, Laodamia;  
Cénis, mancebo un tiempo floreciente,  
Y ahora, por decreto del destino,  
Vuelto al sexo primero femenino.

XCII.

En medio de ellas la fenicia Dido,  
Su herida aún fresca, andaba en la espesura.  
Cuando la hubo al pasar reconocido  
Mal cierto Enéas en la sombra oscura,  
Como el que alzarse entre nublados vido  
La luna nueva, ó verlo se figura,  
Así á hablarle empezó con tierno acento  
Y lágrimas que brota el sentimiento:

## XCIII.

«¡Infeliz Dido! ¿Conqué no mentia  
En nuevas que me trajo funerales  
La fama? ¿Tú empuñaste daga impía?  
¿Yo causa hube de ser de tantos males?  
Mas por todos los astros, Reina mía,  
Te juro, y por los Dioses celestiales,  
Y por estas mansiones justicieras,  
Que parti á mi pesar de tus riberas.

## XCIV.

»La férrea voluntad del Cielo santo  
Que á esta abismosa eternidad me envía,  
Lo mismo allá, con invencible encanto  
Me arrancó de tu lado y compañía.  
Ni pensé nunca que á delirio tanto  
Te pudiese arrastrar la ausencia mía.  
¡Mas ten! ¡vuelve! ¿á quién huyes? ¡Ley severa  
Permite vernos por la vez postrera!»

## XCV.

Tal dice el héroe á la infelice amante,  
Por si en su ánimo airado tierno cava  
Ó amansa su mirada centellante;  
Las razones el llanto entrecortaba.  
Mas ella, vuelto el tétrico semblante,  
Torvos los ojos en el suelo clava,  
Y tanto muestra que la voz la toca  
Cual si ya mármol fuese ó firme roca.

## XCVI.

Y de pronto indignada huye y se esconde  
En la parte del bosque más espesa,  
Entre acopados árboles, en donde  
Al renovado amor que le profesa,  
Siqueo como de ántes corresponde.  
Enéas, de piedad el alma opresa,  
A la sombra siguió por trecho largo  
Llorando para sí su lloro amargo.

## XCVII.

Mas andando el camino, á los postreros  
Campos llegaban cuya igual alfombra  
Van á solas hollando los guerreros  
A quien la fama por sus hechos nombra,  
Entre los capitanes que primeros  
Al paso Enéas encontró, la sombra  
Vió del pálido Adraastro, vió á Tideo,  
Vió al ínclito en la lid Partenoepo.

## XCVIII.

Vió tambien los Troyanos que segados  
En duras lizas los soberbios cuellos,  
Fueron con llanto de la patria honrados:  
Glauco, Medon, Tersiloco; y con ellos  
Los tres hijos de Anténor afamados;  
Y Polifétes, que tus dones bellos  
Honró, Céres; é Ideo, que aún regía  
El carro y armas que rigiera un día.

## XCIX.

Tantas sombras al ver en larga hilera  
 Enéas, conociéndolas, suspira;  
 Mas á izquierda y derecha se aglomera  
 La multitud, que con pasión le mira;  
 Ni á su curiosidad satisficiera  
 Mirarle sólo, á detenerle aspira,  
 Y mil ánimas llegan voladoras  
 Con sus preguntas á tejer demoras.

## C.

Entanto viendo al héroe, y la armadura  
 Del héroe, que cruzando centellea  
 El vacuo espacio de su estancia oscura,  
 Tiemblan los cabos de la gente aquea:  
 Tratan unos de huir, cual con pavora  
 Ya al mar lo hicieron en campal pelea;  
 Gritan otros, y á medias sólo acierta  
 Clamor tenue á exhalar la boca abierta.

## CI.

Sigue; y hé aquí, las manos mutiladas,  
 Llagado el cuerpo y con la faz hendida,  
 Ambas sienas de orejas despojadas,  
 Y rota la nariz con torpe herida,  
 Deífobo se ofrece á sus miradas;  
 Y al ver que triste, avergonzado cuida  
 De ocultar de su afrenta las señales,  
 Háblóle en tono amigo y voces tales:

## CII.

«Valeroso Deífobo, esperanza  
 De Troya, hijo de reyes! ¿Quién fué osado  
 En tí á ejercer insólita venganza?  
 ¿Quién consumó tan bárbaro atentado?  
 Oí que de combate y de matanza  
 Aquella horrenda noche tú cansado,  
 Sobre enemigos que humilló tu acero  
 Caido habias á morir postrero.

## CIII.

«¡Mísero amigo! yo en la playa nuestra  
 Te alcé entónces funéreo monumento  
 Que aún hoy tus armas y tu nombre muestra  
 Tres veces te llamé con alto acento.  
 Mas ¡ay! ni verte pude, ni mi diestra  
 En suelo de la patria acogimiento  
 Mullir á tu ceniza.» Enéas dijo;  
 Y de Príamo así respondió el hijo:

## CIV.

«Tú hiciste tu deber; yo estoy pagado  
 Y agradecido estoy. Suerte inhumana  
 Es la que me hunde en tan horrible estado  
 Y el crimen de la pérfida Espartana:  
 ¡Este, éste es de la pérfida el legado!  
 Recordarás en la alegría insana  
 Que pasámos la noche postrimera;  
 ¿Quién no ha de recordarlo aunque no quiera

## CV.

»Entonces, cuando el monstruo de madera  
De armas grave los muros dividía,  
Hembras ella ordenaba la primera  
En libre danza y bulliciosa orgía;  
Y una antorcha blandiendo traicionera  
Con que iba en torno al coro, falsa guía,  
De la alta torre en nuestro daño ¡ay ciegos!  
Señas hacía á los atentos Griegos.

## CVI.

»Yo en mi tálamo infausto, sin cuidado  
Ya al cansancio buscando dulce olvido,  
Caí en brazos de un sueño regalado  
A una plácida muerte parecido.  
Mi noble esposa al punto de mi lado  
Las armas de mi estancia sin ruido  
Aleja: de mi lecho á la testera  
Ella mi espada hurtó, fiel compañera;

## CVII.

»Las puertas abre, y obsequiosa llama  
Á Menelao, por si de mal la eximen  
Crímenes nuevos, y la negra fama  
A absolver bastan del antiguo crimen:  
El Eólida á par, que arduas trama,  
Acude: salvan de mi alcoba el límen...  
¡Dioses, si justas súplicas os mueven,  
Lo que entonces probé los Griegos prueben!

## CVIII.

»Mas ¿á qué me detengo en mis pesares?  
Tú aquí, es posible? y con vital aliento?  
¿Juguete de los vientos de los mares  
Vienes, ó por divino mandamiento?  
¿Qué toques de fortuna singulares  
Te traen, el profundo apartamiento  
A visitar de la region sombría  
Que nunca vió la claridad del día?»

## CIX.

En medio de estas pláticas, ligera  
En su rósea cuadriga y gentil vuelo  
La Aurora la mitad de su carrera  
Traspuesto había por el alto cielo;  
Y acaso el héroe consumido hubiera  
En estéril hablar y acerbo duelo  
El plazo volador, si no le echara  
La vírgen con afán su olvido en cara:

## CX.

«Nosotros ¡ay! mientras la noche avanza,  
Gastamos mudo el tiempo en lloro vano!  
La senda aquí se parte, y en balanza  
Está la suerte; de Pluton tirano  
Lleva la diestra á la valiente estancia,  
Y al encantado Eliseo: á izquierda mano  
Caen los muros do la gente impía  
En eterno sus crímenes expía.»

## CXI.

«Perdon,» dice Deífobo, «si nuevo  
 Tu enojo, profetisa soberana!  
 El número fatal que llenar debo  
 Torno á llenar doliente sombra y vana.  
 Tú vé en paz, gloriosísimo renuevo,  
 ¡Oh luz, oh prez de la nacion troyanal  
 Goza suerte mejor que fué la mia.»  
 Y así diciendo á su ángulo volvía.

## CXII.

Tornó Enéas á ver, y á izquierda mira  
 Cerrada una ciudad de triple muro  
 Al pié de una alta roca: en torno gira  
 Con lenguas Flegeton de fuego puro,  
 Y revuelca peñascos en su ira:  
 Frente, gran puerta, de diamante duro  
 Las jambas, cual ni de hombres quebrantada  
 Ni aún de Dioses lo fuera por la espada.

## CXIII.

Férrea una torre despreciando el viento  
 Avanzase orgullosa: allí sentada,  
 Ceñida un manto de color sangriento  
 Guarda insomne Tisifone la entrada.  
 Ruido de barras, en aquel momento,  
 Y música de azotes despiadada  
 A oirse empieza, y voces de horror llenas,  
 Y el pesado arrastrar de las cadenas.

## CXIV.

«¿Qué gritos de dolor hieren mi oído?»  
 Dice Enéas parándose asombrado:  
 «¿Quiénes llevan allí su merecido?  
 »¿Cuál es ¡ay! su suplicio y su pecado?»  
 Y la Sibila respondió: «No ha sido  
 Nunca á justos varones otorgado,  
 Magnánimo caudillo, entrar las puertas  
 Sólo al delito por la pena abiertas.

## CXV.

»Mas yo, cuando los bosques infernales  
 Por Hécate guardaba, del espanto  
 Vi el reino y sus tormentos eternals:  
 Tiene el cetro el cretense Radamanto,  
 Que interroga á las almas criminales,  
 Castiga sus delitos, y de cuanto  
 Ocultó hasta la muerte astucia fría,  
 A hacer les fuerza confesion tardía.

## CXVI

»Y, nunca de venganzas satisfecha,  
 Con la izquierda azuzando sus serpientes  
 Y del látigo armada la derecha,  
 Corre los sentenciados delincuentes  
 Tisifone á azotar, y los estrecha,  
 Llamando sus hermanas inclementes;  
 Y ábrense á devorarlos, y crujiendo  
 Giran las sacras puertas con estruendo.

## CXVII.

»Contempla á la cruel, que allí se asienta  
Y el vestibulo guarda de ese mundo:  
¿Qué, si vieses, abiertas las cincuenta  
Negras fauces, el monstruo sin segundo,  
La Hidra feroz que adentro guarda atenta?  
Luégo el Tártaro se abre, tan profundo  
Al medio de su abismo, cuanto dista  
El alto Olimpo de la humana vista.

## CXVIII.

»Allí, humilladas las soberbias vidas,  
Los antiguos engendros de la Tierra  
Revuélvense en recónditas guaridas  
A donde el rayo su ambicion encierra:  
Vi á par los dos enormes Alóidas  
Que el Cielo con sus manos, ¡loca guerral  
Descargar intentaron, y en su encono  
A Jove mismo derrocar del trono.

## CXIX.

»Vi allí tambien yacer, de angustias lleno,  
Á Salmoneo, por su error insano,  
Que de Jove el relámpago, y el trueno  
Quiso imitar de Olimpo soberano:  
De cuatro brutos gobernando el freno  
Y antorchas sacudiendo con su mano,  
A Elis cruzó, y en su triunfal camino  
Culto pedia como á sér divino.

## CXX.

»Fingir quiso el demente (¡mal pecado!)  
Al sentar de sus potros con rúido  
Los caseos, con el bronce golpeado,  
Inimitable luz, sacro estampido:  
Envuelto Jove en lóbrego nublado  
Venablo duro le lanzó ofendido,  
No humosa tea ni exhalada llama,  
Y á la sima arrojóle donde brama.

## CXXI.

»Yugadas nueve allí cubriendo yace,  
Alumno de la Tierra creadora,  
Ticio: el hígado eterno le renace,  
Pasto al buitre cruel que le devora,  
No le consume, y sus entrañas paze  
Y fiero en lo hondo de su pecho mora:  
Ni el corvo pico en el roer se amansa,  
Ni de brotar la viscera se cansa.

## CXXII.

»¿Qué, si á Ixion y Piritoo á cuento  
Trajese? ¿ó los que roca ven colgante  
Pronta siempre á caer? Áureo aposento  
Regalado festin miran delante;  
Mas la Furia mayor vela de asiento  
Al lado, y como alguno se levante  
Las mesas á tocar, corre, y vocea,  
Y airada amaga con su horrible tea.

## CXXIII.

»Allí gimiendo están los que al hermano  
Profesaron, en vida, odio demente;  
Los que hicieron ultraje al padre anciano,  
Los que en fraude envolvieron al cliente;  
Allí los solitarios que, la mano  
Cerrada siempre al misero pariente,  
Sobre el oro enterrado hicieron nido:  
Infame grey en número crecido.

## CXXIV.

»Y allí aguardan castigo los que amores  
Adúlteros pagaron con la vida;  
Los que hicieron traición á sus señores;  
Los que en guerra se alzaron fratricida:  
No cures de su pena los horrores  
Ni las causas saber de su caída.  
Quién vuelca enorme risco; atado esotro  
Gira en rueda veloz, su eterno potro.

## CXXV.

»Está sentado y en perpétuo duelo  
Teseo lo estará.—; *Mirad si presta  
La justicia ultrajar, reir del Cielo!*  
Flégias clamando á todos amonesta  
Entre las sombras. El nativo suelo  
Este por oro enajenó, funesta  
Tiranía elevando: esotro puso  
A precio de la ley uso y desuso.

## CXXVI.

»Y aun hubo ya con ciego desatiento  
Quien de su hija el tálamo invadiera.  
Todos formaron criminal intento  
Y corona ciñeron en su esfera.  
No si cien bocas yo, si lenguas ciento  
Tuviese y férrea voz, contar pudiera  
Las especies sin fin de los delitos,  
Los nombres de las penas infinitos.»

## CXXVII.

Así la anciana profetisa había  
Hablado, y «¡Sús!» añade: «hora es preciso  
Que el paso abrevies, y por esta vía  
Á cumplir tu deber vayas sumiso:  
Los muros que los Cíclopes un día  
Sacaron de su fragua, allá diviso;  
Ya, bajo el arco que se eleva enfrente,  
Las puertas veo de Pluton potente.

## CXXVIII.

»Vé; obsequios debes al dintel frontero.»  
Tal dijo, y con el héroe se adelanta,  
Y el intermedio espacio, y el sendero  
Sin luz, dejan atras con ágil planta.  
Acércanse á las puertas: él primero  
Entra el zaguan; con gotas de agua santa  
Casto los miembros á rociar atiende,  
Y el áurea rama en el portal suspende.

## CXXXIX.

Puesto el dón á la Diosa, y alongados  
Del sitio, ya pisaban los amenos  
Jardines y los bosques fortunados  
Donde con grande paz moran los buenos:  
Abrense allí sobre inocentes prados  
Tintos en rósea luz cielos serenos;  
Regiones siempre iguales, siempre bellas,  
Tienen su sol y tienen sus estrellas.

## CXXX.

Aquéllos juegan en verjel florido;  
Éstos combaten en la roja arena;  
Otros saltan en coros, y el sonido  
De sus cantos el ánimo enajena:  
El tracio vate, con talar vestido,  
Los siete tonos de su lira suena,  
Moviendo acordes con su voz canora  
Ya el plectro de marfil, los dedos ora.

## CXXXI.

Brilla de Teuero allí la estirpe clara  
Robustez ostentando y lozania:  
Egregios héroes á quien ver tocara  
En siglo más feliz la luz del día.  
A Ilo, á Asáraco, á Dárdano repara  
Autor de la troyana monarquía,  
Enéas, y armas léjos ve, y baldíos  
Carros que honraron ya marciales bríos.

## CXXXII.

Hincados por el campo ve lanzones,  
Y que arrogantes la verdura pacen  
Por acá y por allá sueltos bridones.  
¡Oh! los que en mundo subterráneo yacen  
No renuncian sus viejas aficiones:  
Armas y carros sus delicias hacen  
Si armas, carros amaron: cuidan fieles,  
Si los criaron ya, régios corceles.

## CXXXIII.

Luégo, á izquierda y derecha, ve adelante  
Los que á dulces festines se abandonan  
Tendidos en la hierba verdeante;  
Los que en honor de Apolo himnos entonan  
Intrincando los pasos en fragante  
Bosque, á quien cimias de laurel coronan,  
Donde brota y por selva ámplia y risueña  
Eridano soberbio se despeña.

## CXXXIV.

Están allí los que á la patria amaron,  
Y heridas por la patria recibieron;  
Allí los sacerdotes que guardaron  
Austera castidad miéntras vivieron;  
Vates dignos que á Febo interpretaron;  
Maestros que el vivir embellecieron  
Con artes nuevas; los que haciendo bienes  
Vencieron del olvido los desdenes.

## CXXXV.

Todos éstos con ínfulas nevadas  
 Ceñidos van las sienes y cabellos.  
 Con los cuales confunde sus pisadas  
 La profetisa por sus campos bellos;  
 Y volviendo la voz y las miradas  
 A Museo ante todos, que alza entre ellos  
 Con majestad serena la cabeza  
 De muchos rodeado, á hablar empieza:

## CXXXVI.

«Oid, almas felices, ruegos pios;  
 Y tú, máximo vate, ¿dó se esconde  
 Anquíses, por quien ya los grandes rios  
 Cruzamos del Erebo; dínos, dónde?  
 ¡Ah! ¿qué sitios repuestos y sombríos  
 Nos le ocultan?» Museo la responde:  
 «Aquí moramos bajo hojosos techos,  
 Y son márgenes blandas nuestros lechos;

## CXXXVII.

»Frescos prados tratamos por recreo,  
 Y á nadie se fijó mansion segura;  
 Mas pues tanto interes traer os veo,  
 Venid conmigo á la vecina altura  
 Y camino hallará vuestro deseo.»  
 Dice; ante ellos los pasos apresura,  
 Y horizontes de luz les manifiesta:  
 De ahí, descienden de la erguida cresta.

## CXXXVIII.

En un valle cubierto de verdura,  
 Anquíses, en el fondo, atento via  
 Guardadas almas que del aura pura  
 Subirán á gozar llegado el dia;  
 Allí en sombra numera su futura  
 Cara prole, y mirando se extasia  
 La fortuna y valor hereditarios,  
 Glorias, triunfos, virtudes, lances varios.

## CXXXIX.

Y viendo que hácia allá se dirigia  
 Hollando Enéas el gramoso prado,  
 Abre Anquíses los brazos, de alegría  
 Lágrimas vierte y clama enajenado:  
 «Conque venciste intransitable via,  
 Hijo, á fuerza de amor? ¿Conque á mi lado  
 Hoy tornas? ¿Es posible que consigo  
 Verte, oírte, tocarte, hablar contigo?

## CXL.

»Yo, tiempos computando, aqúeste dia  
 Fausto acercarse vi: cumpliósse el voto.  
 ¡Mas cuánta extraña tierra en tu porfía  
 Habrás medido, y cuánto mar ignoto,  
 Y qué de riesgos arrostrado, en via  
 De confin tan profundo y tan remoto!  
 De los líbicos pueblos, hijo amado,  
 ¡Cuánto temblé por tí funesto hado!»

## CXLI.

Enéas contestóle en tal manera:  
 «Tu imagen veneranda, padre mio,  
 Siguiéndome doliente por doquiera,  
 Forzóme á visitar el reino umbrío.  
 Ocupan mis bajeles la ribera  
 Tirrena. Mas tú ahora, con desvío  
 No á mi mano, señor, robes la tuya;  
 No á mi abrazo filial tu cuello huya.»

## CXLII.

Dice, y llorando, con amante empeño  
 Tres veces va á abrazar al padre anciano;  
 Cual humo huye la sombra ó como sueño  
 Y él tres veces aprieta el aire vano.  
 Tornó á mirar, y un bosque vió risueño  
 En un valle repuesto comarcano:  
 Gárrulo bosque, plácido retiro  
 Que manso baña el Lete en blanco giro.

## CXLIH.

En torno vagan del durmiente rio  
 Gentes, pueblos, enjambres voladores,  
 Y cual abejas que en sereno estío  
 Rondan fugaces peregrinas flores,  
 Y á los lirios de cándido atavío  
 Asedian, confundiendo sus rumores,  
 Tal llenando de estruendo la campiña  
 La aérea multitud vuela y se apiña.

## CXLIV.

Maravillado de la extraña escena,  
 Medroso Enéas á entender aspira  
 Qué es aquella corriente tan serena;  
 Quién la infinita multitud que gira  
 Á par del rio y sus florestas llena.  
 El padre Anquíses respondióle: «Mira:  
 Antiguas almas á quien guarda el hado  
 Nuevos veles corpóreos, nuevo estado,

## CXLV.

»Esas son las que afluyen al Leteo  
 Y en raudal bienhechor beben olvido.  
 Tiempos hace, hijo amado, que deseo  
 Mostrarte mi linaje esclarecido  
 En estas sombras que delante veo,  
 Porque, absorto en destino tan subido,  
 De haber llegado á la que aun mal conoces,  
 Itálica region, conmigo goces.»

## CXLVI.

«Mas ¿es creible que al sabido cielo,  
 Enéas contristado así murmura,  
 «Alguna alma de aquí remonte el vuelo  
 Y á informar torne la materia oscura?  
 ¡Miseria humanidad! ¡Qué inmenso anhelo  
 De vida y goces! ¡qué cruel locura!»  
 Anquíses acudiendo á su sorpresa,  
 Ordenadas razones así expresa:

## CLXVII.

«Porque en luz de verdad tu mente aclares,  
Hijo, escucha: En los cielos y en la tierra,  
Y en las líquidas capas de los mares,  
En la alba luna que inconstante yerra,  
Y en el sol y en los grandes luminare,  
Espiritu eternal dentro se encierra:  
Todo hínchelo él, vago y profundo;  
Alma y centro comun, él mueve el mundo.

## CXLVIII.

»Y en él tiene su origen el humano,  
Y el bruto, el ave, y cuanto monstruo cria  
En sus senos marmóreos Oceano.  
Centella celestial, ígnea energía  
Vida á esos séres da, gérmen temprano,  
En cuanto no los rinden á porfía,  
El fardo de la carne, los mortales  
Órganos y ataduras mundanales.

## CLXIX.

»De ahí es que ansian y temen, y ó padecen  
Ó envueltos gozan en su cárcel dura:  
No ven la luz; ni quedan, si fallecen,  
Limpios del todo de la mancha impura  
De las miserias que al mortal empecen.  
¡Pobres almas! la sombra en ellas dura  
De usos viles en años adquiridos  
En su lucha y su union con los sentidos.

## CL.

»Por eso corren del dolor los grados,  
Y vicios propios cada cual expía:  
Hay unas que, purgando sus pecados,  
Expuestas penden en region vacía;  
Otras al fuego ó en profundos vados  
Residuos sueltan que la culpa cria:  
Y así los Manes, por diversos modos,  
Merecida pasion sufrimos todos.

## CLI.

»Al Eliseo de ahí se nos envía,  
Y pocos alcanzamos los amenos  
Campos de llena paz y alma alegría;  
Que no se ganan por ventura, á ménos  
Que (cediendo á la edad, llegado el día,  
El postrer resto de hábitos terrenos)  
El alma, redimida á la materia,  
Torne á ser mente pura y lumbre aeria.

## CLII.

»Consumados mil años, al Leteo  
Almas acuden en tropel nutrido:  
Arrástralas un Dios, porque el deseo  
Nazca en ellas, envuelto en alto olvido,  
De volver á vestir corpóreo arreo,  
De subir á habitar terreno nido.»  
Tal dice, y lleva al héroe y la Sibila  
Entre el ruidoso pueblo que desfila.

## CLIII.

Y porque logre, al avanzar la hilera,  
Ver de frente lo digno de memoria,  
Le conduce á un collado, y, «Considera,  
Hijo,» le dice, «la sublime gloria  
Que á la raza de Dárdano le espera;  
Oye los claros nombres que en la historia  
Nos guarda Italia; entre futuras gentes  
Mira pasar tus dignos descendientes.

## CLIV.

»Ese, de asta de paz y angusto porte,  
Que á la luz va por suerte el más cercano,  
Será el primero que á la vida aporte,  
Con sangre mixta y con renombre albano:  
Mira, es Silvio: Lavinia tu consorte  
A luz darále, de tu amor, ya anciano,  
Póstumo dón: le criará su madre  
Rey en las selvas, y de reyes padre.

## CLV.

»De ahí en Italia empezará el reinado  
De Troya. Honor de la Troyana gente,  
Prócas luego aparece, y á su lado  
A Cápis ves y á Numitor presente;  
Y al otro Silvio, á quien tu nombre añado,  
Enéas, ya en virtudes eminente,  
Ya en armas, si reinare en Alba un día:  
¡Qué mancebos! ¡qué heroica bizzarria!

## CLVI.

»Contempla aquésos cuya sien serena  
Asombra en derredor cívica encina:  
Cuáles de ellos á Gabia y á Fidena  
Te alzarán, y la villa Nomentina;  
Y de ellos cuáles una y otra almena  
Fundarán sobre montes Colatina,  
Y á Pomecio y á Inuo, á Bole y Cora;  
Nombre á campos darán sin nombre ahora.

## CLVII.

»Vé á Rómulo, hijo de Ilia, descendiente  
De Troya, hijo de Marte, que al abuelo  
Sigue; y mira ondear sobre su frente  
Crestones dobles con gallardo vuelo:  
Marca el padre en su noble continente  
Su propia, alta misión. Por él al cielo  
Levantará la frente pensadora  
Roma, del orbe militar señora.

## CLVIII.

»La cual de siete alcázares murada,  
Con viriles renuevos en que abunda  
Rie, como en su carro alborozada  
De Berecinto la Deidad fecunda  
Por las frigias ciudades torreada  
Va, y su prole celeste la circunda:  
Cien nietos que amamanta y que la adoran;  
Todos son Dioses y entre Dioses moran.

## CLIX.

»Los ojos torna: á tu nacion atento  
 Contempla en Roma; á César mira; advierte  
 Los racimos de Yulo tu sarmiento,  
 Que á luz cabal predestinó la suerte.  
 Éste es, éste es el que una vez y ciento  
 Oiste á altos anuncios prometerte,  
 César Augusto, hijo de un Dios, que al mundo  
 El áureo siglo volverá fecundo.

## CLX.

»Él á Italia honrará con tales dones  
 Cual ya Saturno; y llevará su imperio  
 Del Indo y Garamanta á las naciones,  
 Su valor fatigando al hemisferio;  
 Y abriránse á su paso las regiones  
 Que allende el Sol se embozan en misterio,  
 Á do el cielo con astros rutilante  
 Rueda en los hombros del eterno Atlante.

## CLXI.

»Ya ven los Caspiós reinos su venida,  
 Por anuncios, con ánimo intranquilo;  
 Ya la tierra Meótica trepida,  
 Sus siete brazos estremece el Nilo.  
 Tigres guiando con pampínea brida  
 Y de Nisa impeliendo, excelso asilo,  
 Su carro victorioso, Baco empero  
 Llegar no pudo á ese último lindero.

## CLXII.

»No corrió Alcides mismo espacio tanto,  
 Aunque prendió con rápida saeta  
 La cierva piés-de-bronce, y de Erimanto  
 Impuso paces en la selva inquieta,  
 Y el lerneo confin cubrió de espanto.  
 ¿Y dudamos vencer adversa meta  
 Nuestra gloria ensanchando? ¿Harán temores  
 Que no hollemos la Ausonia triunfadores?

## CLXIII.

»¿Quién es aquél que coronado asoma  
 De insigne oliva, y que con propia mano  
 Ya sobre sí sacras ofrendas toma?  
 Su barba anuncia y su cabello cano  
 Al primer rey-legislador de Roma,  
 Que de su humilde Cúres, aldeano,  
 Y de su hogar, desnudo, imperio grande  
 Saldrá á regir cuando el deber lo mande.

## CLXIV.

»Tulo va en pos, que moverá á pelea,  
 La paz quebrando, á ejércitos vecinos  
 Ya al prez no usados que el valor granjea;  
 Y Anco despues, que aún hoy en sus caminos  
 El aura popular vano desea.  
 ¿O quieres ver los príncipes Tarquinos,  
 De Bruto vengador el alma fiera  
 Y los fascas que al pueblo recupera?

## CLXV.

»Bruto duras segures el primero  
Cobrará, y el honor del consulado;  
Y al ver que nuevo plan traman guerrero,  
El, de la bella libertad prendado,  
Muerte á sus hijos mandará severo.  
En él vencieron (¡padre infortunado!),  
Cualquier fallo que espere á su memoria,  
Amor de patria y ambicion de gloria.

## CLXVI.

»Brillar Decios y Drusos vé lejanos;  
Torcuato, que levanta el hacha impía;  
Camilo, que del triunfo, con romanos  
Rescatados pëndones, se gloria.  
Esas dos almas que cual dos hermanos  
En sombra armadas ves, rayando el dia  
¡Qué guerra no se harán? ¡Cuánto de estragos!  
¡Qué grandes huestes y sangrientos lagos!

## CLXVII.

»De los Alpes el suegro se abalanza;  
Convoca sus legiones de Oriente  
El enojado yerno á la venganza.  
¡Hijos! ¡no hirais el seno á la inocente  
Patria! no eterniceis bárbara usanza!  
¡Tú, el primero, de Olimpo procedente,  
Oh sangre mia, de rencores libre,  
No ya esa arma cruel tu mano vibre!

## CLXVIII.

»Aquél, cuando á Corinto á su talante  
Haya tratado y al orgullo aquivo,  
Al Capitolio correrá triunfante;  
Éste, el país de Agamemnon nativo  
Subyugará, y en Pérses arrogante  
Verá á un nieto de Aquíles fugitivo:  
Tales desquites á Ilion reserva  
Y al profanado templo de Minerva.

## CLXIX.

»No al gran Caton olvidaré, no á Coso;  
Ni ya á los Gracos, ni á los dos Scipiones,  
Relámpagos de guerra, pavoroso  
Apellido á las líbicas regiones.  
Fabricio, en tu pobreza poderoso,  
¡Salve! y tú, el oro en rústicos terrones  
Esparciendo, oh Serrano! ¡Salve, oh Fabios!  
No, aunque cansado, os callarán mis labios.

## CLXX.

»Máximo, con tardanzas tú prudentes  
Salvarás la Nacion. Y esto adivino:  
Otros con más primor vultos vivientes  
Harán de bronce duro ó mármol fino;  
Oradores habrá más elocuentes;  
Sabios podrán con más seguro tino  
El cielo escudriñar y las estrellas,  
Y los cercos medir y el poder de ellas;—

## CLXXI.

»Tú, Romano, regir debes el mundo;  
 Esto, y paces dictar, te asigna el hado,  
 Humillando al soberbio, al iracundo,  
 Levantando al rendido, al desgraciado.»  
 Habla Anquíses, y atiéndenle en profundo  
 Silencio. «Ved,» añade, «señalado  
 Con opimos despojos á Marcelo,  
 Que alza entre todos vencedor su vuelo.

## CLXXII.

»En mar revuelta armado caballero  
 Librará al pueblo de infeliz destino,  
 Venciendo al Galo, al Peno, y el tercero  
 Será que ofrenda igual cuelgue á Quirino.»  
 Viendo Enéas que aquél por compañero  
 Trae á un jóven de aspecto peregrino  
 Y brillante armadura, mas la frente  
 Mustia casi, ojos bajos, faz doliente;

## CLXXIII.

«¿Y quién es el doncel, ¡oh padre!» exclama,  
 «Que le sigue en amiga competencia?  
 ¿Hijo suyo será, ó acaso rama  
 Remota de su ilustre descendencia?  
 ¿Qué són de córte en torno se derrama?  
 ¿Cuán parecido en la marcial presencia!  
 ¡Mas ay! que en torno de su frente vaga  
 Odiosa noche con su sombra aciaga!»

## CLXXIV.

Con lágrimas Anquíses respondia:  
 «¿Quieres anticipar de los Romanos  
 El eterno dolor? Fortuna un dia  
 Ese jóven mostrando á los humanos  
 Tornarále á ocultar en sombra impía.  
 Tal vez, tal vez, oh Dioses soberanos,  
 Si este dón inmortal nos franqueara,  
 El trance vuestra diestra recelara!

## CLXXV.

»Del Campo Marcio á la romana plaza  
 ¡Cuántos gemidos herirán los cielos!  
 Y si ya tu onda su sepulcro abraza,  
 ¿Qué, oh Tibre, no verás de acerbos duelos?  
 Ningun mancebo de troyana raza  
 Tanto alzará, como él, de los abuelos  
 Latinos la esperanza; hijo más bueno  
 Nunca otro criarás, Roma, á tu seno.

## CLXXVI.

«¡Oh tipo de fe antigua y piedad rara!  
 ¡Oh, qué brazo invencible en lid guerrera!  
 Ninguno, si viviese, le retara  
 Impune, ó ya á pié firme combatiera  
 Ó caballo brioso espoleara.  
 Mas ¿qué suerte llorosa no le espera?  
 ¡Ah! lograses trocar males por bienes!  
 Tú un Marcelo serás, sombra que vienes!

## CLXXVII.

»Azucenas me dad con mano larga;  
 Que, á ilustre nieto fáciles honores,  
 Cortos alivios de esparanza amarga,  
 Quiero esparcir sobre su frente flores.»  
 Dice, y la voz en lágrimas se embarga.  
 Tal los campos hollando encantadores  
 En que benigna luz mágica oscila,  
 Miranlo todo el héroe y la Sibila.

## CLXXVIII.

Y luégo que hubo el padre al hijo atento  
 Aventuras y sitios explicado,  
 Avivando en su pecho el patrio aliento  
 Y ambicion santa de futuro estado,  
 Nuevas guerras le anuncia, de Laurento  
 Pueblos y muros do le cita el hado:  
 Y maneras le enseña como eluda  
 Ya caso extraño, ya fatiga ruda.

## CLXXIX.

Allá en confines de misterio eterno  
 El Sueño volador tiene dos puertas,  
 Una de albo marfil, otra de cuerno,  
 A ensueños varios á la vez abiertas.  
 Transitan la primera, del Averno  
 Fábricas de ilusion, sombras inciertas;  
 Las visiones é imágenes reales  
 Cruzan de la segunda los umbrales.

## CLXXX.

Yendo hablando los tres, hé aquí despide  
 Anquises á los dos por el abierto  
 Pórtico de marfil. Enéas mide  
 Arrancando de allí, camino cierto  
 Hacia amigos y naves, y decide  
 Ir tierra á tierra de Cayeta al puerto.  
 Ya, por fin, proa afuera áncoras tiran;  
 Las popas en la costa alzar se miran.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



Virgilio pensó a Venus muy hermosa  
Pero es mas mi hechicera Carolina  
Que tambien tiene el cinto cual la roca  
Su frente es tersa, grande alabastrina  
Su cabello tambien cual de la diosa  
Mana esencia de amor sacra y divina  
Que parecen de flor sus labios rojos  
Y brillan mas que el sol sus negros ojos!

Frederico 8 de Septiembre de 1974

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

